

α ΣΠΑΣ  
Ravitchi

246

C-1

CIT +  
E 1  
I 1  
H 1  
L 1  
V 1

UNIVERSIDAD NACIONAL DE BUENOS AIRES

INAUGURACIÓN



DEL

# CURSO DE BIOLOGÍA

CÁTEDRA ADJUDICADA A LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
A CARGO DEL PROFESOR C. JAKOB



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE CONI HERMANOS

684, PERÚ, 684

1913

77216

# ENSEÑANZA DE BIOLOGÍA

EN LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE BUENOS AIRES

CÁTEDRA ADJUDICADA A LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS A CARGO DEL PROFESOR C. JAROS

---

## I

DISCURSO INAUGURAL DEL DOCTOR HORACIO G. PIÑERO, ACADÉMICO Y PROFESOR DE LA FACULTAD DE MEDICINA, CONSEJERO Y PROFESOR DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS.

Señor decano,

Señores:

Como académico de la Universidad y en nombre de la Facultad de filosofía y letras, entre cuyos consejeros y profesores me honro en contarme, tengo encargo, señores, de explicar las razones que han determinado al consejo superior y a nuestro digno rector a autorizar la creación de la cátedra y enseñanza de la biología en esta casa, ya que el maestro invitado á dirigirla se presenta con su fama y con sus obras.

Debo, pues, cumplir mi cometido, que no puede ser más grato para quien ha dedicado sus mejores veinte años a la enseñanza de ciencias biológicas en la instrucción secundaria y superior, pero confieso mis temores para poder precisar en el breve tiempo que debo adjudicarme en este acto, el desarrollo y evolución de los conocimientos que fundamentan la doctrina, condicionan el mé-

todo, orientan el espíritu que inspira la enseñanza en esta escuela y fijan el concepto filosófico y científico de esta nueva disciplina.

Apelo, pues, a vuestra gentileza para que disimuléis la falla, seguro como estoy que el maestro va a ofrecernos un programa muy digno de su nombre y de vosotros.

Las ciencias filosóficas han debido someterse al espíritu científico de nuestro siglo, suprimiendo sus reyertas que anulaban sus progresos, reconociendo, como dice Comte, que nada hay más neto e invariable para el estudio positivo que fundar el conocimiento del hombre en el conocimiento previo del mundo exterior.

La observación, la experimentación, la ciencia positiva ha debido substraer al dogmatismo doctrinario y a la especulación metafísica el estudio de la vida y de la organización, despojándolo de esos prejuicios sistemáticos de la filosofía antigua que anteponeía Dios a la naturaleza, y el estudio del hombre era un campo vedado al contralor científico.

Es indudable que si la biología surgió del arte, como quiere Comte, la medicina meció su cuna, contóle los hechos que despertaron su curiosidad, inicióla en sus vacilantes comienzos, orientó su marcha y sustentó sus primeros pasos por senda segura y clara, alejando de su infancia las sombras del misterio y dióle la observación como instrumento para verificar las intuiciones de su empirismo.

Si el medio es el que modela al hombre, como la función hace el órgano, podemos afirmar que la atmósfera moral en que vivimos, si bien no excluye de nuestro entendimiento el teologismo antiguo, nos pide ciencia en primer término, estudio de lo real, para autorizarnos después esas especulaciones ontológicas, que son su complemento y a las que la naturaleza suele negarle su belleza y sus encantos.

La ciencia de la vida, no debe a las civilizaciones milenarias de

la antigüedad, sino incoherentes fantasías e infantiles concepciones, hasta que el Estagirita, contemplando la naturaleza, admira sus galas, inicia así el estudio objetivo que abandona por sus prejuicios filosóficos y su teologismo, y echa por tierra el empirismo hipocrático, la magna fuente de las ciencias médicas, reprime las primeras experiencias *in vivo* de la escuela de Galeno y resurge en Descartes con el dualismo filosófico, a pesar de localizar el alma en la glándula pineal.

La insuficiencia de la observación, las vacilaciones y la duda por la admiración contemplativa de la naturaleza, la carencia de hechos adquiridos como elementos de doctrina, detuvieron el progreso de las ciencias naturales, hasta que el microscopio reveló la célula y la concepción celular del organismo provocó las teorías de la herencia y la doctrina de la evolución adivinada por Empedocles, cantada por Lucrecio y por Goethe, ilustrada y defendida por Lamark, divulgada por Darwin y consolidada definitivamente por Spencer y por Weisman (Comte).

No obstante, esta biología amamantada por el arte médico y orientada hacia la observación de la naturaleza, vacilaba aún como dominada por la vieja filosofía, que quiso conservar a su último vástago el ambiente nebuloso del misterio, ocultándole las nuevas aptitudes de la materia y de la energía que la concurrencia ponderada y oportuna de las fuerzas explicaba en la aparición de los cuerpos vivos, de una fuente común, su adaptación y recambio con el medio, su crecimiento y desarrollo, su perpetuación y su muerte. La biología naciente ha debido despojarse de su túnica filosófica que trababa su progreso y entregarse a la experiencia incorporando los métodos de estudio positivo que hoy la ciencia impone, cuando ya el teléfono y el telégrafo son relegados y substituídos por ondas eléctricas a través del espacio que permiten conversar a dos continentes y oír el grito angustioso del naufrago en medio del océano, para llevarle el auxilio que la ciencia

le envía; cuando nos muestra cuerpos ultramicroscópicos, cuando suprime toda distancia y tiempo a la palabra y a la imagen, transmitidas y conservadas para reproducirlas con el recuerdo de seres queridos en el hogar mutilado, y no contento el hombre con las conquistas de la tierra, se lanza a conquistar el aire para acercarse al cielo y corear en las alturas un himno al creador.

La biología, que ha de ser enseñada en esta casa, no ha de pretender penetrar en el estudio de las formas homogéneas, indeterminadas, fragmentarias e inconexas de la vida primera que debiéramos buscar en el período de incandescencia del mundo inorgánico, sino en formas heterogéneas, determinadas y conexas, cuya aparición hizo posible el enfriamiento, provocando combinaciones de cuerpos más simples que han podido concurrir y realizarse desde el momento de la formación de la corteza terrestre, es decir, en las etapas últimas de la evolución inorgánica, desde que sabemos, por la química espectral de las estrellas, que Sirius, cuatro veces más ardiente que el sol, contiene los mismos compuestos que el agua de mar, el medio orgánico de la vida universal semejante a nuestra sangre y la evolución orgánica no ha podido iniciarse sino en las bajas temperaturas, dando origen a moléculas con tendencia a crecer *como los cristales, casi hereditariamente, como diría Weisman.*

Los biólogos, más felices que los astrónomos y los químicos, podemos ver las unidades celulares que estudiamos, lo que no impide que el químico se niegue a creer en lo que no puede tener en su crisol y sin embargo, no sabemos que se haya tenido siquiera un segundo el átomo en substancia, aunque la ciencia se pregunta ya, si hoy hay relación entre la química de la célula y la de las capas de *renversement* de las estrellas a gran temperatura que las caracteriza, pues los cuerpos de desintegración de las albúminas y sus gases, son los mismos de las capas estelares. No, nuestra

biología no irá a buscar la razón ni la esencia de estos *vínculos* del hombre con el universo planetario.

Su punto de partida ha de ser más concreto y más real: será el estudio de las formas organizadas de la vida, como entidades, y de las leyes que rigen su construcción anatómica y el funcionamiento de sus mecanismos, en conjunto o en detalle, aisladamente o en función del medio, porque la ciencia de la vida debe consistir, dice Spencer: en la interpretación detallada de todos los fenómenos de estructura y de función, de sus relaciones con los fenómenos del medio y agregaremos, para asegurar la protección, conservación, adaptación y perpetuación de la existencia.

Desde el protoplasma esencial y primitivo de los protistos, cuya inestabilidad condiciona sus relaciones con el ambiente, la función de relación y adaptación diferencia células y tejidos que especializa en sistemas con órganos y aparatos para su vida exterior, pues la división del trabajo fisiológico determina la diferenciación orgánica también en la vida interior, en la vida orgánica, dentro de la unidad del sér. Así la función de protección y relación se inicia con la vida misma y a la embriogenia del cuerpo corresponde la embriogenia del espíritu como unidad indivisible con idéntico origen y quizás con idéntico fin.

Si las primeras disciplinas, que afirman la enseñanza de esta casa, tienen por objetivo esencial el estudio del hombre en particular y del hombre en su vida colectiva, corresponde iniciarlo por el conocimiento de sí mismo, de los elementos de que dispone, del modo cómo ha de emplearlo en sus relaciones con el medio, para consolidar y perfeccionar su adaptación.

Por esto la psicología, que estudia la función del espíritu, ha debido afirmar sus conocimientos sobre el estudio de los órganos y mecanismos y, para conocerlos bien, no se ha limitado a considerarlos en el hombre solo, sino en toda la serie zoológica, especialmente en los vertebrados superiores, en el niño, en el salvaje, en



en el degenerado como en el hombre culto, en el hombre sano y en el alienado y aun más : sabiendo que las leyes biogenéticas rigen en general la vida individual como la colectiva aunque con algunas esenciales diferencias, agrega al estudio de las razas, el de las sociedades primitivas para conocer su autogenia y explicar sus orígenes, sus religiones, sus lenguas y costumbres, sigue después su desarrollo y evolución progresiva, estudia los hechos y problemas sociales para afirmar el derecho sobre las ciencias positivas en todas sus modalidades, ofreciendo el sólido basamento de la *biología* para condicionar la legislación, analizar los múltiples problemas de responsabilidad, capacidad civil y criminal, las cuestiones de patología y medicina legal psiquiátrica, que no son aún enseñadas en nuestra Universidad, a pesar de que el concepto del delincuente como el del alienado, tanto médico como jurídico, es suficientemente ilustrado en la actualidad por los estudios de la psicología de hoy y justifica una revisión de nuestras leyes pertinentes, cuando se habla y se enseña ya una psicología jurídica, una psicopatología legal, psicología infantil, normal y mórbida, criminal, etc.

La psicología, que enseñamos de quince años atrás en esta facultad, inspirada por selectos espíritus que aun dominan felizmente el grato ambiente, debe todo su valer y todo su progreso a la biología general y especial que cimentó sus progresos y si la pedagogía de nuestros días ha abandonado su empirismo y ha renunciado a sus métodos antiguos para adaptarse a las exigencias del niño, considerándolo individualmente o en grupos escolares o extraescolares, ha sido porque la psicología le ha enseñado que la función del espíritu depende, como todas, de los órganos nerviosos que la sustentan con caracteres personales que en cada caso lo definen.

Otro tanto puede decirse de las ciencias sociales, y de la sociología que parecía sometida á la metafísica, que detiene su progre-

so, cuando nada es más sencillo que fijarle entre las ciencias naturales puesto que su objetivo no es otro que las manifestaciones de seres vivos, actuando en su medio, observar actividades más que resultados de actividades, dejando de lado las abstracciones y entidades artificiales para no considerar la sociología sino como una prolongación o rama dependiente de la biología (Waxweiler).

¿No es acaso una noción biológica que no hay sociedad posible sino donde existe un sistema de relación que pondere, armonice y coordine todas las actividades, un sistema nervioso perfeccionado: una sensibilidad que vincule y asocie el esfuerzo de uno para todos y todos para uno; una inteligencia que oriente y elija los medios de mejor adaptación y una voluntad que afirma su existencia? La afinidad social, dice Waxweiler, es simplemente un estado de la sensibilidad física del sér que le hace susceptible de reaccionar a las excitaciones de los otros individuos de la misma especie sin distinción de sexos con la diferencia, sospechada por Balzac, cuando afirma que ha de haber especies sociales como hay especies zoológicas, aunque en verdad no haya *entidad-especie* fuera de los individuos. ¿Y la acción del medio social referida al medio cósmico no es también una información biológica? La sociología así considerada es la fisiología de las agrupaciones humanas y si esta estudia los fenómenos reaccionales debido a las excitaciones mutuas de los órganos, aquella debe estudiar los mismos fenómenos reaccionales debido a las reacciones mutuas de individuos de la misma especie en su vida y en su medio.

Nuestro siglo impone en la enseñanza el *humanismo positivo* y esta es hoy la verdad científica.

Las matemáticas no presentan sólo un interés especulativo; constituyen un admirable instrumento de investigaciones para las demás ciencias; de aquí su mérito y aunque subordinadas a la razón pura, proceden de la observación y la experiencia. Sus principios fundamentales toman del mundo exterior, conceptos, axio-

mas y postulados cuyas relaciones son indemostrables por el razonamiento. No son fecundas ni sólidas sus construcciones deductivas si pierden el contacto con la naturaleza libertándose de todo empirismo para levantar sus arbitrarias abstracciones como lo atestigua la arquitectura y las matemáticas del siglo XIX.

A la literatura, que juega tal rol en la vida de los pueblos e ilumina con vívidos destellos el conocimiento del espíritu, es imposible dejar de reservarle un sitio distinguido al lado de la biología entre las ciencias y las artes de nuestro siglo, pese a cierta poesía que se acomoda mal con la realidad de la existencia y planea siempre por sobre el mundo real. Sobre la tragedia que muere, triunfa hoy el romance al que nada le es extraño, aunque descuide la filosofía y la historia para hacer psicología eligiendo el alma femenina a la que somete a vivisecciones infructuosas para arrancarle su secreto eterno.

La oratoria y la elocuencia, obedeciendo a la evolución de los espíritus es menos idealista y más positiva, pero el talento oratorio ha de exigir como condición previa una cultura literaria y filosófica.

El método científico ha orientado a la historia hacia sus fuentes verdaderas; la vida, las costumbres y las instituciones, como causa superior de los acontecimientos, pues por todas partes el positivismo ha hecho sus prosélitos, mueve multitudes y el objetivo de los que piensan se fija sobre las relaciones de los hombres entre sí y con la sociedad; mejorar las condiciones del proletario y acrecentar el bienestar general por la virtud y el trabajo, la previsión y el altruismo.

Y la zoología, como la antropología, comienza a cambiar su traje negrográfico con los estudios de Delaye sobre partenogénesis artificial; de Ledue sobre brotación de plantas y por la biología de hoy se fundan museos, gabinetes, centros de experimentación *in vivo*, no como la fisiología, para conocer la función normal de

órganos y mecanismos, sino para hacer morfogénesis experimental, buscando las vías y procesos de la morfogenia natural que da forma a todo sér... ¿Cuán seductor es el problema de la herencia visto con la ontogénesis de Roux y la biomecánica de Yves Dela-ye en la nueva orientación biológica de nuestros días? Pero no olvidemos que no son sólo las formas que se reproducen sino también los mecanismos objeto de la incipiente fisiogenia que, según Comte no sospechó Bichat, porque no concibió la célula como entidad autónoma sino como parte integrante del tejido, masa constructiva de aparatos y sistemas y sólo sus discípulos, distinguiendo aquellas como elementos de vida y de función, hicieron surgir con Claudio Bernard la fisiología general que estudiaba « por análisis experimental las propiedades fisiológicas elementales de los tejidos... de los elementos histológicos, de los radicales de la vida » para romper diez años después con el concepto anatómico y estático, y afirmar : que la ciencia de la vida nos enseña el « conocimiento de sus condiciones esenciales en la universalidad de los seres vivos », a lo que debe agregarse y sus relaciones con el medio que ocupa el estudio de la mesología.

Ahora bien : si Comte decía que el problema biológico consiste en determinar algunas leyes generales que expresan la armonía que une el organismo a su medio, la condición de la armonía orgánica es la correlación funcional, es la adaptación y las leyes etiológicas y cósmicas que determinan las formas y las funciones, su constancia o sus variantes, dentro del Lamarkismo que tanto ensalza Le Dantec o del quimiobiologismo que pregona Gley, porque las variaciones de estructura íntima se denuncian por productos nuevos o variedades secretorias que imprimen por adaptación modificaciones de formas más de una vez definitivas.

Así actúan los ingertos, las simbiosis, el parasitismo en los dos reinos, que por adaptación recíproca se penetran en el individuo y perduran en la especie. ¿Y las modificaciones de los humores

por la infección, y los sueros y vacunas? ¿No sabemos hoy que el organismo mantiene en su salud y enfermedad sus caracteres personales y específicos en sus órganos y en sus productos? La inmunidad, anafilaxia, las secreciones defensivas contra el agente mórbido, como anticuerpos específicos, nos enseña que la vida en su organismo defiende su medio, fabrica nuevos productos contra el cuerpo extraño y así sabemos que para averiguar si una mancha de sangre es humana, debemos usar sangre de conejo preparada con anterioridad con sangre humana, porque sus anticuerpos específicos revelarán a ésta con reacciones muy seguras. El estudio de las oscilaciones del nivel mental, así como el de la invasión lenta y progresiva de la enfermedad, el pasaje gradual de un estado casi normal a un estado patológico bien caracterizado, ofrece la posibilidad de comprobar las modificaciones en cantidad y calidad de los órganos y de sus funciones, de su solidaridad y de sus medios de lucha defensiva y, si a la salud sucede la enfermedad, la marcha inversa del proceso observado ratifica las observaciones del análisis primitivo, el estudio genético de una función en las especies inferiores y la comparación recíproca de sus funcionamiento o de su complejidad en la escala zoológica.

Con el análisis fisiológico de los animales y del hombre, sea en los trastornos orgánicos de funciones desviadas, sea por modificaciones del medio en que viven y que condiciona su existencia así retribuye hoy la biología a la medicina el rendimiento acumulado de su préstamo inicial.

Aunque la división de la biología en *biotomía*, *biotaxia* y *bionomía*, tiene su valor filosófico porque separa el estudio especulativo del organismo en estático y dinámico, como hemos dicho más arriba; conviene del punto de vista científico y práctico establecer que las ciencias biológicas estudien: la estructura y función de los organismos como entidades, el medio en que viven y sus recíprocas relaciones, dejando a las ciencias médicas el estudio de las

modificaciones de estructura y función que las causas mórbidas y la enfermedad provocan.

Ahora bien; la experimentación biológica, la vivisección y el método quirúrgico han dado gran impulso a la fisiología, permitiéndole descubrir acciones y propiedades de órganos aislados y asociados, como las glándulas a secreción interna cuyas funciones eran ignoradas; pero las desviaciones de la función y las variaciones súbitas que provoca por procedimientos que siempre son groseros y violentos ante los que siguen los procesos mórbidos, hacen aquellas insuficientes e inaplicables muchas veces como en el hombre, al que debemos estudiarlo enfermo para saberlo sano. Si la medicina afirma la fisiología, nos enseña hoy que la psicología mórbida es la mejor fuente para conocer el espíritu normal.

De aquí, pues, la imposibilidad de prescindir de la patología clínica y experimental, porque la enfermedad que desvía la función normal y a veces esta es toda aquella, provoca reacciones conocidas o ignoradas, asocia temporaria o definitivamente órganos y funciones para restablecer el equilibrio de forma y fondo de la salud, de una manera natural casi espontánea, que no puede limitar los métodos artificiales de la experimentación ajenos a leyes biológicas que son las mismas que rigen en el organismo sano.

Claudio Bernard se preguntaba si el estudio de las enfermedades, si la patología toda no podía entrar íntegra en el círculo de nuestros conocimientos fisiológicos, o si debía quedar siempre fuera de lo que nosotros podemos imitar o hacer por la fisiología, algo inaccesible que sería menester reconocer como la esencia de los fenómenos morbíficos. La enfermedad, que no es ya lesión del tiempo de Laënnec sino la función desviada por la reacción defensiva del organismo para volver a su constante de salud surge de causas naturales, se desarrolla por procesos de vida conocidos en estados biológicos y cuando la muerte rompe la unidad directriz

que totaliza la vida de los órganos en la entidad indivisa, continúa la vida en los fragmentos celulares para pedir a la tierra otro destino. Cuando la medicina nos enseña que la enfermedad retrotrae la función y sus mecanismos a etapas anteriores de desarrollo y nos muestra en la fisiología comparada, filogenética y ontogenéticamente, que las lesiones congénitas del corazón no son sino resultado de la detención de su desarrollo por una infección que hace de nuestro corazón otro corazón de especie inferior; cuando la fisiología nos muestra que nuestro cerebro es un cerebro lisencéfalo en su comienzo y en su desarrollo ha de pasar por las formas del cerebro de las especies inferiores y que la enfermedad podrá detener su evolución y diferenciación morfológica y psicogénica dándonos degenerados, idiotas o retardados, comprendemos entonces la solidaridad necesaria entre la biología y la medicina que se penetran y complementan en todas sus enseñanzas.

Nuestros estudios médicos tienen en su primer término las ciencias biológicas que afirman en disciplinas fundamentales la enseñanza de la medicina; pero aun así conviene a los estudiosos disponer de esta fuente de ciencia sintética que les ofrece el conocimiento de la estructura y funcionamiento de los seres vivos, que los lleva al hombre y a estudiar su arquitectura y sus mecanismos en el estado de salud y en el estado de enfermedad por el conocimiento gradual y progresivo de los que le precedan en la serie.

Los estudios superiores, que condicionan la ilustración y cultura de los que pueden mañana enseñar y gobernar no deben ser fragmentarios o inconexos como en la especialización profesional, pues la misión de la Universidad y el concepto que la inspira es aún más elevada, porque a su función docente que afirma con los métodos y disciplinas científicas agrega disciplinas de estudios desinteresados de alta cultura e ilustración general y en esta casa,

donde se enseña a aprender y se aprende a enseñar, ofrece desde hoy la biología como base esencial de toda investigación científica al lado de la filosofía que metodiza el razonamiento, disciplina el espíritu, pondera y clasifica nuestro saber. Nada es más eficaz para adquirir el conocimiento como el rigorismo del método científico de los estudios biológicos, que precisa nuestra inteligencia, disciplina nuestra voluntad y estimula el sentimiento por la curiosidad que descuenta el tiempo, seguro de saber interrogar a la naturaleza. Así es el arte que debemos sentir antes que pensar, porque la ciencia le enseña a vivir la vida, sentir y comprenderla.

El arte del gobierno y la ciencia que condiciona su criterio técnico u oportunista, necesita una ilustración fundamental en ciencias filosóficas, pues así vemos el concierto europeo dominando la convulsión balcánica, conteniendo la avidez de la conquista que no respeta historia ni derechos e imponiéndose la paz universal como homenaje a la civilización de nuestros días que quiere librar sus fuerzas vivas a la producción que es la riqueza y bienestar de todo el mundo.

Es ejemplo la Francia actual que demuestra lo que valen unidos la acción y el pensamiento que la anima conservando su gran rol en la política europea por el talento de sus estadistas que triunfan con la idea porque tienen la valiente prudencia del que es fuerte. La academia francesa, que envidia el mundo entero, como ha dicho el rey Jorge, ha dado á la noble Galia el gobierno que hoy merece su grandeza, proclamado y aplaudido por la inteligente y turbulenta democracia de la tercer república. Recordemos con Deschanel que la Acrópolis de Atenas no fué sólo un templo de belleza y armonías sino también una fortaleza cuyas piedras cayeron porque sus defensores olvidaron el culto del espíritu en el altar de la patria.

La Universidad es templo de cultura y fuente de enseñanza, afirma el patriotismo que dignifica actividades, consolida el carác-



ter que sienta tan bien al hombre público, reúne esfuerzos y acrecienta la labor y el progreso de las civilizaciones de este siglo y nuestra institución en la actualidad, que ensancha sus dominios día por día con nuevos institutos, ofrece de hoy en más, esta enseñanza iniciando así la conexión básica de los estudios de las distintas facultades con la más fundamental de todas las ciencias por su objeto y por su método.

No obstante, pocas universidades han cimentado sus estudios filosóficos sobre el estudio de la ciencia de la vida, ni han buscado en el método experimental el rigor de la observación y la experiencia.

Francia, con el eco del dualismo cartesiano, ha alentado siempre la enseñanza de la filosofía antigua y aun en estos últimos años, como una nueva doctrina: el paralelismo científico mantuvo esa tendencia con Brochard, Levy-Brühl, Egger que idealizan hoy Boutroux y Bergson iniciando una reacción que consideran necesaria a su salud moral.

Frente a estos sinceros y elocuentes heraldos de la intuición y del idealismo, la escuela de Charcot y de Ribot prosigue con P. Janet y con Dumas su brillante cruzada y la enseñanza de la psicología experimental en el colegio de Francia y en la Facultad de letras de la universidad de París que ha iniciado este año el profesor Dumas, constituye con la cátedra de biología que el profesor Gley dicta desde tres años atrás en el colegio de Francia la trilogía brillante de la ciencia del hombre en aquel centro de intensa vida intelectual.

Inglaterra, como los Estados Unidos, hacen primar en la enseñanza médica, las ciencias naturales y no existen disciplinas especiales como ciencias biológicas en las universidades sino aquellas fundamentales de las ciencias médicas que como la fisiología, con Bayliss y Starlyng ha llamado la atención sobre su enseñanza en Londres.

Italia, patria de Spallanzani, de Colombo y Cesalpino que iniciaron los estudios biológicos cimentó con estos, de *ab initio* la enseñanza de Molleschott y Schiff, de Sergi y de su escuela para proclamar con Mosso y con Luciani en el congreso de fisiologistas de 1901, la necesidad de crear cátedras de biología y psicología experimentales, que incorporaran los métodos científicos al estudio y enseñanza de la vida del espíritu. Seis congresos realizados desde 1889 hasta 1911, reuniendo biólogos y psicólogos ilustres reconocieron la autonomía de la nueva ciencia que fundamenta á la filosofía de hoy.

Alemania, grande y poderosa, ha hecho siempre alarde de su kantismo en todas las manifestaciones de sus intensas actividades pues, el coloso de Konisberg fué *rex e imperator*, como dicen sus biógrafos, sin ser discutido muchos lustros y fué durante cuarenta años el corazón y el cerebro de su patria. No ha podido ser más afortunada su filosofía, pues tiene historiadores, teólogos, juristas y poetas, médicos y matemáticos que han sembrado su doctrina generosa y fecunda en todos los dominios del pensamiento humano. La unidad de su sistema que reúne la variedad de sus concepciones, demuestra el rigor de su espíritu y de su método cuando nos dice que la filosofía es la *legislación de la razón*. *Aller de l'esprit aux choses*, de la razón especulativa a los fenómenos, de la razón práctica a la acción.

Siempre su *crítica*, manteniéndose original y distinta del empirismo y del dogma que presta a la razón un contenido anterior a toda intuición empírica (Ruyssen) y es su apriorismo que determina las leyes más generales. «Allí donde la naturaleza y la libertad parecen mezclarse en el arte, en la historia, en los seres vivos la ciencia debe prolongar más y más la explicación por el mecanismo y allí donde el mecanismo deja escapar el detalle de lo real, la razón práctica agrega la interpretación simbólica de lo incognoscible, porque el crítico no ha mantenido siempre una oposición

radical entre la ciencia y la fe, entre el fenómeno y la cosa en sí, entre la naturaleza y la libertad. Este absolutismo dualista de Kant, está justificado porque la parte débil de su sistema fué siempre su metafísica de la naturaleza, que prometió a su público en 1785, ya octogenario, y que nunca escribió, pues según sus propias palabras « había perdido la agilidad mental necesaria para poner al día trabajos diferentes, *se sentía obligado a mantener su pensar dentro del carril* de su sistema y se encantaba con la metafísica de la libertad que debía restablecer sobre bases nuevas la creencia en Dios y en la inmortalidad ». Pareció temer, como dice Ruysen, que una metafísica de la natura habría de resistirse al férreo plan de su crítica; pero no obstante su física racional que esboza una fisiología objetiva, es realmente científica por ser condicionada por la experiencia.

Kant, filósofo del sentimiento no llegó a sentir la naturaleza sino a construirla con su razón y metafísica y los manuscritos encontrados el día de su muerte en la mesa de trabajo denuncian la preocupación de esta falla que no tuvo vida para salvarla, y esto explica el pobre contenido de su psicología racional que dice el mismo sólo fué hecha para refutar el materialismo (Ruysen).

Y bien: si el dualismo kantiano no tiene bases biológicas científicamente definidas, sus discípulos y entre éstos vos doctor Jakob, se han apresurado a fortalecer su doctrina retornando el camino conocido; pero con método objetivo que parte del hecho, lo describe y refiere a sus fuentes de energías e interpreta y explica por la ciencia práctica inmediata, entregando a la metafísica la explicación especulativa y a la creencia las disquisiciones del más allá, que si son excluidas por el rigorismo científico encuentran sincera acogida en la dialéctica filosófica de toda época.

Nuestro medio intelectual no ha podido dejar de sentir la influencia del gran filósofo, que Krause y sus discípulos han sostenido y divulgado en las ciencias y en las letras; pero debo hacer

constar que Spencer y su escuela nos han enseñado las verdades del monismo, consolidado por la doctrina de la evolución y afirmado por la ciencia que no discute si el principio de causalidad es de rigurosa aplicación en los fenómenos biológicos, ateniéndose al estudio de las manifestaciones de la energía que vivifica y transforman los organismos vivos en el ciclo eterno de la dinámica del universo y deja las interrogaciones de lo incognoscible, que justifica el *ignorabimus* de la escuela fisiológica, a las expansiones de la fe, que estimula al hombre a develar por la ciencia los secretos de la naturaleza.

Señores :

Nuestra joven Facultad, que ha podido pensar que la biología es ciega sin la filosofía, no ha podido olvidar que la filosofía debe vivir de la vida científica de nuestro siglo y al entregar su enseñanza al maestro eminente, que ya es nuestro, ha querido demostrar nuestra Universidad sus progresos actuales, pues la siembra elegida en tierra fecunda, labrada con método y rigor científicos, ha de asegurar por siempre los mejores frutos.

## II

### LA BIOLOGÍA EN EL SISTEMA DE LAS CIENCIAS FILOSÓFICAS Y NATURALES (1)

Si un hijo que ha vivido largos años y actuado alejado de la casa materna vuelve otra vez al seno de su familia, entonces se incorporan con él nuevos impulsos y nacen nuevas esperanzas en el hogar; una reimpatriación tal nos mueve hoy aquí: vuelve la

(1) Conferencia inaugural del doctor Christofredo Jakob.

biología, una antigua creación de la filosofía a la casa materna. Séame permitido agradecer sinceramente al consejo directivo de esta Facultad, a su digno decano, doctor R. Rivarola y al distinguido académico, doctor H. Piñero por haberme hecho el honor de designarme para reanudar aquí las vinculaciones entre filosofía y biología.

Ha sido el gran Aristóteles su creador y organizador, habiendo él completando los esfuerzos de los filósofos naturalistas jónicos, presentado entre sus obras el primer ensayo del sistema de biología animal, sirviendo sus estudios en método y material, unidos a los de sus discípulos, los filósofos alejandrinos sobre todo, por largos lustros como base y modelo a todo estudio biológico. Era el mismo que declaraba la penetración en tal ciencia tan importante como las discusiones más elevadas sobre lógica y metafísica; le debemos a él la conservación del dicho precioso de Demócrito: « entráis, también aquí están los dioses ».

Si la filosofía ha sido la madre de la biología, su padre era la medicina antigua. El segundo gran genio griego, pues la biología no ha salido sin razón en todas sus ramas del espíritu del pueblo más filosófico del mundo, Hipócrates, el genial representante de la medicina antigua, era el que ya anteriormente a Aristóteles había incorporado junto con sus discípulos el estudio de la botánica, del mundo vegetal, al sistema de la filosofía. Y todo lo que era posible en esos tiempos con sus límites estrechos geográficos, sus métodos de examen imperfectos, solamente macroscópico, los filósofos griegos lo han perfeccionado, haciendo descripciones exactas en muchos detalles y comprendiendo la importancia capital de un estudio genético de la vida, de las causas del desarrollo orgánico, Aristóteles había juntado ya respecto de la embriogénesis un material tan abundante que poco quedó por agregar al estudio macroscópico a sus sucesores, desprovistos por cierto de los métodos finos indispensables, para penetrar en los misterios de esa rama fundamental de la biología.

Los romanos, espíritus eminentemente prácticos y poco inclinados a estudios teóricos elementales, de los cuales no comprendieron el alcance, vivían enteramente de la producción genial griega; sus filósofos y médicos aplicaban a la práctica las conquistas biológicas del pueblo por ellos vencido, pero eran incapaces, debido a su horizonte intelectual estrecho, de profundizar sus bases o agregar ideas nuevas, ellos eran del todo parásitos intelectuales de la filosofía griega. Galeno, para poder ver y examinar un esqueleto humano tenía que ir a Alejandría, en toda la Italia de entonces no existía ni uno y la anatomía, indispensable a los médicos de entonces como de hoy, usaba los cadáveres de monos, anticipando la teoría de la descendencia y consanguinidad de los primates, la autopsia humana era considerada un sacrilegio.

A esa primera época de erección de la *biología descriptiva, macroscópica* siguen largos lustros estériles, donde todo progreso queda estagnado; hasta la edad media vive la ciencia de los libros e ideas de Aristóteles y Galeno, los viejos errores se conservaban, y nuevos conceptos fantásticos se agregaban; pasaba a los estudios de biología lo peor que les podía pasar, ellos eran dominados por completo por el libro, el dogma y el esquema y no existía la experiencia consciente y despreocupada delante del objeto viviente. ¡Qué profunda enseñanza para nuestras escuelas, colegios y facultades, donde todavía la pedagogía no se ha podido emancipar del todo de la esclavitud filológica, donde todavía la letra muerta vale a veces más que el fenómeno vital, del cual es sólo símbolo insuficiente y débil.

Orientaciones nuevas surgieron recién con los grandes descubrimientos geográficos, con la reforma heliocéntrica, con la conquista de conocimientos más exactos en física y química; ellos inauguraron la segunda época de la *biología comparada y microscópica*. Pero ahora ya no es más una sola nación, ahora contribuyen al renacimiento de las ciencias naturales los pueblos romanos,

italianos, franceses y españoles, impregnados con sangre gótica germánica y arabe-semita al lado de los anglosajones, alemanes, ingleses, holandeses, escandinavos y la labor se multiplica. También el escenario se había ensanchado enormemente, ya es el globo terrestre entero el que da el material de estudio. En seis direcciones fundamentales se profundizan ahora los estudios biológicos:

1ª Se establece poco a poco una nomenclatura sistemática y una clasificación metódica de fenómenos y formas vitales, reemplazándose los criterios artificiales de clasificación sucesivamente por naturales;

2ª Se consigue un análisis estructural macroscópico y finalmente microscópico exacto de las formas vegetales y animales, consolidándose el *plan estructural uniforme de lo orgánico* en la *teoría biológica celular*;

3ª Se elabora en estudios metódicos el conocimiento del desarrollo embrionario de los seres, revelándose el *plan ontogénico universal de la vida*;

4ª Igualmente produce la anatomía e histología comparada el *plan filogenético de las formas vegeto-animales*;

5ª La fisiología experimental establece ahora con métodos físico-químicos las reacciones, funciones y efectos de las estructuras orgánicas evidenciadas preparando la futura *energética de lo orgánico*;

6ª La química orgánica avanza hacia la constitución ultramicroscópica de los componentes de la vida, las biomoléculas, asegurando las bases para el *bioquimismo vegeto-animal*.

Separándose completamente esas disciplinas de la metodología, de la filosofía y en parte también de la medicina, los estudios analíticos de los tres últimos siglos nos han creado los dos métodos fundamentales de la biología:

1º El *genético-comparativo*, y

2º El *crítico experimental*; y con eso pasamos ahora al tercer período de la *biología genética*.

El resultado del análisis científico se concreta poco a poco a principios del siglo pasado en las dos grandes ideas fundamentales de la ciencia exacta moderna: *las leyes de la energética* para las ciencias físico-químicas y las de la *evolución orgánica* para las ciencias biológicas. Y habiéndose encontrado esas normas directrices se empieza a preparar también otra vez un acercamiento entre filosofía y ciencias exactas; precisamente durante el período de separación ambas disciplinas se habían convencido de la necesidad de una asociación ideativa por lo menos, ambas se completan en más de una dirección para dar un resultado armónico y especialmente pasa eso con la biología.

Si la biología de hecho existía desde tiempos remotos, realmente ha recibido ella su independencia absoluta, su orientación directiva recién por el concepto energético-evolutivo. Ahora la biología es ciencia autónoma, digna compañera de la filosofía y medicina; ya no es más pura descripción, puro análisis de formas y fenómenos aislados, independientes; ella tiene la posibilidad, si bien más lejana de lo que se esperaba, de una *síntesis progresiva de lo orgánico*. La biología moderna por eso no es ni anatomía ni fisiología, ni zoología ni botánica, ni antropología ni psicología, ella por naturaleza no quiere ni puede seguir esos antiguos conceptos dualistas, productos de la insuficiencia humana, ella es *a priori* una *ciencia monística*, que explica lo uno por lo otro, que busca las ligaciones orgánicas entre esas ramas mantenidas todavía en separación por motivos prácticos, más bien pedagógicos que científicos. Ella no se refiere tampoco como las ramas citadas al individuo en sí, sino estudia en el individuo la especie, en lo pasajero lo duradero; su objeto es el organismo individual como representante cronológico de la especie, y la especie como expresión variable del equilibrio actual cósmico-orgánico, como forma necesariamente



pasajera de un contenido energético en constante evolución. Es por eso la biología el estudio *genético-comparativo de las series orgánicas vegeto-animales* sin límites de tiempo y espacio. Diría el gran Platón que ella busca la « idea de la vida ». Y conforme se deduce de eso, ella tiende a explicar la función por la estructura y la forma por la función; representando para ella la vida una energética *sui generis*, una forma especial de las energías cósmicas, un producto de maduración progresiva como todas las demás energías; ella quiere ser en síntesis: la *ciencia de la causalidad orgánica*.

Pertenece a su fuero las leyes de la herencia, de la variación, de la proliferación, de la sexualidad, de la maduración, de la adaptación, de la autofilaxia, de la asimilación física, química y psíquica; ella estudia el nacer, crecer, degenerar y morir, el producir, actuar, sentir y pensar de la vida, del individuo, de la especie, de la planta y animal, de la glándula sexual lo mismo como del cerebro, del hombre primitivo y culto, del niño y del adulto, de la familia y de las naciones.

Entre sus problemas elementales citaremos sólo algunos :

1° La evolución autónoma de los organismos y especies; sus causas y condiciones;

2° La relación orgánica entre morfología interior y externa, entre estructura y forma, entre constitución química y organización estructural, entre organización y energética;

3° Las energías físico-químicas en la energética vital;

4° Las relaciones entre la energética de la herencia y la maduración y adaptación;

5° Las permutas energéticas entre plantas y animales;

6° La evolución de la asimilación orgánica de energías químicas y físicas;

7° La transformación de la asimilación en función nerviosa y psíquica; las funciones mnésticas, reflejo, instinto, razón;

8° La psicogénesis ontogenética y filogenética en animales y hombres;

9° La evolución psicogenética del hombre primitivo al culto;

10° La biogénesis de la simbiosis, de estados coloniales, de la familia, de los grupos sociales.

Ya por lo expuesto, resulta la íntima relación de tales problemas con la filosofía moderna. Tres grandes problemas ocupan la filosofía de hoy :

a) El problema del *conocimiento* a resolver por la lógica trascendental;

b) El problema de la *realidad y causalidad de lo reconocido* a cargo de la metafísica, y

c) El problema de la *valorización de lo reconocido* por estética y ética filosófica.

Para los tres problemas, la biología ofrece fundamentos seguros y necesarios para orientar y preparar su solución progresiva por la filosofía. Las leyes biológicas de los aparatos receptores, su génesis y relación dinámica con el ambiente energético cósmico, sirven de base para la lógica trascendental; las leyes de la asimilación, asociación y transformación de las energías extravitales y vitales por los aparatos centrales nerviosos, la ordenación y reproducción de los estímulos recibidos orientan la metafísica biocéntrica — la única posible — y el estudio de los factores biológicos dirigentes en la evolución de los organismos, tiene su relación íntima genética con los problemas de valorización estéticos y morales. La misma cultura que valoriza la vida, si se aparta de las leyes fundamentales de la biogénesis, destruye esos valores, la cultura sin biología mata los individuos, los pueblos, la humanidad, la vida. En la lucha tradicional que en filosofía separa desde las épocas más remotas al racionalismo y al empirismo y que por el criticismo de Kant ha encontrado solamente su solución formal, será recién la biología la que resolverá el problema del



*a priori* individual, transformándolo en un *a posteriori* ancestral.

En el engranaje sistemático de las ciencias, es la biología la base natural que investiga los principios infraempíricos de todas las ramas, inclusive la filosofía y la esfera extraempírica de la metafísica filosófica, recibe contenido, métodos y dirección de ella. Séame permitido concretar esas relaciones entre biología, ciencias y filosofía en el presente esquema sintético de las zonas del conocimiento y su solución progresiva por las ciencias.

Por dentro de la zona circular limitada, pero siempre creciente del conocimiento empírico, ocupada por las distintas ramas de las ciencias exactas, biológicas y sociales notamos cómo ellas convergen todas hacia un mismo centro, arraigados sus fundamentos en las exigencias biológicas del hombre (zona infraempírica), y hacia afuera, en la zona ilimitada extraempírica, se continúan sus prolongaciones accesibles solamente a la metafísica inductiva de la filosofía, orientada y nutrida por los métodos y el material de la experiencia científica moderna. Mientras que la extensión de las ciencias se produce en el sentido de los sectores esféricos radiantes dentro de la zona empírica, la de la biología se hace en sentido opuesto circunferencial, en círculos concéntricos siempre más cerrados y análogamente debemos representarnos la extensión excéntrica progresiva de la filosofía en la zona extraempírica de la metafísica. Biología y filosofía cruzan por eso y entrelazan en sentido ecuatorial, esférico las líneas sectores de las ciencias irradian-tes, y mientras que la biología prepara y consolida los fundamentos reales de la zona empírica, la filosofía representaría en nuestro concepto su firmamento ideal, nuestro cielo espiritual.

La *vida práctica* ha enseñado al hombre desde tiempos remotos la necesidad de observaciones biológicas para su vida económica y social; la base de la agricultura, ganadería e industria es formado por ella; pero lo que antes se hizo instintivamente por costumbres y sin reflexión, la biología moderna lo transformó en acción cons-

ciente, única digna del hombre. Nadie ignora que de los problemas del cruzamiento de plantas, animales y razas depende el porvenir de los pueblos: ¡preparémonos para estar listos en la hora del peligro!

La *medicina moderna* primeramente ha comprendido — como ella representa una *biología aplicada humana* de los sistemas de asimilación directa — la necesidad de aumentar sus fuentes orgánicas por el cultivo consciente de la biología general: grandes institutos, laboratorios y museos biológicos funcionan ya en Europa, en Estados Unidos, en el Japón, echando las bases para todo trabajo científico fundamental para enseñanza y ejercicio de la medicina, en bien de la « eugenia de la raza humana » y los demás países, esperamos también que la Argentina seguirá seguramente ese desarrollo ejemplar.

Igualmente necesita la *filosofía* moderna con urgencia el concurso de la biología en todas sus ramas; debiendo ser el ideal de ella de transformarse en una verdadera *biología de los sistemas energéticos superiores humanos*, ella sería efectivamente vacía sino haría entrar en sus dominios las leyes fundamentales del mundo organizado con sus variadas formas y compleja energética, le faltarían las nociones elementales, las bases seguras para su edificio, tantas veces inútilmente construído sobre la arena movible de las ideas; pero más aun — y voy más lejos que Kant — ella no sería solamente *vacía*, sería *ciega* también, al mismo tiempo sin biología, porque las leyes de la energética vital deben ser sus normas directrices, sin las cuales ella se perdería en el universo, así como lo ha pasado a los espíritus más elevados de nuestra raza: a Platón, Descartes, Spinoza, Leibniz y Hegel.

Una verdad universal y absoluta no existe para nosotros, no puede existir por nuestra constitución, solamente a las verdades biocéntricas, conformes con la causalidad orgánica que nos ha creado, podemos acercarnos poco a poco. No debemos por eso bus-

car esa verdad en un cielo imaginario, sobrevital, sobrenatural — podemos desear y creer en uno — pero la filosofía como ciencia humana, tiene que encontrar su base y fin en las verdades biológicas de nuestra tierra, de nuestro centro energético, de nuestro ambiente cósmico, somos destinados a quedar lo que éramos: hijos de la tierra fecundados por un rayo solar y aquí tenemos posibilidad, obligación y derecho de construir nuestro paraíso ideal para el individuo y la sociedad.

También las *ciencias sociales y jurídicas* encuentran en la biología, interpretada sin dogmatismo, una orientación natural, no pueden alejarse de sus bases sin hacerse antisociales, las formas de simbiosis vegeto-animal, la biología de la sociogénesis animal, de la familia y sociedad primitiva permiten recién construcciones definitivas y sanas a estos sistemas.

Y naturalmente, es la *pedagogía* moderna, la enseñanza guiada por los principios biológicos, la base de toda educación en familia, escuela, colegio y universidad. La biología del niño, del adolescente, la maduración cerebral y sus leyes, darán aquí fundamentos naturales para planes de educación sanos y capaces de evocar y dirigir el entusiasmo de los espíritus del discípulo como del maestro. Ya veo yo también aquí en la Argentina levantarse institutos y laboratorios biológicos, museos escolares, estaciones biológicas subtropicales y marinos, sobre todo, donde no solamente se conservan esqueletos y pieles, señales más de muerte, que de vida, donde el ojo y la mano del estudiante experimenta la satisfacción de una enseñanza activa y directa sobre la vida en todas sus formas, y así llegaríamos al ideal nuestro: la biología como lo es de hecho, resultaría efectivamente el punto de contacto entre las diversas ramas científicas de la zona empírica, ella formaría el puente de unión entre esas ciencias irradiantes y divergentes, entre filosofía, ciencias exactas, naturales y sociales; ella formaría la casa central de familia, de la cual salen para la lucha y a la cual vuelven para buscar

nuevas fuerzas las ciencias humanas ; de la vida saldría la fuente productora de las ciencias para la vida y su desarrollo armónico.

Incorporándose así la filosofía en plena conciencia esa rama antigua de cultura humana, con seguridad le agregamos un caudal de energías nuevas, de impulsos frescos y nativos ; llenemos sus venas, no con tinta — que tantos siglos ha corrido en exceso — sino con sangre : ¡ el símbolo de la vida !

### III

#### PROGRAMA DEL CURSO DE BIOLOGÍA

##### *Biología general*

La biología en el sistema de las ciencias filosóficas, sociales y naturales.

Energías cósmicas y vitales. La dimensión y época de la vida.

Biogénesis, hechos y teorías y sus relaciones con cosmogonía y geogonía.

Energética vital. Bioquímica, biofísica ; el arco energético vital.

Biomecánica, teorías del protoplasma y de la biomolécula.

Biodinamismo de la célula vegetal y animal.

Paleobiología. La descendencia de las especies, hechos y teorías.

Morfogénesis general comparada filogenética, ontogenética.

Morfología experimental.

La herencia orgánica, los factores conservadores biológicos.

Los factores endógenos biológicos de evolución (la maduración).

Los factores exógenos de evolución (la adaptación).

Autofilaxia biológica. La inmunidad.

Biopatología individual y social ; degeneración, regeneración.

Concepto biológico de senilidad y muerte.

Métodos biológicos. Historia de la biología. Los institutos biológicos.

*Biología especial*

Desarrollo embriológico de los órganos vegetativos.

Desarrollo filogenético de los mismos.

La regeneración de los tejidos y funciones.

Las funciones respiratorias en plantas y animales.

Las fermentaciones.

La asimilación vegetal y animal.

La secreción externa e interna.

El problema de la sexualidad.

Simbiosis, parasitismo, familia, sociedad.

Movilidad y sensibilidad vegeto-animal.

Biología comparada de los órganos de los sentidos.

Evolución de los centros nerviosos inferiores.

Ontogenia y filogenia de los centros nerviosos superiores.

Histoarquitectura comparada de la corteza cerebral.

Filogenia del cerebro humano. Embriogenia del mismo.

Mielinización y maduración cerebral.

Psicogénesis animal, psicobiología diferencial humana y animal. Lo inconsciente y lo orgánico.

Hombre y mono. Biología del hombre primitivo.

Biología del niño.

Filogenia de la mímica y del lenguaje.

Bases biológicas de la cultura humana, eugenia humana.

Bases biológicas de la filosofía.





REVISTA DE LA UNIVERSIDAD

DE BUENOS AIRES

Año XIV - Tomo XXXVII (Sept. 1914)

LOS

TÉRMINOS DE PARENTESCO

EN LA

ORGANIZACIÓN SOCIAL SUD-AMERICANA

PARTE I

EL GUAIRÁ

PRÓLOGO

El año 1913 el doctor W. H. R. Rivers, explorador en la Oceanía y sociólogo, afiliado a la Universidad de Cambridge y en la casa de San Juan Evangelista de la misma, dió una serie de conferencias en Londres sobre su expedición a la Melanesia el año 1908; éstas se publicaron en 1914 corregidas y aumentadas, parte en que intervinieron el profesor Westermarck, el doctor Malinowski y la señorita B. Freire Marreo; su título es *Kinship and Social Organisation*. Dicho trabajo fué más tarde comentado por el señor Roberto H. Lowie, uno de los editores del «*American Antropologist*», vol. XVII, págs. 329-340.

Estas conferencias representan el resultado de un estudio largo y complicadísimo, teniendo en cuenta todo lo que se ha publicado sobre la materia después de lo que escribió Morgan; entre tantas otras conclusiones a que llega se halla la siguiente, página 72:

«Así, pues, esa rigurosa distinción que se guarda entre «hermano de padre y hermano de madre, como también entre «hermana de padre y de madre, característica tan usual en «este sistema de clasificación por categorías (1), no es más que «la consecuencia obligada de una organización social en su «principio exogámica: la existencia de un hecho tal como éste «significaría que muchos parentescos habían de comprender a «diferentes grupos sociales que se distinguirían mediante una «nomenclatura propia y especial».

En la página 20 él explica lo que los autores ingleses llaman *cross-cousin marriage*, casamientos recíprocos entre primos (2), pero en esta forma: el varón se casaría con la hija de su tío materno o de su tía paterna; en algunos pocos casos es con unos y no con otros de estos primos (3). La explicación de todo ello que se da en el texto es un verdadero rompe-cabezas y creo que con el estudio que aquí se hace de los términos de parentesco y sus consecuencias connubio-sociales se simplifican y mucho los argumentos y las conclusiones a que se llega.

Los indios del **Guairá** (4), de habla *guaraní*, según parece, eran patrilineales cuando entre ellos se establecieron las misiones de la Compañía y está perfectamente claro que los tíos paternos eran de un grupo y los maternos de otro; igual procedimiento se aplicaba a las tías paternas y maternas. Los tíos paternos eran todos hermanos, y sus proles hijos de todos y co-hermanos entre sí; por igual razonamiento los tíos maternos eran todos hermanos y sus proles co-hermanos entre sí (5).

La tía materna, por el hecho de ser materna, era hermana de la madre, mujer del grupo materno, que contraía enlace con un tío del grupo paterno y muerto el marido tío, pasaba al hermano del finado y su prole era de la cepa paterna, mientras

(1) Téngase siempre presente que como «categoría» todos los hermanos de padre serían «padres», y las hermanas de la madre, «madres», y así de los demás parentescos; porque la base era la familia, **Ayllu** o **Má**, y no el individuo.

(2) «Cross-cousin marriages» algo así como en cruz o aspas de San Andrés. Véase página 7.

(3) Primos o tíos o sobrinos, porque así son.

(4) Es ya tiempo que una vez por todas se llamen las cosas por los nombres que les corresponden: los **abá** de Ruiz de Montoya eran los del **Guairá** y por muchas razones debe conservarse este nombre.

(5) Es decir, de categoría fraternal en el **Má** o **Ayllu**, o sea familia o «clan» de los que así huelgan en llamarla.

que la hija pasaba a ser mujer de tío materno, en el grupo materno, y su prole formaba dentro del mismo. Otro tanto sucedía con la tía materna pero en sentido inverso.

Las proles de los tíos paternos eran todos hermanos entre sí, y del mismo modo las proles de los maternos; pero la consanguinidad se establecía por vía varonil: los primos paternos eran co-hermanos todos, en cada mitad varonil en que se dividía la organización social por categorías, y entre *guaranís* del **Guairá**. Cada una de estas mitades suplía mujeres a la otra mitad, de suerte que entre las dos mitades el parentesco era de tío, primo y sobrino, resultando de todo ello un curioso léxico mediante el cual sabían ellos con quien podían o no casarse sin violentar los cánones de su organización social: en el Guairá las proles de tíos **t-Ub-y** (en una mitad) y las de los tíos **TUt-y** (en la otra) todas y de todos tenían que ser *hermanos* y no *primos*, en cada grupo o mitad del *Mú* o *Ayllu* (1); pero todo **t-Ub-y**, en sus generaciones *ab initio* y paralelas, era primo de todo **TUt-y**, como también tío y sobrino en sentido diagonal; del mismo modo todo **TUt-y** de todo **t-Ub-y**; la siguiente ecuación servirá de ejemplo, advirtiendo que encierra el *vice versa*:

<i>Por consanguinidad,</i> <i>todos hijos de todos</i> <i>desde luego hermanos</i>	{ tío primo sobrino       }	{ <i>Por correlación</i> <b>t-Ub-y</b> con <b>TUt-y</b> <i>aptitud para con-</i> <i>nubio.</i>	{ tío primo sobrino       }	{ <i>Por consanguinidad,</i> <i>todos hijos de todos</i> <i>desde luego herma-</i> <i>nos</i> (2).       }		
					}	}
					}	}

Así pues esa organización exógama, en que el grupo **t-Ub-y** patrilineal, se buscaba mujer o mujeres del otro y forastero **TUt-y** matrilineal, al reunirse en una sola agrupación de naciones, convertida ya en endógama, perpetuó la rememoración de la exogamia con la organización por tíos maternos y paternos, que llamaremos «*avuncular*».

Para los efectos de este ensayo la organización por categorías se funda en lo patrilineal, porque **t-Ub-a** es «padre», y **t-Ub-y** — «tío» — un simple derivado. De dónde salió esa mitad matrilineal **TUt-y** es otro «cuento del tío», que se reser-

(1) ¿Por qué hemos de decir *clan* cuando tenemos voces americanas que expresen la organización social por categorías? **Má** corresponde a los **Abá**, **Aillu** a los *rima* del Perú. Del **Má** tendremos harto que decir y no menos del **Aillu**.

(2) Esto es, tendremos por «categoría» de cada *mitad* en la suya, pero cónyuges por categoría de una mitad con la otra.

va para un segundo artículo; por lo demás baste esto: toda la categoría de hijos **t-Ub-y** podía contraer matrimonio con los de la categoría **TUt-y** y vice versa.

En las pp. 26 y 27 Rivers hace esta observación: «Parece mentira que hoy, más de 40 años después que la obra de Morgan se publicara, permanezcamos aun en la más crasa ignorancia de cómo son los términos de parentesco entre gentes y naciones de las cuales tomos y tomos se han escrito.» Es esta una verdad contundente, y la prueba está en que nuestro continente de la América del Sud para poco entra, por no decir para nada, en el estudio de esta parte de la sociología entre gentes primitivas cronológica o típicamente consideradas, y no se diga que ello resulta por falta de hechos o su documentación.

Lo cierto es que de la stirpe **Abá** o **Gairána** (1) contamos con un rico repertorio documental y léxico debido a los empeños de los misioneros de la Compañía de Jesús, Franciscanos de la Propaganda Fide, y otros de las varias órdenes conversoras, aparte de lo que han contribuido viajeros, historiadores, etc. Nada menos que de los tales **Abá** contamos con elementos espléndidos desde el siglo **xvi** hasta nuestros días y tan completos que bastan y sobran para justificar este primer ensayo; él responde a una amable invitación de la mesa editora del «*American Anthropologist*», que nos ofrece lugar en su admirable publicación.

El señor Roberto H. Lowie al hacer el juicio crítico del doctor Rivers concluye con estas palabras, después de elogiar lo que este autor ha hecho en beneficio de la etnología: «En primer lugar es de esperarse que sin mayor demora empiecen a llegarnos de todas partes del mundo listas preparadas con todo cuidado y esmero acerca de sus términos de parentescos... Se nos convierte en un serio deber la tarea de correlacionar estas terminologías con las costumbres sociales de que resultan. También cabe la probabilidad de que esta distribución por categorías estudiadas a fondo nos conduzca a un conocimiento definitivo en cuanto a la distribución geográfica de ciertos caracteres individuales en cada terminolo-

(1) Ya hemos invocado el apelativo de nación Guairá, justo es que adoptemos el adjetivo correspondiente "**guairano**", para ajustarnos a la nomenclatura del Padre Techo.

«gia, tal vez mejorándose así la clasificación bipartita de Morgan o la tripartita de Rivers. Finalmente, la investigación intensiva de cada sistema en particular forzosamente ha de sacar a luz muchos datos de interés psicológico, al mismo tiempo que si comparamos los sistemas de tribus correlacionadas cultural y lingüísticamente llegaremos a establecer las diferencias que persisten en la nomenclatura actual aun cuando ellas hayan desaparecido en la correspondiente organización social del día, y las lingüísticas queden reducidas a su «menor expresión». *American Anthropologist*, vol. XVII, 1.ª parte, pág. 340.

A este llamado responde la correspondencia iniciada con el señor Lowie y el estudio sobre este punto que es materia del presente ensayo. No hay que asustarse porque dentro del mismo la idea de lo que es «padre» se reduzca al minimum y que escasamente llegue a ser un mito tradicional de algo que fué desde el momento en que el primer **cuimbae** contrajo enlace con la primera **cuñá**, pero la pura verdad es, que entre indios **Abá** del **Guairá**, cuando a doctrinarlos entraron los misioneros cristianos, la organización connubio-social de la estirpe constaba de «tios» **t-Ub-y** (paternos) y «tios» **TUt-y** (maternos), y que en cuanto a «padres» y «madres» era asunto que se ajustaba a la tabla de los «tios»: la nomenclatura de todo esto, que partía de la reglamentación clasificadora por categorías, era la que servía de norma para los efectos matrimoniales y regía desde la región *Chiriguana* en Bolivia como ápice del triángulo, hasta la costa del Atlántico entre el Amazonas y Río de la Plata como base.

## I

Los Indios de nación *Guaraní*, así llamados por los españoles, se apellidaban *Tupí* o *Topí* por los del Brasil, *Chiriguana* por los del Alto Perú o Bolivia y Argentina, pero entre sí se daban el trato de **Abá** — «hombres» — Señoreaban ellos casi toda la costa del Atlántico desde el Amazonas hasta el estado de Santa Catalina y tierra adentro hasta el Alto Paraná y río Paraguay; también se habían establecido en el Río de la Plata entre la isla de Martín García y fortín de Gaboto, en la confluencia del río Carcarañá con el brazo Coronda del Paraná.

Pedro Martir de Angleria los llama «Caribes» porque dieron muerte y se comieron a Juan Díaz de Solís y a algunos de sus compañeros, cerca de la isla de Martín García, el año 1516: véanse las *Decadas*, Lib. X., Cap. III.

El año 1519 Magallanes y su compañero Pigafetta visitaron el Brasil y el segundo nos ha dejado una muy conocida relación del viaje y de los Indios *Tupí*, «*Canibales*», de esa región. Véase *Ramusi*.

Llegaron ellos al Río de la Plata, siguiendo más o menos el derrotero de Juan Díaz de Solís, en su desgraciada expedición. Allí los visitó un indio alto llamado «Canébal» por Pigafetta, pero que más bién sería uno de los *Charruas*, vecinos de los *Guaranís* en esa región. Como no les fuese posible entrar en relación con estos indios siguieron viaje al Sud al descubrimiento del estrecho que más tarde les abrió la vía del Pacífico.

Pocos años después, en 1526, partió la expedición de Sebastián Caboto con rumbo a las islas Molucas; entre tantos otros lo acompañaron dos ingleses llamados Henry Látimer el uno y Rogerio Barlow el otro, ambos amigos o habilitados del inglés Robert Thorne, rico comerciante de Sevilla. La expedición fué desgraciada y no pasó más allá del Río de la Plata (1); esto empero se logró, que durante su larga permanencia en Pernambuco y Santa Catalina Barlow pudo hacerse de muchos datos curiosos acerca de aquella tierra y sus habitantes, y en especial «*Topys*» o «*Tupys*» del Brasil, que se comían unos a otros, sin que esta mala costumbre fuese extensiva a las demás naciones de tierra adentro. He aquí lo que en su relación nos cuenta:

«Cuando el hombre muere el hermano que le sigue ha de «heredar todas las mujeres del finado, eligiendo para su servicio a las que le pareciere bien y regalando las demás a «hijos y parientes; y si se le antoja y sin mayor preocupación, «los viejos se tomarán a las mozas y los mozos se quedarán «con las viejas; y preguntados a que respondía tal proceder, «pareciéndonos que no sea ajustado a la razón ver a viejos «chochos dueños de mozas jóvenes, y a mocetones de poca

(1) Nombre este que tuvo origen en los descubrimientos de Sebastián Gaboto (o Cabot) y en las prendas de ese metal que alcanzó a recoger en su viaje procedentes todas ellas del Perú y traídas por el infortunado Alejo García.

« edad vinculados con viejas, la contestación fué que la razón « era esta: las mozas carecían de experiencia en la vida y por « eso se acompañaban con viejos que las instruyesen y enseñasen como habían de manejarse en el hogar; de igual modo « los mozos no pueden saber como han de hacer para vivir y « por eso se les dan las viejas que los intruyan.

Esto no es otra cosa que el «*levirato*», en toda la extensión de la palabra, y descrito por un inglés no menos inteligente que sus connacionales de nuestros días, que observaba y se daba cuenta de lo que eran los indígenas a la vez de estar muy al tanto de su negocio. Bien dijo el General Mitre que nunca faltó un inglés en nuestra América que nos entere de algo que nos importa.

Medio siglo después (1587) Gabriel Soares de Souza escribió su «*Roteiro do Brazil*», reimpresso en 1851 por la «*Revista do Instituto Hist. e Geog. do Brazil*» — Rio de Janeiro — Vol. XIV. En las pp. 316 a 317 se halla la siguiente relación:

« Es costumbre de los *Tupinambás* que, cuando muere algún « casado, el hermano de más edad ha de casarse con la viuda, « y de no haber hermano será con el pariente más allegado « por el lado masculino; y el hermano de la viuda ha de casarse con la hija de ésta, si es que la hay; en el caso que « la madre de la moza no tenga hermano, entonces a la tal hija « correspóndele para marido el pariente más cercano por parte « materna; y si no quiere casarse con la tal su sobrina no permitirá que nadie se la lleve para mujer, sino que más tarde « él le dará el marido que se le antoje.

« El tío, hermano del padre de la muchacha, no se casa con « la sobrina ni la toca, cuando cumple con sus deberes, sino « que la tiene como hija, y ella como a padre le obedece, después del fallecimiento del padre, y lo trata como a tal: cuando « estas mozas no tienen tío, hermano de su padre, toman en « su lugar el pariente más cercano, pues a todos los parientes « de parte paterna en el grado que sea dan el trato de padre, « y ellos a ella de hija, ella empero obedece al pariente más « cercano siempre; del mismo modo los nietos llaman « abuelo » al « hermano o primo de su abuelo, como estos a aquellos « nietos », « y a los hijos de los nietos y nietas de sus hermanos y primos: « de parte de la madre también los hermanos y primos de ellas « dan a los sobrinos el trato de « hijos », y ellos a los tios el « de « padres », más no les tienen tanto respecto como a los



« tios de parte de padre: esta gente hace mucho aprecio de su « parentela, quien más parientes y parientas tiene tanto más « es honrado y temido y mucho se empeña en traerlos a su « lado; haciéndose uno con ellos donde quiera que se encuentren.»

En 1663 el P. Simão de Vasconcellos, S. J. publicó su « *Chrónica da Companhia de Jesu do Estado do Brasil* », aquí se cita la reproducción del año 1865, Lisboa; lo que dice este autor es posterior a los anteriores unos cien años, y aunque no tan detallado y expícito no por eso carece de interés; tomo 1.º, pág. 2, XXXII:

« 133. En sus casamientos no se respetan los parentescos « siendo ellos por parte de mujer; sino que la hija de la her- « mana es por lo general la mujer de su tío, o la mujer que « fuera de su marido finado (1). Tienen muchas mujeres, y « como entre ellos no se trata de dote, buen cuidado tienen de « hacerles saber que favor les hacen al casarse con ellas; ni « es su amor tal que les prive de deshacerse de ellas por cual- « quier desagrado con la misma facilidad que las recibieron; « ellas tampoco se apenan mucho por esa separación. Las que « están por tener familia ni bien dan a luz, y como si no hu- « biere tal, siguen con sus ocupaciones diarias sin interrupción. « Los maridos empero, cosa de reirse, en su lugar guardan cama « en las hamacas (*redes*), siendo visitados por los amigos, como « lo hubiera de ser la mujer: es a ellos que cuidan y sirven « potages y comidas sosas; se están sin salir afuera cierto tiempo « ni trabajar por no perjudicar al recién nacido.»

Aquí tenemos la « *couvade* » en toda su perfección, que seguramente nació entre amazonas que recibían esposos por temporadas y desde ese momento empezaban los ritos de la dicha « *couvade* ».

Las anteriores citas son de la mayor importancia desde que por ellas nos enteramos de como eran las costumbres connubio-sociales entre los indios de estirpe *guaraní* a principios y fines del siglo XVI, todo lo cual se confirma por el P. Vasconcellos en el siglo siguiente, en lo que respecta a indios Tupí. y en lo *Caraíbi* por el padre Bretón, el muy conocido misionero de las Antillas francesas. Ambos autores aseguran que en cuanto al connubio entre parientes del lado materno no existía restric-

(1) Véanse las páginas 6 y 7 donde se explica esta frase curiosa que responde a reglas matrimoniales por categoría.

ción alguna, lo que no significa que pudiesen casarse padres con hijos.

Este «levirato» **Tupí** podría explicarse así como evolución de previa poliandria, en que la mujer de un hermano lo era también de todos los demás; tiempo fué en que el casado con una mujer tenía derecho de preferencia a todas las demás hermanas, ora simultanea. ora sucesivamente, lo cual no era más que una otra evolución de un estado en que todos los hombres podían ser maridos de ocasión de todas las mujeres, o viceversa, entendido que no fuera en promiscuidad sino periódicamente, no por lujuria sino como organización connubial de la tribu o de la nación.

La supervivencia de todo esto existió, si es que no existe aun en las mentadas «*saturnalia*», bajo el nombre que se les quiera dar, sea ello el carnaval culto, sea el inculto de los algarrobales entre Indios de la América Latina, como por ejemplo la **Chaya** (1) en la región *Diaguito-Calchaki* con sus «*Tincunacu*» o *Topamientos*» o procesiones triunfales de los compañeros que serán durante las fiestas del «**Pusllay**» (2). La «**Chaya**» no es más que una de tantas fiestas paganas del tiempo pasado o «*ñaupa*», semi-cristianizado, como la del «Niño Jesús», y «San Nicolás» en la Rioja para primero de año, con sus cantos tan semi-cristianos como el rito que acompañan:

«*Año Nuevo* **paccary** — (amanecer)  
*Niño Jesús* **canchary** — (alumbrar)  
*Rosa* **sisá, rosa sisá**, — (flor de rosa)  
*¡Mamay Virgen Copacabana!*» — (mi madre virgen).

No serían peores ni mejores como «*Saturnalia*» de rito que muchas manifestaciones carnavalescas de la cultura moderna (3).

Como no es posible desconocer la interrelación étnica que existe entre las estirpes *Guaraní* o *Tupí*, *Caraíbi* y *Aruacu*, no estará demás reproducir aquí lo que al respecto de casa-

(1) Nombre que se da al Carnaval en toda la parte quichuante de la República (máxime en Catamarca y la Rioja).

(2) **Pusllay** o **Pujllay**, así llaman al muñeco que representa al «Ser Carnavalesco» que «llega» (**cháyac**) de fuera en vísperas de dicha fiesta saliendo a recibirlo los «compadres» del «*Tincunacu*».

(3) Por ejemplo — «*En la sangre*» — de Cambaceres.

mientos diceel P. Raymond Breton, misionero entre los indios de las antillas francesas, por los años 1665. «*Dic. Caraibi*», Ed. Platzmann, p. 11:

« Les cousins germains que nous appellons fils des frères du « Père, se nomment frères, et ces frères du Père sont aussi « appelez Pères; et les enfans de ses frères ne contractent « point d'alliance par ensemble, mais bien avec les enfans des « sœurs de leur Pères, que s'il ny avoit point de filles, ils « s'appelleroient, **Iapá taganum.** » (1)

En la p. 268 se encuentra esto más:

« Si tost qu'une fille est née, elle est destinée pour un « cousin maternal. »

La frase es **Kayani ali** — « él tiene mujer », « está casado »: **iani** es « mujer » o « esposa ».

Todas las citas que preceden hacen en favor de la presunción que los varones tenían ciertos derechos prescriptivos sobre las mujeres, derivados de una preexistente exogamia, que en el caso de las estirpes *Guaraní* y *Caraibi* se habían convertido ya en endogámicas, pero con descendencia patrilineal: si lo matrilineal hubiese prevelecido en lugar de poligamia de varones se hubiese conservado como poliandria en las mujeres. La estirpe *Aruacu* (2) era matrilineal, y allí debemos buscar esas famosas « Amazonas » de América que recibían grupos de varones por temporadas. (3)

En 1913 el señor Walter E. Roth presentó al Instituto Smithsonian de Washington un importante trabajo: « *An Inquiry into the Animism and Folk-Lore of the Guiana Indians* », 30th Annual Report, 1908-'09, p. 222. Unos indios llegan a una playa y se encuentran con un campamento de mujeres solas, no se veía ni hombre ni rapaz. « Los que aquí « llegan, les dijo una vieja, han de permanecer a lo menos un « año sin poder seguir viaje; nada les faltará y cada cual ten- « drá dos o tres de nosotras para mujeres: si engendran mu-

(1) Aquí se repite en otra forma el dicho de Vasconcel-los: « la hija de la hermana es por lo general la mujer de su tío, o la mujer que fuera de su marido finado »; p. 12.

(2) **Aruacu.**—Los apelativos indígenas no debían castellanizarse, porque para ello hay que aumentar sonidos extraños: ellos perturban la identificación.

(3) El nombre exótico de *Amazonas* desprestigió esta tradición como el de *Ofir* y todo lo que se le cuelga a las memorias de Monterinos; el tiempo pondrá las cosas y los nombres en su lugar.

«jeres en seguida podrán marcharse, pero si nacen varones, continuarán con nosotras hasta lograr una mujer.» De día las mujeres salían a cazar y pescar, y los varones se quedaban durmiendo en las hamacas. He aquí por tradición los *Topamientos* por grupos, la *couvade*, y hechos que dieron origen a las leyendas de Amazonas (1).

## II

De lo dicho se desprende que entre indios de estirpe *Guarani* o *Abá*, hombres y mujeres podían contraer matrimonio con algunos parientes consanguíneos, pero no así con otros; está claro pues que en su mérito tenían que inventar una terminología correspondiente mediante la cual, como índice inerrable, cada varón o mujer sabría cuales podrían o no ser sus consortes legales según el rito o *tabú* gentilicio o tribal.

I. *Primos que no pueden casarse:*

(1). **Che-TÚty-r-ay** (2) *vel, r-ayy* — primos hijos e hijas de mi *tío* materno.

(2). **Che-r-uby-r-ay**, *vel, r-ayy* — primos hijos e hijas de mi *tío* paterno.

II. *Primos que sí pueden casarse:*

(3). **Che-yayché mèmby cuimbae**, *vel, cuñá* — primos prole de mi *tía* paterna.

(4). **Che-cy-y-mèmby cuimbae**, *vel, cuñá* — primos prole de mi *tía* materna (menor).

En el ejemplo que precede se establecen cuatro modos diferentes de llamar a los primos, y estos cuatro se multiplican a ocho, o sea dos grupos de cuatro, por aquello de que unos son varoniles y otros femeniles: todos ellos son de fácil interpretación, porque constan de frases y no de voces sueltas: son términos clasificadores y no individuales como los nuestros, porque se aplican a grupos y no a individuos determinados.

(1) El autor tiene una llamada a su párrafo 296: Cuentan los Indios *Warrau* (de la Guayana) que el niño **Kuru-si-wari** necesitaba tabaco de la «casa de los espíritus» y que esto se hallaba en una isla apellidada «*Nivo-Yunf*» (sin hombres), porque allí no vivían más que mujeres. Pág. 335. Ver 364, N.º 333.

(2) **Tuty** y no **T-uty**.—Una observación de mi amigo, el Dr. T. A. Martínez de Goya, erudito *Guaranista*, me ha hecho analizar así esta voz, por ciertas razones que él da y que yo hallo ajustadas a un origen **aruacu**.—Correspondencia inédita. Vocal en la **i** con media luna.

## CUADRO SINÓPTICO DE LAS CUATRO CATEGORÍAS

(1.) <b>Che-TUty-r-ay</b> vel <b>ayy</b>	}} primo o }} prima	por «tio» materno;
(De) mi tío el <i>hijo</i> o (la) <i>hija</i>		«tio» hermano de madre (TU)
(2.) <b>Che-r-Uby-r-ay</b> vel <b>ayy</b>	}} primo o }} prima	por «tio» paterno;
(De) mi tío el <i>hijo</i> o (la) <i>hija</i>		«tio» hermano de padre (r-U)
(3.) <b>Che (1)-yayché mèmby cuimbae</b> vel <b>cuñá</b>	}} primo o }} prima	por «tia» paterna;
(Del) mi tía prole marital o conyugal		«tia» hermana de padre.
(4.) <b>Che-çyy mèmby cuimbae</b> vel <b>cuñá</b>	}} primo o }} prima	por «tia» materna;
(De) mi tía prole marital o conyugal		«tia» hermana de padre.

Este cuadro de los primos es de mucha importancia, porque en él se contienen muchas de las raíces que sirven de base para los demás términos de parentesco. La lengua *Guarani*, *Tupí* o *Abá* consta de muchos elementos alófilos (2), como sucede en muchos, si no en todos los demás idiomas: en el *Guarani* las afinidades apuntan en dirección al *Caraíbi* y al *Aruacu*. En el presente artículo la comparación se limitará a una o dos analogías; pero basta una para que nos sirva de pista, como se verá más abajo.

El ejemplo de los términos que se usan para apellidar a los primos en sus cuatro formas nos autoriza a establecer que ellos son descriptivos y sirven para clasificar grupos enteros y no sólo parentescos individuales como en nuestros idiomas.

De que los nombres estos determinan grupos, y no individuos en cuanto al parentesco, está bien claro en la lista completa que de ellos se agrega al fin de este artículo; su carácter descriptivo y clasificador ha de hacerse también extensivo a lo étnico y sexual, porque es lo propio en toda lengua que las voces respondan a alguna impresión psíquica o física, más bien que a alguna feliz ocurrencia sin ton ni son del momento.

Pasemos ahora al segundo grupo, números 3 y 4, el de las

(1) **Yayché** o **Yaiché**. — Cf. Ruiz, *Tesoro* f. 137<sup>a</sup>, Madrid 1639; o Ed. Platz Mann. Leipzig.

(2) Como por ejemplo *abuelo*, también caribico, ello no priva que el *Guarani* tenga también su carácter lingüístico propio e idiomático, como se comprueba por la voz *Y* que dice «agua» — *sui generis* — exclusivamente suya; no hay lengua empero que no haya incorporado elementos léxicos extraños. Esta salvedad se hace en defensa de mi tesis que no hay en el Universo lengua pura y en obsequio de la del Dr. T. A. Martínez, quien no está de acuerdo conmigo en un todo: tal vez aceptará la mía así formulada.

«tías» paternas y maternas, en que los términos respectivos se diferencian radicalmente: para decir «tíos» de las dos clases se usa de la **U**, determinándose si es «paterno» o «materno» por medio de las articulaciones correspondientes que no dejan lugar a duda alguna; en el segundo caso, empero la diferencia entre lo materno y lo paterno, es lógicamente radical, por **Çyy** la «tía» sería *materna*, **Yayché** *paterna* (1).

No es del caso ahora entrar a discutir el origen alófilo de estas dos voces, **Çyy** (2) y **Yayché** (2), porque nos llevaría muy lejos, pero esto se impone: la radical **U** les es común a las dos clases de tío varón, lo que ya en sí presupone cierta identidad étnico-uterina; **Ya** o **Yay** y **Çy** son raíces muy distintas que pueden identificarse sin mayor dificultad en nuestra América (3); pero para ello tendríamos que salirnos del texto *Abá*, el «*Tesoro*» del P. Ruiz de Montoya, lo que no es necesario desde que aquí se trata de un estudio no solo lingüístico sino también sociológico, que es lo que da mayor valor a esta investigación, ante todo como de origen *Guayrá* (4).

Así como en el primer par las voces dicen lo que para nuestro romance serían «primos» (5), así también las del segundo par no pasan de ser otras tantas frases descriptas de organización social, cuyas radicales son **Yayché**—«tía paterna»—y **Çyy**—«tía materna»; con los complementos, meras partes sintácticas de la oración, se establece con toda claridad que este tal «primo», es distinto de los anteriores, aunque para nosotros parezcan ellos ser la misma cosa.

**Yayché** podría etimologarse así: — **yché** o **iché** — sufijo que equivale a — «de veras» — (cf. *Tesoro*, f. 173) y **ya**, sonido americano de gran valor étnico o filogénico, si se quiere, como en el *Dakota* del Misisipi (cf. *Tesoro*, f. 181-2). Si se admite que el **ya** se refiera al «origen», la voz entera equivaldría a «**ya** de veras» y desde luego que la voz «tía paterna» incluye

(1) **Cy** es más bien el sonido **se**, eminentemente mujeril y materno. Ver p. 21.

(2) **Yay** - encierra sonido **Y** que casi podía llamarse símbolo de una energía; ocurre en toda la América y siempre como algo criptico, misterioso.

(3) Como en el **ya** de Gua - ya - na, los dos **ya** de «padre» (**ya - ya**) en **Kichua** o **Kechua**.

(4) Reclén después del último repaso dado a este artículo caí en cuenta que las misiones jesuíticas nuestras, eran propias de la región *Guayrá*.

(5) Pero que en realidad expresan la idea de hermanos.

la idea de «sangre legítima **ya**», sin perjuicio de cierta sugestión de un posible abolengo **AI** (1).

Por otra parte, el vocablo o frase **Çyy** o **Çy-y** es de aun más fácil interpretación. **Çy** dice «madre» y el *y* como sufijo es particular de diminutivo, así pues **Çyy** podría ser nuestra «madrecita», en contraposición con lo otro **Yayché** — *señora madre* — porque **ya** en *guaraní* es algo grande y señorial.

Estudiados así los números 1, 2, 3 y 4, se establece el valor abolengo de las cuatro categorías de tios: (2) los «tios» son varones, desde luego se consideran de sangre **U**; las «tias» son mujeres, y por lo tanto de sangre **Ya** o **Çy**, *ipso facto* alófilas: todos estos son hechos de carácter connubial, referibles a una vieja y abandonada (2) organización social.

Toca ahora ver cómo las frases 3 y 4 llegan a significar «primos por parte de tia», sea ella paterna o materna, como los otros (1 y 2) lo eran por parte de «tío» en las mismas condiciones.

Para mayor claridad se reproducen los tres vocablos siguientes:

**Mëmbý** — dice la mujer — «prole de su marido» — cf. *Tes.*, f. 219<sup>2</sup>.

**Cuimbaé** — «hombre» (**Vir**) o «macho» — cf. *ibid.*, f. 105.

**Cuñá** — «mujer», «hembra», «esposa» — cf. *ibid.*, f. 107.

Se impone a primera vista que en el primer caso a la prole de los tios varones se les da el trato de «hijo o hija» según el caso, que a renglón seguido tenían que convertirse en «hermanos» reciprocamente; en el segundo caso, los hijos de «tias», por lo mismo reciben el trato de «hijo varón de mujer» o «hija mujer de la misma categoría», es decir, aptos para ser desposados en la tribu o familia; por que los vocablos **cuimbae** y **cuñá**, en el sentido connubial de esa organización social, pueden ser esposos, es decir, están en calidad de simples «varón» y «mujer» y no de «hijo» e «hija» que vendrían a ser «hermanos» por la clasificación orgánica de su nación o pueblo.

(1) **Aí**, ese filón étnico que se busca, cuyo rastro abunda en nuestra América y las Antillas.

(2) La organización cnadripartita como arreglo socio-connubial es muy conocido y general. Véase Ruiz, f. 178, voz **yruindy** o **yruncy** — numeral distributivo de 4 en 4; la **y**, **i** con media luna.

(3) Exógama que se vuelve endógama, o matrilineal que pasa a ser patrilineal.

Con estas explicaciones fluye la interpretación de frases 3 y 4:

N.º 3. — <b>Che yaché</b>	<b>mèmby cuimbae</b> o <b>cuñá</b>		« <i>Mis primos</i> » V. o m.,
«(de) mi tía paterna	prole, varón o mujer»		prole de mi tía paterna.
N.º 4. — <b>Che cyy</b>	<b>mèmby cuimbae</b> o <b>cuñá</b>		« <i>Mis primos</i> » V. o m.,
«(de) mi tía materna	prole, varón o mujer»		prole de mi tía materna.

Esto, que sería un enigma para quien ignorase la organización connubio-social de los *Guaranís* así queda tan claro como la luz del día.

El **t-Ub-y** no podía casarse con **Yaché**, ni el **TUt-y** con **Cyy**, porque eran aquellos hermanos paternos y éstos la misma cosa — pero como todo **t-Ub-y** se casaba con toda **TUt-y** y *vice versa*, resultaba que todo **t-Ub-y** era tío de toda **TUt-y** y vice versa; así toda sobrina se casaba con todo tío por categoría.

### III

**Paf** o **T-u-ba** — «Padre» | **Haf** o **Cy** — «Madre»

A cualquiera se le ocurriría preguntar, ¿porqué se ha iniciado este artículo por los «tíos» y «primos» de ambos sexos y no por los padres, que sería lo más natural? — La contestación es bien sencilla: en cierto estado no tan remoto de las stirpes consideradas como primitivas mucho menos valen los «padres» que los «tíos». La prueba de todo esto se halla en las citas históricas que encabezan este artículo y se refuerza con lo que E. Uricoechea nos cuenta de los Goajiros, Indios de stirpe *aruaca* en Venezuela (Cf. T. III. Coll. Ling. Amer. Maisonneuve, Paris, 1887). «No hereda el hijo al padre sino «el sobrino, hijo de la hermana... Por la misma razón no es «el padre quien concede la mano de sus hijas sino el tío, «hermano de la madre. El sobrino no solo hereda la hacienda del tío sino también las mujeres que tuvo, y con tal obligación que si no puede mantener a todas las propias junto «con las heredadas, repudia de aquellas cuantas hereda, sin «que las repudiadas lo lleven a mal».

P. 18. La stirpe *aruaca* ha sido siempre matrilineal.

**Paf** — «padre», como su correlativo **Haf** — «madre», (1), son

(1) Es este uno de los casos recurrentes en que sale a lucir ese abolengo étnico **Af** de las stirpes americanas, partiéndose de las Antillas en la dirección que se sea, **Ai-tf**, etc.



vocativos respetuosos con que se dirigen a sus padres. El Sr. Martínez (1) los considera hasta cierto punto modernos, lo que muy bien puede ser en cuanto a su uso entre Indios *Abá*. Deben compararse con **Chai** — «hijo» — trato de mujer a su hijo y deudos en general (Cf. *Tesoro* f. 218). Basta decir aquí que es costumbre muy americana tener un modo vocativo y otro relativo, diferentes radicalmente, para nombrar a sus parientes.

Cuando hablan *de* y no *a* sus padres entonces hacen uso de de las voces **Ū-ba** — «padre» y **Çy** — «madre»; como ya hemos visto que **Ū-by** es «tío», con radical comun **Ū**, se comprende lo cerca que están uno de otro en la mente del Indio (2) solo se diferencian en los sufijos complementarios. El sonido — **ba** muy bien puede responder al **ba-ba** — «padre» — del *Caraibi*, pero el otro — **by** de «tío» en **Ū-by**, parece que es *Guarani* puro; véase el *Tesoro*, f. 78, *By*, N.º 17 donde ocurre esta frase **Che-mëndá-haba-by aipó** — «yo con quien me he de casar es ese»: dice Ruiz que **by** es — «cosa señalada» o que ha de ser. Para el doctor T. A. Martínez el sonido **U** es propio y radical de la lengua *Guarani* en virtud de su prelación sobre todas las demás en nuestra América. Yo no puedo acompañarlo en esta hipótesis y creo que la modificará después de un estudio de las demás lenguas tan intenso y erudito como el que ha realizado del idioma de su predilección, el *Guarani*, cuya importancia nadie puede negar; pero conservo la esperanza de que con el tiempo ha de convencerse que es una lengua mezclada de elementos léxicos comunes entre muchas de las principales de América, sobre todo de las que responden a los tipos *Caraibi* — *Aruacu*. Cuando les toque el turno a estos *dos* idiomas recién se verá el importante rol que este mismo sonido **Ū** desempeña en sus nombres de parentescos. Los *Guaranis* y los *Caraibis* designan al «abuelo» con la misma voz:

*Gaaraní*, *Tupí* o *Abá*, **t-Amò-i** o **Paí-amò-i** — «Abuelo»  
**t-Amò-i yoapy** — «bis-abuelo». *Caraibi* **t-Amu-cu** — «abuelo»  
 — Antillas — (Breton). **Baba-tamu-ssi** — id — Cayenne —  
 (Biet), **t-Amo-r** — id — Cumaná — Venezuela.

**Amó es** — pariente, allegado — (*Tesoro*, f. 32<sup>2</sup>.) y **Mú** más

(1) Ives d'Evreux, en 1613 da **af** — «madre».

(2) Tan cerca están, que en combinación, la **U** sola da la idea de «padre».

o menos lo mismo, basta pues esto para establecer su valor étnico: no estará de más que se consulte la obra de Im Thurn — «*Among the Indians of Guiana*», p. 365; allí se verá la importancia que tiene esta voz *Tamosi*, que dice «abuelo». El prefijo **T** es una partícula común entre los dos idiomas *Abá-Tupí-Guaraní* y *Caraíbi*. El abolengo común justifica la comparación.

Esta palabra **t-Amò-i** — abuelo — es general en toda la región *Abá*, lo que no es de extrañar por cuanto todos estos dialectos son idénticos en su vocabulario no obstante las distancias geográficas que a veces los separan, y general también entre *Caraíbis*, que se han extendido por todas partes aunque no pueden invocar la misma uniformidad en su language; desde luego lícito nos es dar por probada cierta vinculación étnica, aunque sea remota, entre el *Caraíbi* y el *Guaraní*, que fueron y aun son convecinos (1).

Ese **çy** de «madre» apunta en más de una dirección, pero se prefiere la de un origen *Mojo-Baure*, de estirpe *aruaca* y por excelencia de organización matrilineal desde las Antillas hasta el Río de la Plata. La **y** con media luna para mí desorienta; es un sonido que sólo (y según Ruiz) equivale a «agua». A su tiempo se comparará con el **ze-ze** — «abuela», del idioma *Mocho* (*Mojo*) de Bolivia, el *Chané* de la historia, cuya *é* es tan especial en cuanto a sonido como la **y guaraní** (2). Como curiosidad séame lícito reproducir este dato: **o-çy** — es — «su madre» (el latín «*sua*», nó, *ejus*) en *Guaraní*; en *Mojo ze-ze* es — abuela (vocativo) — pero para tema de posesivación se vuelve **oze**, así: **nu-oze** — mi abuela, **pio-ze** — tu abuela; **ni-m-ose** — sería mi suegra.

En *Abá* la voz que dice «abuela» es **ya-r-y-i**, que rememora la otra **ya-iché** — tía materna. La final **i** es la misma que reaparece on **t-àmò-i**, en **Paí** y en **Haí** (padre y madre). **Haí-ya-r-y-i** es «madre abuela», **Paí-r-àmò-i** — «abuelo o anciano cualquiera»; **Pai-r-U-by** dice «tío» o «viejos», de todo esto se desprende que existía en este idioma la idea de pa-

(1) Remota tiene que ser, porque las veces que dicen «agua» respectivamente no se parecen: la del *Guaraní* es **y**, la del *Caraíbi* o *Calina* es *tuna* o *tona*. No es imposible que esta diferencia resulte de alguna razón más bien psíquica que lingüística.

(2) Ruiz escribe **i** con media luna arriba: se emplea la **y** en su lugar, siguiendo la costumbre moderna.

dres y madres de una estirpe ancestral representada por los apelativos **Paí** y **Mai**, que han de buscarse en ese **Aiti** o **Haiti** de las Antillas, primitivo punto de contacto entre Indios *Aruacu-Caraibi* (1); el de *Guarani* con lo *Aruacu* parece que haya sido más bien por el lado del *Mojo-Baure* y por eso las analogías de **cy** han de buscarse en el **ze-ze** — «abuela» — entre estos Indios. Ver Marbán, *Arte y Voc.º de los Mojos*.

En *Guarani*, como en los demás idiomas americanos, los nombres de parentescos no solo sirven para designar los grupos o categorías, que entre nosotros se limitan a individuos (2), sino también para determinar abolenos étnicos que puedan ser comunes entre dos a más naciones; así pues a mediados del siglo XVI, según nos lo cuenta Gabriel Soares de Souza en su «*Roteiro do Brazil*» pp. 93 y 94, cap. LVIII, al describir sus Indios que él llama *T-Amo-yo*: «Aunque parezca ser ya fuera de lugar «tratar aquí de la nación *Tamoyo* no le cabe otro, porque la «costa de la tierra que ellos señorean sigue adelante desde el «Río Janeiro hasta Angra de los Reyes, razón por la que no «se podía hablar de los tales Indios con más oportunidad en «otra parte. Estos *Tamoyos*, cuando los Portugueses descubrieron esta provincia del Brasil, eran dueños de toda esa «costa marítima desde el río del cabo de Sto. Tomé hasta el «Angra de los Reyes, de allí fueron expulsados hácia el serotón, donde ahora están. Esta gente es alta y corpulenta; son «hombres valientes y muy belicosos, enemigos de toda nación «que no sea la de los *Tupinambás*, de quienes se antojan ser «parientes, como que mucho se parecen entre sí las hablas de «unos y otros: tienen los mismos usos, vida y costumbres y «son buenos amigos; pero enemigos de los *Guaitacaces* de quienes algo ya se dijo y son sus vecinos: día a día estos se matan y comen los unos a los otros» (3).

El capítulo entero es de interés, pero nos basta con el nombre de nación **T-Amo-yo** (4), porque si estos Indios reclama-

(1) Después de escrito este artículo se ha encontrado en el tratado de de Ives d'Evreux sobre las primeras Misiones en Marañam (Brasil) que el dialecto *Guarani-Tupinambá* emplea la voz **AI** para decir madre, y **Che Af** es — mi madre.

(2) «Padre» es *pádre*, uno y único, y así «madre»; «hermano» o «hermana» se limita al trato entre sí de hijos de los tales padres, etc.

(3) «Por est' outra parte de S. Vicente partem com os *Guayanazes*, com quem tambem tem continua guerra, sem se perdoarem».

(4) *T-Amo-yo*. La partícula final *yo* es nuestro *co*, así que la voz esta significa el «copariante de abolenno».

ban ser parientes de los otros *Abá-Tupí*, en mérito de las razones expuestas por el mismo autor, el hecho de tal consanguinidad quedaba establecido con el trato que les concedían los *Tupinambás* sus parientes. El sufijo **yo** es partícula de reciprocidad, equivalente al prefijo nuestro **co**, y da el sentido del **con** en «compadres» o «consuegros», mejor dicho, en «coherederos». Véase Ruiz, *Tesoro* ff. 196.<sup>2</sup> y 197, que pone todo esto en claro.

Así como en este ejemplo se sufixa el **yo**, puede prefijarse también y tenemos la combinación **yo-ay-r-é** «co» hijos (entre sí), hijos varones de dos hermanos o de dos hermanas, *Tesoro* f. 197: nosotros diríamos — «primos hermanos» — para ellos empero son «hijos» y como tales «hermanos», como grupo o categoría.

#### CONCLUSIONES

1.<sup>a</sup> — De todo lo expuesto en los anteriores capítulos resulta que entre indios de estirpe que nosotros llamamos *Guaraní* (1), siendo *Abá* el trato que ellos mismos se daban, existía una organización social de clasificación por categorías en cuanto a los enlaces matrimoniales, para lo cual les servía de índice la terminología de sus inter-parentescos; de todo ello nos han conservado series más o menos completas Ruiz de Montoya y los demás colaboradores, que fundaron las famosas Misiones de la Compañía en la cuenca del Río de la Plata y sus afluentes.

2.<sup>a</sup> — Estas Misiones tuvieron su origen y se desarrollaron en el alto Paraná y Alto Uruguay, en la Provincia llamada del Guairá (2), título tan indebidamente olvidado por todos nosotros, y que si se quiere contiene en sí tantos rastros de información étnica. Véase la historia del Padre Techo, admirable exponente de la conversión de aquellos indios; en el *Guairá* se fundó la gran Misión de fama mundial y «*Guairanos*»

(1) Nombre éste en su principio propio de los Indios de estirpe *Abá* que ocupaban algunas de las islas en el Delta del Paraná: la primera vez que damos con él fue en la documentación correspondiente a los descubrimientos de Sebastián Gaboto o Gaboto, 1527-1530.

(2) En esta región del Alto Paranáse fundó la primera misión de la compañía de Jesús.

llamó él a los habitantes *Abá* de esos lugares y nó *Guaranis* (1). Historia del Paraguay, lib. III, cap. XXX, 1609 y 10 (2).

3.<sup>a</sup> — En los textos de las Misiones consta que se distingue perfectamente entre tios y tías paternos y maternas, y así de los demás términos de parentescos, lo que según las condiciones del problema constituye prueba de un origen exogámico convertido en endogámico en cuanto a la organización conubio-social de aquella nación.

4.<sup>a</sup> — En la región predicha la descendencia había tomado la forma patrilineal, por cuanto la consanguinidad que constituía impedimento matrimonial se establecía por línea varonil y no mujeril: la prole de dos hermanos de sangre o de categoría (3) no podía contraer enlace entre sí. Este hecho se representaba y perpetuaba con las voces **t-Ub-a** — «padre» —, y **t-Ub-y** — «tio paterno», el que buscaba mujer, no podía casarse con su hermana, ni con su prima hermana hija de su tio paterno, en ninguna de sus categorías patrilineales.

5.<sup>a</sup> — Las categorías de tios paternos y tios maternos, pruebas de una asociación exogámica convertida en endogámica, formaban las dos mitades orgánicas que servían de solución al problema sociológico de con quien se habían de casar: esta es la organización por mitades de Rivers y demás autores. La una mitad es paterna, por **t-Úb-y** — «tio paterno», la otra materna, por **TÚt-y** «tio materno». En su mitad los **t-Úb-y** no podían entrelazarse, ni en la suya los **TÚt-y**: el atolladero se salvaba gracias a las tías paternas y maternas. Tía **t-Ub-y** podía casarse con tio **TÚt-y**; inversamente, tía **TÚt-y** lo hacía con tio **t-Ub-y**; así se salvaba la existencia de la nación como linaje o «pedigree» legítimo (4); «tíos» y «tías» con sus proles respectivas eran categorías conubio-sociales.

6.<sup>a</sup> — La tía paterna llamábase **y-ai-ché**, la materna **çyy** — por categorías —; como **y-ai-ché** no podía casarse con **t-Ub-y**,

(1) La gran semejanza entre los dos apelativos pudo ser causa del olvido en que ha caído la verdadera designación «*Guiranos*».

(2) Lozano reconoce el nombre del «Guayrá», pero hace caso omiso del otro «*Gaurania*» tantas veces invocado por Techo. Ver *Historia de la Compañía de Jesús*, Lib. I, Cap. XVI, vol. 1.<sup>a</sup> p. 76.

(3) *sangre* si eran *hermanos* en el sentido nuestro de *categorías*, es decir, de su mitad varonil del **má** o **ayllú**.

(4) Las proles de esclavas, cautivas y demás concubinas, es probable que se sujetarian a estas mismas reglas, pero no consta en la documentación invocada.

que sería su hermano, por categoría, ni **çyy** con **TÚt-y** por la misma razón, no cabía confusión, sino que el mismo apelativo establecía la compatibilidad o incompatibilidad matrimonial legítima (1).

7.<sup>a</sup> — De ello resulta que todo tío **t-Úb-y** por su categoría en perpetuidad es tío, primo o sobrino de toda mujer **TÚt-y**; inversamente que todo tío **TÚt-y** es tío, primo o sobrino de toda mujer **t-Úb-y** y deben (2) o pueden casarse por su organización en categorías reciprocamente. Por eso cuando el *Indio Guairá* se casaba en realidad lo hacía con su sobrina de la otra *mitad* (*moiety*) (3) social; si moría el marido, la viuda, «mujer sobrina», iba en herencia forzosa al «hermano-tío» menor de línea, y la hija de ella a su «tío materno» mayor en su línea, siempre por categoría: — esto y nada más es lo que importa lo que afirma Vasconcel-los en 1663 (4). Véanse dicha página 12.

8.<sup>a</sup> — Este «cuento del tío» equivale al *cross-cousin marriage* de los autores ingleses, cuya nomenclatura es psicológica de ellos, pero no así de nosotros, que heredamos la nuestra de los *bascos*, nación con la *covade* como los indios, matrilineales como los mismos, de donde heredamos sin saberlo nuestra costumbre del doble apellido con el materno en el lugar de honor, cosa que mucho indigesta a la estirpe teutónica, y que tanto nos agrada a nosotros, sin que nos demos cuenta porqué, por lo mismo que ella es psicológico-racial (5).

9.<sup>a</sup> — Desde el momento que un *cuimbae* — «varón» — se casara con una **cuñá** o **cuñá** — «mujer» — pasada la organización social de exógama (caribes de grupo con Amazonas de grupo) (6) a endógama (de «tíos» **t-Úb-y** con «tías» **TÚt-y**, o sea, de caribes con aruacas y aruacos con caribes), desde

(1) Véase nota anterior, N.º 3.

(2) Véanse página 7.

(3) *Moiety*, voz muy usada para el caso.

(4) En sus casamentos não ha respeito a parantescos por via fememina: antes a filha da irmaa he comunmente a mulher do tio, ou a mulher que foi do irmão defunto. *Crônica da Companhia de Jesu de Estado do Brasil*; Vol. 1.º p. z. xxxii, F. 133. Ed. Lisboa, 1865.

(5) Es un hecho que un gran número de los apellidos españoles o castellanos, son de origen bascuense.

(6) Los paréntesis encierran una hipótesis, a que no se da más valor que como tal por ahora.

ese momento empezó ese recíproco enlace de tíos, primos o sobrinos, por categorías en la una mitad con los de la misma categoría en la otra.

10.<sup>a</sup> — Hay conveniencia en que nosotros llamemos a estos grupos, base de su propia organización social, no *clan* (que es término exótico) ni familia (que en menor escala lo es también), sino **Má**, que es el correspondiente *guarant-guairá*, para expresar, familia, grupo o clan consanguíneo; también se tendrá en cuenta este otro **Ayllu**, que dice la misma cosa en lengua de Cuzco: ambos términos son psicológicamente propios de esta materia y a ellos deberíamos limitarnos.

11.<sup>a</sup> — Las conclusiones que preceden se limitan a lo que resulta de lo observado con respecto a la nación o estirpe guaraní del *Guairá*, término que indudablemente encierra raíces léxicas muy parecidas a las de **P-ai** — padre —, **H-ai** — madre —, **Ch-ai** — hijo —, y lo que es más a la de esa estirpe **Ai**, tan eminentemente continental de nuestra América. En otra ocasión se procederá a establecer dónde hemos de buscar los orígenes de esos tíos **t-Úb-y** y tíos **TÚt-y** que tanto suenan en todo este mundo *Guaraní*.

12.<sup>a</sup> y última. — Los términos de parentesco en *Abá* son *descriptivos* por categorías y no *individualmente*, tal y como Rivers califica la nomenclatura con que se rememoran organizaciones connubio-sociales del pasado o aun supervivientes.

## APÉNDICES

### I

#### NOTAS A LAS VOCES DE LA PÁGINA 9

El siguiente vocabulario nos dará a conocer el modo como se deben interpretar los varios nombres que en este cuadro figuran repitiéndose que se trata de frases y no de simples vocablos. Las cifras se refieren al número de orden en el paradigma que nos sirve de ejemplo:

(1) **Che** «yo» y «mi» o «mio» — se emplea, siempre como prefijo.

(1) **TU-ty** — «tío materno» — La **T** inicial esta se diferencia de la otra en **t-Ub-y** — «tío paterno», radicalmente, por-

que hace **che-TU-ty** — «mi tío m.», mientras que **t-Ub-y** se vuelve **che-r-Ub-y** para decir — «mi tío p.» Cuando se trate de establecer parangones con las lenguas de tipo *caribico-aruacas*, se verá que las dos raíces **TU** y **Ub** responden a dos orígenes distintos aquel mujeril o *aruaco*, este varonil o *caribico*.

(1) **Y** — la **i** con signo de media luna, sonido eminentemente *guarani*, algo parecido a la sílaba **eu** francesa: figura para mucho en los términos de parentesco y a veces para significar diferencia cronológica de mayor a menor o *vice versá*.

(1) *R* suave como la nuestra en *pero*, infijo de relación, en que se convierte la articulación **t** inicial, *si no es radical del tema*; así en este ejemplo, **t-ay** es, pequeña cosa, hijo, *semen virile*, pero «mi hijo» sería — **che-r-ay**, con cambio de **ay** en **ayy** para «hija»: el principal rol de la **r** aquí es el de evitar hiato.

(1) **Ay** — hijo, — **Ayy** — hija. Una derivación muy natural sería **Ay** — semilla de **A**; **Ayy** — semilla de **Ay**.

(1) Orden sintáctico invertido como en el inglés, el poseedor o generador precede a lo poseído o generado.

(2) Valga lo dicho para el N.º I con excepción de **t-Ub-y** — tío paterno —, por **Tut-y** — tío materno. Esta **t** inicial es un simple prefijo articular que desaparece para dar lugar a la **r** en **che-r-Ub-y** — mi tío pat.<sup>o</sup>. — La derivación de **Úb-y** — tío p. — nace naturalmente de la otra voz **Úb-a** — padre — en que la radical es **Ú** y la **b**, un sonido latente suprimible, que llamaremos de tipo *caribico*, anticipando futuras analogías, que seran *aruacas* en el caso de **TUt-y** — tío materno.

(1 y 2) Estas radicales **TU** y **Ú** son de singular trascendencia, porque nos proporcionan rastros para formar la cadena de ciertas agrupaciones lingüístico-étnicas en nuestro hemisferio: el **TU** es de tipo *aruaco, femenil*; la **Ú** de tipo *caribico* o *Caraibico-Maya* porque la voz **y-U-m** en ambos grupos étnicos equivale a «padre». La íntima correlación que en *guarani* existe entre la **m** y la **b** basta para encadenar **y-U-m** con **t-U-b** — «padre»: — la **y** nos dice de una energía latente, y la **t** según el Dr. T. A. Martínez de otra, así pues nos damos perfecta cuenta de cada uno de sus sonidos sin omisión, sustitución, ni violencia alguna, hasta el contacto político-geográfico que nos sobra.

(3) En este y el que sigue se trata de «tías paternas y ma-



ternas», debiendo tenerse presente que ello es del idioma *guaraní* en la gran provincia *histórica, geográfica, etnográfica*, del *Guayrá*, cosa que se ha descuidado mucho; porque para nosotros todo se ha vuelto Paraguay y nada más. Véase lo que dice Ruiz de Montoya en ff. 128 y 128<sup>2</sup>, voces **Gûaí** — palabra de cariño de varones a mujeres y de mujeres a varones— **Guay-bí** — vieja — **che-Guaybí** — «mi vieja» — aunque sea moza; y **Guayúpiá** — así llaman al hechicero. **Che-yayché** o **yafche** — mi tía paterna. — De la partícula pronominal ya se ha dicho en los números anteriores y solo falta que explicar el **yayche** es un derivado de **(h) aî** — «madre» — en esta forma **(y)-aî-ché**, así como **t-Ub-y** — «tío paterno» — es de **t-Ûb-a** — «padre». La interequivalencia lingüística entre **y** y **h** es muy americana, sobre todo en la región esta, pero no es para ser discutida en este lugar.

(3) **Memby** — prole de la mujer, porque es vástago del marido o macho, ver Tes<sup>o</sup>. f. 219<sup>2</sup>. El sexo de la prole se determina con los calificativos **cuimbaé** para varón, Tes<sup>o</sup>. f. 105, y **cuñá** o **cuñâ** para mujer, ff. 107 y 105<sup>2</sup>. Del punto de vista de las madres estos no son hijos, y desde luego hermanos entre sí, sino varones o mujeres y por ende posibles esposos; porque no se consideran consanguíneos, sino colaterales, afines o políticos, como diríamos nosotros, y por lo tanto aptos para casarse con cualquier primo materno, porque por las condiciones del problema, estos hijos de madre, no son «hijos» y desde luego «hermanos», sino «varones» y «mujeres», por categoría social. Ver p. 15.

(4). **Che-çy** y «mi tía» (hermana de madre) dicen los varones; pero si es hermana menor sería **çy yquy**. La prole en este caso también, como en el anterior, sería **cuimbaé** o **cuñá**, según el sexo; estos a la vez que son hijos de sus padres serían sobrinos de sus tíos en nuestro modo de apellidarlos, pero entre estos indios no se procede con el mismo criterio sino que por el contrario serían entre sí *hermanos* en un caso, *primos* en el otro, por ejemplo: hijo o hija de **t-Ûb-y** no puede casarse con hija o hijo del **t-Ub-y** porque estarían en categoría de hermanos; igual cosa acontecería con prole de un **TÛt-y** otro **TÛt-y**; pero prole de **t-Ub-y** es maridable con la de **TÛt-y**; porque en los dos primeros casos el parentesco es paterno por ambos lados y produce hermandad; en los dos segundos es mixto de paterno y materno y sus proles son primos maridables por categoría de clasificación social.

## II

## EL CUADRO DE LA U

En este cuadro lo que resalta es la persistencia del sonido radical U que impone su importancia en este como en muchos otros idiomas de los nuestros, sobre todo si tienen afinidades muchas o pocas con los de tipo *Aruacu-Caraíbi*. La *t* inicial, en este idioma como en tantos otros americanos, es una simple articulación gramatical, o abstracta, que alguna vez fuera concreta, como lo quiere el Dr. T. A. Martínez (1) pero que ha descendido al lugar de demostrativo o de simple cópula, su caducidad en composición lo demuestra: el «peón» articulo fué alguna vez un «noble» sustantivo (2).

Cuando a los temas con la U ésta preceden pronombres de de 1.<sup>a</sup> o 2.<sup>a</sup> persona desaparece la *t* inicial y se suple con la *r* que hace posesivo; en un caso se conserva la *t* esta, y ello se atribuye que la *t* viene a hacerse radical; así **tuty** tío materno hace **che-tuty** y no **che-r-Uty** (3). Esa persistencia de la *t* en este ejemplo solo se explica si admitimos algo alófilo de idioma en que la **U** con prefijo *t* es de sexo femenino, adoptándose como raíz para formar un tema de lo viril por una parte con lo mujeril por otra, justamente lo que significa un tío materno (4). Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la diferencia léxica entre «tío paterno» y tío materno» está en las terminaciones **by** y **ty** y en la variante o partícula de posesivación.

En el cuadro está de manifiesto que la diferencia entre las voces **t-U (ba)** «padre» y **t-U (by)** tío (paterno) consiste en las desinencias **(ba)** y **(by)** respectivamente; con **Tu-ty** «tío» (materno) ya no es sólo en los sufijos que discrepan sino también en que la *T* inicial es persistente. Se hace notar esta curiosa excepción, porque es algo que puede tener su explicación en

(1) Y lo es en el caso de *TÚt-i* tío materno.

(2) El filólogo inglés Sayce así lo dice.

(3) Advuértase que en *Aruacu Uttu* es «hija» y **t-Uttu**, «su hija de ella».

(4) El Dr. Martínez está de acuerdo conmigo que en **che-tu-ty** (tío materno) el sonido **tu** es radical en cuanto al prefijo **t** y que no es así en **che-r-Uby** (tío paterno), aun cuando la forma abstracta en ambas voces es **tuty** y **tuby** respectivamente.

la vecina lengua tipo *aruacu* de las *Guayanás* en que **ire-ti** es «un varón de respecto», e **ire-tu** una mujer de respeto — *Bib. Ling. Amer.* Vol. VIII; en este idioma la desinencia —**tu** es la universal de mujer, y la —**ti** igualmente la de varón, con esta advertencia que la misma distinción reaparece en algunos nombres de parentesco propios de los idiomas tipo *Guaycurú* del Chaco. No está probado que la **y** *guarantí* sea la **i** del **ti** *aruacu*, pero la **t** como articulación gramatical es universal en S. América.

Con preparar el cuadro de los términos en **U** se quiso acentuar la importancia étnico-lingüística de este sonido radical, porque es el eslabón para poder encadenar al *Guarantí* con los idiomas de tipo *Aruacu-Caraíbi*, que por todos lados lo rodean; pero al construir el dicho cuadro se pasó por alto un muy curioso e importante apelativo étnico, el de *Tobayara*, en razón de que la **U** se trocaba en **O**; más tarde apareció el testimonio de Rogerio Barlow, en el documento de pág. 10, quien cien años antes del autor que en seguida citaremos, hablando de los indios *Abá*, los trataba de «**Topy**» o «**Tupy**», confusión muy usual en toda época, y por consiguiente no había ya por qué no se identificase la una con la otra forma (1). He aquí lo que dice el P. Vasconcellos (S. J.) a propósito de esta nación *Tobayara*, rama principal de los indios *Abá*:

«*Tobayaras* son los indios principales del Brasil, y pretenden ellos ser los primeros pobladores y señores de la tierra: «el nombre que se tomaron lo demuestra, porque **yara** quiere decir «señores», **toba** es «rostro»; todo quiere decir que «son los señores del rostro de la tierra, que para ellos es la «ribera de lo marítimo, si se compara con lo de tierra adentro. En realidad ellos son los que siempre señorearon gran parte de la costa del mar. Otros dicen, que aquel *tobá* se refiere a la tierra de Bahía, que siempre entre indios se reputó como rostro o cabeza del Brasil; y porque estos *To*, «*bayaras* fueron los más señalados dueños de esta parte: «por lo mismo es voz corriente que se les da el trato de «*Tobayaras*, es decir, «señores de la tierra de Bahía»: lo cierto es que como tales fueron siempre considerados por los demás

(1) Un alumno de mi curso me avisa que en Corrientes es usual que al padre se le dé el trato de **t-Obaya** o **t-Ubaya**, y es lógico porque nosotros decimos «mi señor padre»; **ya** o **yara** es «señor» y en Quinchua **yaya** «padre».

« indios los primeros, de gran calidad, valientes y dignos de « toda confianza ».

En el cuadro de la **U** se les asigna lugar con los **Túbá** — « padres », **Tuby** y **Tuty** — « tios » y « tías », **Tubichá** — « grande en calidad y cantidad », Tesoro f. 400.

Todos estos nombres de parentesco son hasta más no poder descriptivos, y no sólo en sentido consaguineo, afinico, étnico o sociológico, sino también sexual, pero esta parte de la encuesta queda para mejor ocasión, sobre todo para cuando se tome en cuenta esa estirpe *Aruacu* omnipresente en nuestra América y que según parece holgaba abundando en voces de puras **U**, como esta: **nucuchuru** — « mi madre ».

No estará de más decir algo aquí acerca de esa curiosa palabra **Taty** — « nuera » — (mujer de su hijo), porque ocurre lo que en **Tuty** — « tío materno » — la primera **T** es a veces permanente y a veces nó:

Ex. qr.:	<b>Che-mémby taty</b> — « mi nuera », dice la mujer.
	<b>Che-r-ay-taty</b> — « mi nuera », dice el varón.
Tesoro f. 358 <sup>2</sup>	<b>Che-r-igüey-r-aty</b> — mujer de mi hermano mayor.
	<b>Che-r-iby-r-aty</b> — mujer de mi hermano menor.

*Catecismo.* **Che-r-ay-taty** — « nuera », dice el varón a la mujer de su hijo o a la mujer de su sobrino (*hijo de su hermano o de su primo hermano*). Lo digno de observación es esto, que en la frase de « nuera » la primera **t** persiste en la forma posesiva, es decir que se le atribuye un valor radical; en la otra de « cuñada » caduca, trocándose en **r**: para nosotros esto parece casual, pero para el indio la cuñada encerraba en sí un caso de posible *levirato*.

La persistencia o caducidad de esta **t** inicial en la terminología genealógica o de « *pedigree* », para usar la palabra invocada tanto por Rivers como por el doctor T. A. Martínez, debe tenerse muy en cuenta porque responde a un abolengo *Aruacu-Caraibi*. Esta **T**, como prefijo es eminentemente mujeril o « *meta-viril* », si hemos de aceptar la nomenclatura recomendada por el ilustre americanista Lucien Adam. Una vez más se insiste aquí en que en los pronombres y nombres de parentesco se han perpetuado formas y usos arcaicos, por razones que se caen por su peso, y es por esto que unos y otros nos tienen que servir grandemente en todo lo que concierne al estudio de la « Raza Americana ».

## CUADRO GUARANÍ DE LOS TÉRMINOS EN U.

- (f. 399) **che-r-Ū-ba** (1) — mi padre.  
**t-Ū-ba** — su padre («Pater ejus»);  
**g-Ū-ba** — su padre («Pater suus»);  
**t-Ū-b'eté** — padre de veras.  
**t-Ū-b'angá** — padrastro y padrino.  
**ménd-U-ba** (2) — padre del marido — «suegro».  
**che-r-atiy-Ū** (3) — padre de la mujer — «suegro».  
**yo-aty-Ū-ba** (4) — consuegro.  
(f. 399) **t-Ū-ba-aty** (5) — mujer del padre — «madrastra».  
(f. 400) **t-Ū-by** — tío paterno.  
**che-r-Ū-by-r-ay** — primo hermano hijo de tío paterno.  
**che-r-Ū-bi-r-ayy** — prima hermana hija de tío paterno.  
(f. 401) **TŪ-ty** — tío materno.  
( id ) **che-TŪ-ty-r-ay** — primo hermano hijo de tío materno.  
( id ) **che-TŪ-ti-r-ayi** — prima hermana hija de tío materno.  
(f. 401) **che-r-Ū-ya-og** — pariente cercano.  
(f. 255) **TŪ-ya-og-gûe** — pariente en la antigüedad.  
(f. 255 y 401) **t-Ū-ya** — vejez, ver **Og-i-ya-r-a**.  
(f. 353) **che-r-Ū-r-amdi** — abuelo de mi padre.  
**che-r-Ū-r-ayy** — hermana (hija de mi padre), d. el v.  
**t-Ū-beymbae** — hermanos de padre y madre.

## OTROS DERIVADOS

- (f. 402) **t-Ū-pa** — Dios.  
(f. 400) **t-Ū-bi-cha** — grande en calidad y cantidad.  
**t-O-ba-ya-r-a** — rama principal de los Abá.  
**t-U-pi** — la nación guaraní del Brasil.  
**t-U-pi-nambá** — los Abá en el Norte de Janeiro.  
**t-U-pi-nikin** — naciones Abá al sud de las anteriores.  
**t-U-pi-naé** — primera invasión Abá.  
**memby-ra-U-pa** (Voc. p. 80) (18) — matriz de la mujer.  
**memby-r-i-U** (Voc. p. 80) — otro modo de decir lo anterior.  
(f. 407) **U-q'y** — trato que la mujer da a la hermana del marido y a las mujeres del marido.

## APÉNDICE N.º 2.

## t - Ū - b - a — (PADRE)

Notas al cuadro de, **t-Ūb-y** — «tio paterno» **TŪt-y** — «tio materno» — y sus derivados. Advertencia. Las cifras se refieren a las fojas del «Tesoro» de Ruiz de Montoya.

1.<sup>a</sup> La voz que dice «padre», si se habla de él, **t-Ūb-a**, en que la **Ū** es radical del sentido: la **t** es una articulación inicial caduca, la **b** un sonido latente que suele desaparecer en combinación, y la **a** articulación final para modificar o particularizar los parentescos en las categorías de padres gentilicios, de **ayllu** peruano o **mù** guaranítico.

2.<sup>a</sup> **Mènd-Ū-ba** — padre del marido. Ver Tesoro, ff. 217.<sup>2</sup> y 221. La radical aquí es **mè** — marido o macho — que algo tendrá que ver con **mù** — parentela. M. B. U. son letras afines.

(3) **Che-r-aty-Ū** — padre de mi esposa — *i-e* — suegro.

He aquí como dice Ruiz en su Tesoro f. 358.<sup>2</sup> — **t-Atí** — «nuera, mujer de su hijo», y sigue: «**Che memby taty**, dice la muger. «**Cheraytaty**, dize el varón, mi nuera». Agrega esto: «**Cheriquey raty**, mi cuñada, mujer de mi hermano mayor. **Che-ryby raty**, — mi cuñada, mujer de mi hermano menor». Sin entrar a discutir un posible error de imprenta en **Che-r-ay-t-aty** — «mi nuera» — dice el varón, se puede asegurar que **aty** es — «esposa» — en todas las veces, porque **Che-r-aty-U** equivale a — *padre de la mi mujer* — en inglés sería «my (**che**) the (**r**) wife's (**aty**) father (**Ū**)», léxica y sintácticamente, porque así procede la frase en este idioma. Se sospecha que esa *t* inicial en **taty** sea mujeril, así como **TŪt-y** parece ser forma mujeril de **t-Ūb-y**. Ver **Taty Ū** — suegro. Tesoro 358.<sup>2</sup>.

(4). **Yo-aty-Ūb-a** — con-suegros — inter parentesco político que tanto sorprende a los autores ingleses, y que para Indios y Españoles nos parece tan natural: la frase dice «co — de la esposa — padres», singular por plural. Aquí resalta que la forma radical es **aty**, que no necesita cópula de relación, porque **aty** es esposa de su propio marido y no del **yo**, y el hiato se evitara las dos veces con una *h*, latente para nuestros oídos, pero muy presente para lengua y oídos del Indio.

(5). **t-Ūb-a-aty** — Un lindo ejemplo de cómo el sentido cambia con la simple inversión sintáctica; aquí ello dice — «del

padre la esposa» (madrastra), en inglés sería «the father's wife» — ese *casus constructus* tan indio como teutónico, pero no castellano (1).

## CATECISMO DE LA LENGUA GUARANI

### NOMBRES DE PARENTESCO

Autor P. Ruiz de Montoya. S. J. Madrid. 1640. Edición J. Platzmann.

La serie esta de los «*Nombres de Parentesco*» es tan amplia, y ya en sí tan explicada, que no requiere comentario, ella a sí misma se lo proporciona, y la conclusión a que se llega es que en el siglo XVII se nos presenta ya un repertorio de tales nombres o términos y en la forma necesaria para probar que son descriptivos en el sentido de clasificación por categorías a los efectos de una organización social previa que aun en parte existía, muy diferentes de los nuestros que, al menos como los usamos hoy, son en su mayor parte individuales.

No se ha querido alterar el orden observado en el catecismo de la referencia, recelando se amengüe su valor en cualquier sentido; todo él se coloca al fin de este artículo como pieza justificativa en primer grado de la serie de estudios sobre la materia que aquí se inician:

**Açyguêra** — hermano y hermana.

**Aguaçá** — mancebo y manceba, amancebados.

**Amó** — parientes, y parentesco.

**Aná** — pariente, y parentesco.

**Cuñá** — hembra, y mujer verdadera, hermana, y parienta, dice el varón.

**Çy** — madre.

**Çy angá** — madrastra, y madrina.

**Çyy** — tias, dicen los varones a la hermana mayor de su madre.

**Çyyquy** — tia, hermana menor de parte de madre.

**Çymé** — padrastro.

**Haf** — madre natural, y aunque no lo sea, diciendo a las mayores.

(1) Este **aty** también calla algún sonido de **h** o **y**, para evitar el hiato. En el interior el vulgo dice «**Sayavedra**», Pa(y)ez, ca(y)er, etc. Tal vez resulte de una simple sincopación de dos A.

**Iaiché** — dice el varón a su tía, y prima hermana de su padre **Cheyayché membi**.... **Cuimbaé** (dicen todos) mis primos, y primas.

**Yarryí** — abuela de parte de padre, y madre.

**Yetipé** — sobrina, (dice el varón) hija de su hermana, y prima, hija de su tía.

**Cheyetipé mé** — mi yerno, marido de mi sobrina, dice el varón, y al marido de su prima hija de su tía.

**Yoayré** — sobrinos (¿co-hijo?).

**Yoayy** — dice el varón a su sobrina hija de su hermano (¿co-hija?).

**Yyra** — sobrino, y primo, hijo de su hermana, o de su tía.

**Yytaty** — dice el varón a su cuñada, mujer de su sobrino.

**Maránungá** — pariente.

**Memby Cuimbaé** — hijo de la mujer, y sobrino de su hermano, y hermana.

**Memby raycé** — dice la mujer a su hijo varón.

**Mêmby raty** — nuera, dice la mujer a la mujer de su hijo.

**Mènà** — macho, marido.

**Mëndy** — suegra, dice la mujer a la madre de su marido.

**Mëndúba** — suegro, dice la mujer al padre de su marido.

**Méndyby** — cuñado, dice la mujer al hermano menor de su marido.

**Méndy quey** — cuñado, dice la mujer al hermano mayor de su marido.

**Mù** — pariente lejano, y amigo, con quien trata, y conversa.

**Ñémoi** — cumbleca.

**Ñomémby** — sobrinos, dice la mujer a los hijos de sus hermanas mayores, y menores (¿co-hijos de mujer?).

**Péng** — sobrino, dice la mujer a los hijos de sus hermanas.

**Pengaty** — dice la mujer a la mujer de su sobrino, hijo de sus hermanos varones.

**Peù** — yerno, dice la mujer al marido de su hija, y sobrina.

**Quy pyy** — hermana, dice la mujer mayor a la menor y a su sobrina menor.

**Quy pyi mé** — cuñado, dice la hermana mayor al marido de su hermana menor.

**Quyby** — hermano carnal, dice la mujer a su hermano, y a su primo.

**Quyby quy** — dice la mujer a su hermano menor.

**Tayçé** — varón, pariente de mi nación, dice sólo la mujer **Chemembi raice**, mi hijo varón.



**Tay** — hijo, dice el varón, y a su sobrino hijo de su hermano, y primo hermano, y semen virile.

**Taytati** — nuera, dice el varón a la mujer de su hijo, o a la mujer de su sobrino, hijo de su hermano, o de su primo hermano, **Cheraitati**.

**Taichó** — suegra, dice el varón, **Cheraicho**.

**Tayy** — hija, y sobrina dice el varón a su hija, o hija de sus hermanos.

**Tayyràngá** — ahijada, y entenada, dice el varón.

**Tayràngá** — entenado, y ahijado.

**Tayyménà** — yerno, dice el varón al marido de su hija, o sobrinas.

**Tá** — dice el marido a su mujer.

**Tamòì** — abuelo, dicen todos.

**Tatyú** — dice el varón al padre de su mujer.

**Teindy** — hermana, y prima, dice el varón, **Cherlendi**.

**Teindymé** — cuñado, dice el varón al marido de su hermana.

**Tembi recó** — dice el varón a su mujer, **Cherembirecó**.

**Tembirecó ryq** — cuñada, hermana mayor de su mujer.

**Tembirecó quy pyi** — cuñada, hermana menor de su mujer.

**Tembirecó memby** — entenado, dice el varón a los hijos de su mujer.

**Temmiarfró** — nietos, varón, y hembra, dice la abuela.

**Tyby** — hermano menor, dice el mayor al menor.

**Tybyquy** — idem.

**Tybyraty** — cuñada, dice el hermano mayor a la mujer de su hermano menor.

**Tyqy** — hermano mayor, dice el menor al mayor.

**Tiq** — hermana mayor, dice la menor.

**Tyq mè** — cuñado, dice la hermana menor al marido de su hermana mayor o al marido de su sobrina mayor.

**Tyqyraty** — cuñada, dice el varón a la mujer de su hermano mayor.

**Tobayâ** — dicen todos a sus cuñados, y cuñadas.

**Túba** — padre natural, tío, y primo del padre, y al hermano del padre, dicenlo todos.

**Tubangá** — padrino, padrastro.

**Tuby** — todos al tío, hermano del padre.

**Tuyaog guê** — pariente consanguíneo.

**Tuty** — tío, dicen todos al hermano de madre, y al primo

de la madre, y a los hijos de su tío, hermano de su madre, que son sus primos.

**Tuty ray** — primo hermano.

**Tuty rayy** — prima hermana del varón.

**Vqy** — dice la mujer a su cuñada, mujer de su hermano.

## PRIMER GRADO ENTRE HERMANOS

**Ty quey** — hermano mayor.

**Tyby** — hermano menor.

**Tyq** — hermana mayor, dice la menor.

**Quypyi** — hermana menor, dice la mayor.

**Teyndy** — hermana, dicen los varones.

**Cheriquey** — mi hermano mayor.

**Cheryby** — mi hermano menor.

**Chery q** — dice la menor, a la mayor.

**Chequy pyi** — dice la mayor, a la menor.

**Chereíndy** — dicen los varones a sus hermanas.

## SEGUNDO GRADO ENTRE PRIMOS

**Tuty ray** — primo por parte de varón.

**Tuty rayy** — prima por parte de varón.

**Tuby ray** — primos hijos de tío, hermanos de padre.

**Tuby rayy** — Tubí rayí, prima, hija del tío.

**Yaiche mèmby cuimbaé. Cuñá** — primos, hijos de tia, hermana de padre.

**Chetuty ray** — mi primo parte de varón.

**Chetuty rayy** — mi prima, por parte de varón.

**Cheruby ray** — mi primo, hijo de mi tío.

**Chetuty rayy** — mi prima, hija de mi tío.

**Cheyay che mèmby euimbae ó Cuñá** — mis primos, hijos de mi tia, hermana de mi padre.

**Cyy mèmby cuimbaé Cuñá** — primos, hijos de tia, hermana de madre.

**Chetuty ray** — primo, hijo de tío, hermano de madre.

## SOBRINOS

- Tyqy ray** — sobrino, hijo del hermano mayor.  
**Tiqy rayy** — sobrina así.  
**Checy y mèmby cuimbaé Cuñá** — mis primos, hijos de mi tía, hermana de mi madre.  
**Che tuty ray** — mi primo, hijo de mi tío, hermano de mi madre.  
**Cheriqy ray** — mi sobrino, hijo de mi hermano mayor.  
**Cheryqy rayy** — mi sobrina.  
**Teyndy mèmby** — sobrinos, hijos de hermana.  
**Yetipé** — sobrina del varón, hija de su hermana, y prima hermana, hija de su tía.  
**Tyq mèmby** — sobrina de la tía.  
**Quypyí mèmby** — Idem.  
**Pengaty** — sobrina, dice la mujer a mujer de su sobrino, hijo de sus hermanos varones.  
**Chereindy mèmby** — mis sobrinos, hijos de mi hermana.  
**Cheytipé** — mi sobrina, hija de mi hermana, y mi prima hermana, hija de mi tía.  
**Cheryq mèmby** — mi sobrina, dice la tía.  
**Cheqypyí mèmby** — Idem.  
**Chepengaty** — mi sobrina, por ser casada con mi sobrino, hijo de mi hermano.

## TERCER GRADO, PRIMOS SEGUNDOS

- Tuty ray rayréra** — primo segundo, por parte de varón.  
**Tuty rayy mèmby réra** — prima segunda, por parte de varón.  
**Tuty ray ray réra** — primo segundo, por parte del varón.  
**Chetuty ray rayréra** — mi primo segundo, hijo del hijo de de mi tío, hermano de mi madre.  
**Chetuty rayy mèmbyréra** — mi prima segunda, hija de la hija de mi tío, hermano de mi madre.  
**Cheruby ray rayréra** — mi primo segundo, hijo del hijo de mi tío, hermano de mi padre.  
**Tuty rayy mèmby réra** — primo, por parte de mujer.  
**Yaiché memby, membyréra** — primas, por parte de mujer.

**Çyy mèmby membyré**—primos segundos, por parte de mujer.  
**Cheruby rayy mèmby réra**—mi prima segunda, hija de la hija de mi tío, hermana mayor de mi padre.

**Cheyaiché mèmby membiréra**—mi prima segunda, hija de la hija de mi tía, hermana mayor de mi padre.

**Cheçi y memby mèmby ré**—mi prima segunda, hija de la hija de mi tía, hermana mayor de mi madre.

**Tuty ray rayré; yoayré**—primos segundos por vía de varón.

**Chetuty ray rayré yoayré**—el sobrino del hijo, del hijo de mi tío.

SAMUEL A. LAFONE QUEVEDO.

# LA DEFENSA DE MONTEVIDEO Y EL GENERAL URQUIZA

SEGÚN LA

## CORRESPONDENCIA DIPLOMATICA

DEL CANCELLER MONTEVIDEANO

Doctor MANUEL HERRERA Y OBES (1)

(1848-1851)

La Academia de la Facultad de Filosofía y Letras, en el deseo de cumplir de la mejor manera con las funciones de su instituto, ha tenido la deferencia de designarme para hacer extensiva a un público mayor que el constituido por sus miembros reunidos en sesión privada, ante quienes debía exponer el asunto, la lectura que vais a escuchar, y para la cual os pido un poco de vuestra simpática benevolencia.

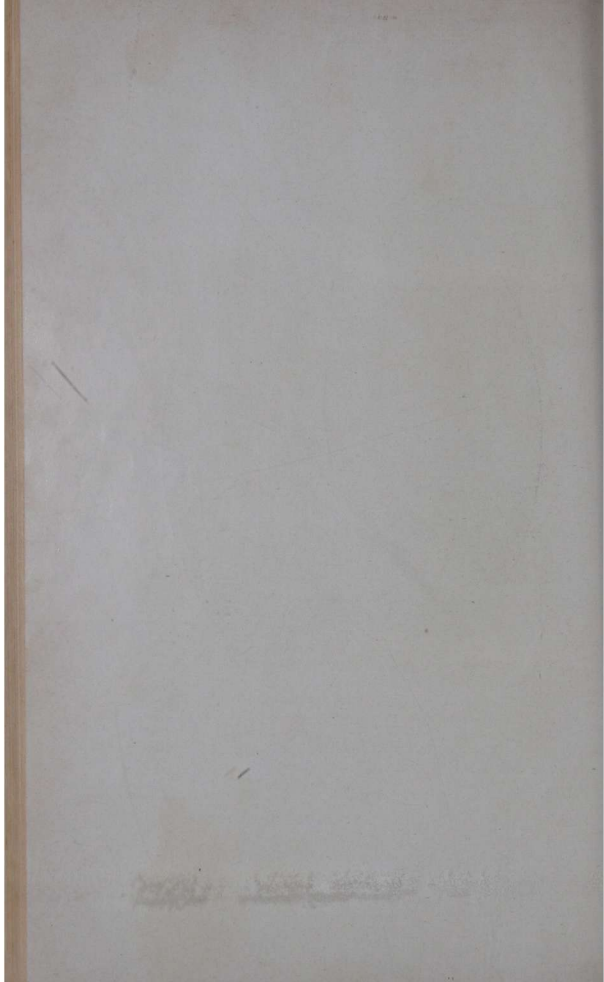
Celoso de que la verdad histórica no aparezca desfigurada por motivos ajenos a la historia misma, he aceptado complacido el encargo, y confío que no encontraréis en mi disertación cosa que no sea digna del cuerpo universitario a que me honro de pertenecer, y de la alta y delicada misión que a la historia cumple llenar en los países civilizados y conscientes de su propia grandeza moral y cívica.

(1) Disertación leída en la sesión pública de la *Academia de la Facultad de filosofía y letras*, celebrada el 4 de agosto de 1917, por el miembro de la misma Doctor CLEMENTE L. FREGEIRO.

H1



JUSTO JOSÉ DE URQUIZA



## § I

La Guerra Grande, ese largo y sangriento período de la vida histórica de la República Oriental, culmina, sin duda alguna, en la Defensa de Montevideo que reviste, así dentro de sus muros como fuera de ellos, un interés eminentemente argentino en el grupo de los acontecimientos producidos durante nueve años de lucha al parecer interminable; lucha que renovó para los dos pueblos hermanos, en el orden interno común, la época de la independencia y de la guerra con el Brasil cuando combatieran juntas por la reintegración del territorio nacional argentino, como así mismo por la libertad de los nativos de aquel suelo privilegiado por la naturaleza y por la historia. No se concibe el conocimiento de las causas y consecuencias de aquel grande acontecimiento sin antes internarse en lo más hondo de la sociabilidad y de la política argentina, ni se puede penetrar en los secretos más recónditos de la historia nacional, a contar de 1835 hasta 1852, sin detenerse largamente en el estudio de la Defensa y de su diplomacia.

Pero en esta lectura, limitada y circunscripta a los últimos tres años de ella, debo dar por conocidos todos los sucesos anteriores, para colocarme allí donde la reciente publicación de la correspondencia diplomática del canciller del gobierno de la misma, doctor don Manuel Herrera y Obes, nos ubica.

A fin de acercarme lo más posible a la verdad desnuda de envejecidos ropajes, he querido servirme del texto mismo de esa correspondencia, suponiendo por un momento que si el arte en la antigüedad se valió del diálogo y del discurso como obra propia de los interlocutores o del personaje histórico, siendo mera ficción de los autores, — práctica que, aunque en decadencia, y finalmente desautorizada, se ha extendido desde los tiempos de Platón hasta los de Landor en lo moderno y casi contemporáneo, nosotros podríamos servirnos con más justeza y más verdad todavía, de las palabras textuales de nuestros protagonistas; y de ese modo he procedido, como vais a ver y juzgar.



## I

La dirección de la biblioteca nacional de la capital uruguaya, atendida desde hace muchos años por el doctor Felipe Villegas Zúñiga, con la colaboración reciente del distinguido autor de la «*Historia y Bibliografía de la Imprenta en Montevideo*», señor Dardo Estrada, ha tenido la gentileza de remitirnos un interesante lote de libros de autores orientales, en cumplimiento de las funciones que le han sido asignadas por haber concentrado el gobierno en aquella repartición administrativa la distribución y canje de impresos, que antes tuvo independencia de la misma.

Tócame por tal motivo, llevar a vuestro conocimiento el contenido de la «*Correspondencia*» del doctor don Manuel Herrera y Obes referente a la diplomacia de la Defensa de Montevideo, desde fines de 1847 hasta igual fecha de 1851, obra que en tres volúmenes viene publicándose desde 1901 bajo la dirección del doctor don Alberto Palomeque.

Palomeque es harto conocido en ambas orillas del Plata por larga y fecunda labor de publicista; pero para nosotros lo es de muy especial manera en razón de numerosos estudios insertos en la «*Revista Histórica*» que dirige con laudable empeño el señor Luis Carve; y principalmente por los «*Orígenes de la diplomacia argentina*», así como por las exposiciones documentadas sobre la diplomacia de la Defensa que reunió en volumen en 1898, y de que la «*Correspondencia*» de Herrera y Obes es continuación y complemento. Esta empezó a publicarse en la importante revista montevideana «*Vida Moderna*», de la cual fué Palomeque algo más que mentor. El primer volumen se imprimió como si fuera parte de una biblioteca de la mencionada revista, en 1901; y los otros dos en 1913 y 1915; aquél en Montevideo y éstos en Buenos Aires.

Al dar principio «*Vida Moderna*» a la publicación, puso de manifiesto el redactor de la nota prefacio, que aquella se efectuaba «con las reservas consiguientes y con las salvedades del caso.» No atinamos bien con el verdadero alcance que pueda darse a esos conceptos, pero suponemos que deben referirse a la calidad de los originales, pues entiendo que no se trata en general de la reproducción directa, ni de las cartas de Herrera, ni de las de sus comensales en su totalidad, sino del

contenido de un libro borrador o copiador, arreglado por el protagonista para darlo a la imprenta. En ese caso el editor habrá tratado de ponerse a cubierto, quizá, de cualquiera omisión que pueda resultar del cotejo de lo que se publica ahora con los originales de las cartas dispersas en los archivos privados respectivos.

Este juicio que formulé con exceso de previsión talvez, fundase en una circunstancia que me consta y de que voy a dar cuenta por el interés que reviste el dato, y por tratarse precisamente del doctor Herrera y de su principal correspondiente, el ministro diplomático del gobierno de la Defensa en Rio de Janeiro don Andrés Lamas.

Un día en que yo pedía datos a éste sobre la verdadera actuación del doctor Herrera en lo concerniente a la campaña diplomática para derribar a Rosas, me contestó categóricamente que el mérito de los trabajos correspondía a otros hombres de mayor capacidad que don Manuel, agregándome, con marcada acentuación:

— «Manuel era sencillamente un zonzo.»

Como tal calificativo lo reputase duro e injusto, Lamas agregó bondadosamente:

— «Me parece, Fregeiro, que usted no acepta mi juicio por creerlo inspirado en un sentimiento de emulación que no abrigué nunca: pero no es así, se lo aseguro, y usted va a comprobar por sí mismo la verdad de mi aserto.»

Indícame entonces que tomase, de un estante próximo al sitio de su gran biblioteca donde platicábamos, un volumen empastado en tafílete rojo, agregando luego:

— «Abraló en la carátula, infórmese del título, y lea en seguida la carta pegada en la anteportada.»

Así lo hice: estaba escrita con hermosa caligrafía de rasgos amplios y firmes; pertenecía al doctor Manuel Herrera y Obes, y era de su puño y letra. El libro, el que Herrera publicó sobre las negociaciones de la paz de abril de 1872; y el contenido de aquella se limitaba a pocas palabras de remisión, con la advertencia de que los documentos por él suscriptos habían sido modificados *ex-post-facto* con el intento de ponerlos de acuerdo con el desenvolvimiento de los sucesos. En cuanto a los de Lamas, incluidos en el referido volumen, díjome éste haber sido impresos al pie de la letra. El doctor Herrera había sido en esa negociación ministro de relaciones ex-

teriores, Lamas su agente confidencial en Buenos Aires, y mediador el gobierno argentino. Al libro, que lleva un título muy historiado, lo llamaremos para abreviar, con las primeras líneas de la portada: *El acuerdo de 10 de Febrero de 1872* (1).

Al terminar la lectura, Lamas preguntome socarronamente: — «¿Era zonzo Manuel, o no lo era? Tales cosas puede ocurrir que se hagan, pero nunca las dice el autor con el *sans-façon* de la carta que acaba usted de leer.»

El volumen con la carta debe estar en poder de alguno de los hijos de don Andrés; y seguramente don Domingo, que era curioso de estas cosas, debió conocerlo mucho antes que yo. Consigno el hecho para justificar las reservas y salvedades del prologuista de la *Correspondencia diplomática privada* de que me ocupo.

Si modificaciones análogas ocurriesen en ella, se referirán, de seguro, a puntos incidentales a que el autor daría poca o mucha importancia, pero que en ningún caso alterarían el valor de conjunto, ni contribuirán en manera alguna a desvirtuar hechos, o variar actitudes que están bien de manifiesto en ese mismo conjunto. Por otra parte, los editores de este género de documentos suelen incurrir en tamaño error por juzgar que los personajes no deben aparecer disminuidos, o menos divinizados en concepto de ciegos admiradores: empero, la crítica histórica dispone de infinitos recursos para descubrir la verdad, y a ella nos debemos atener. Es evidente que quiero referirme en lo que digo, no al editor de los volúmenes que examino, sino a quien preparó y organizó el rico material que contienen.

El episodio histórico de la Defensa, sin perder nada de su importancia generalmente reconocida, presenta ahora, mirado a través de la correspondencia de uno de sus prohombres, aspecto enteramente nuevo. Quedará, es cierto, como sangriento y doloroso tributo ofrendado a la guerra civil por la contumacia de los partidos políticos aquende y allende el Río de la Plata; pero es innegable que evidencia la energía de los caracteres, exaltada por el sacrificio y magnificada por la abnegación llevados a sus extremos límites.

La *Correspondencia diplomática* reviste, además, particular importancia por cuanto permite pintar las diversas situaciones

(1) — Montevideo, 1872, 8.º, 255 pp.

con exacto colorido y variados matices: la historia de la Guerra Grande, en el período que comprende su última faz, de 1848 a 1851, deja de ser una historia de meras convenciones para convertirse en un gran cuadro de verdad humana. De los «*Anales*» escritos por el señor Isidoro de María, resulta esqueleto incompleto; o, mejor dicho, cuerpo sin alma, habiéndola tenido, sin embargo, grande, noble, excelsa.

## II

La *Correspondencia* comienza en el momento preciso en que el gobierno de la Defensa deja de contar en su seno al protagonista del período anterior, el señor don Santiago Vázquez, fallecido poco antes; y cuando el jefe del partido colorado general Fructuoso Rivera, acaba de ser proscrito por mandato de sus correligionarios, bajo la inspiración de Herrera y de los hombres que le acompañaron en tan violenta medida. La publicación de los documentos relativos al destierro de Rivera, sirvió de programa al diario oficial que fundó Herrera con el título de *El Conservador*, donde puede estudiarse el plan político que empezó a desenvolverse desde entonces, y a que sirve de comentario principalmente, la correspondencia con Lamas, plenipotenciario en Río Janeiro; y con José Ellauri acreditado ante los gobiernos de Francia e Inglaterra, cuya intervención en los sucesos del Río de la Plata era juzgada a la sazón con muy diverso criterio del que tuvieron en 1838, y con posterioridad al tratado Mac-kau, los prohombres de la Defensa.

Para explicar ese criterio sería necesario estudiar los antecedentes que desde 1837 representaron los jóvenes de la Asociación Mayo, creada por Juan María Gutiérrez, Echeverría y Alberdi en Buenos Aires, cuyo pensamiento fué formulado en el *Dogma socialista* aparecido en Montevideo en 1846; sin dejar en olvido, por eso, la fundación de una sociedad secreta llamada *Nacional*, a la que perteneció el doctor Herrera, la cual tuvo por órgano en la prensa un periódico de existencia efímera, — *La Nueva Era*.

En ese periódico se declaró sin ambages por los mismos prohombres de la Defensa, que los errores y las pasiones de todos mantuvieron al país durante 15 años en permanente agitación

y disturbios, y que las antiguas facciones necesitaban, al menos, nueva forma para aspirar en adelante a la participación del poder. Esto se escribía en febrero de 1846.

En la *Correspondencia* de Herrera, no encontramos ideas tan claras y precisas sobre la nueva política: inspírala un sólo propósito y un sólo sentimiento, — el de salvar a Montevideo del dominio de Rosas, y el lamentar sin tregua las consecuencias de las intervenciones extranjeras.

Como expresión final de las últimas, los prohombres de la Defensa con Pacheco a la cabeza en el orden militar, y con Herrera en el civil, no disfrazaron sus opiniones en el momento oportuno.

Por otra parte, el mismo Herrera se había penetrado desde fines de 1848, de que la situación de Montevideo era desesperada. «¿Calcula usted en que estado debe estar esta población, escribíale a Lamas, después de seis años de calamidades, de miserias, de sufrimientos? Tal vez no, porque eso es preciso verlo y tocarlo como aquí lo vemos y lo tocamos. Toda ponderación es aun lejos de la realidad, muy especialmente, después de la última misión. No hay comercio, no hay trabajo, no hay dinero: las calles y las casas están vacías porque tal ha sido la emigración... Unos han emigrado para Buenos Aires y otros para otras partes. En cambio, agrega, de Europa nada sabemos; Buenos Aires está en un grado de prosperidad que a todos pasma. Su aduana dió el mes pasado (noviembre de 1848), 600.000 pesos plata» (1).

A mediados de 1849, ampliando tan elocuentes informes, decía Herrera a Lamas: «Todo el mundo se va a Buenos Aires; todos los establecimientos de giro se cierran; todos los capitales emigran o se esconden; y lo que es peor, la plaza está escueta de renglones alimenticios. Esto dará a usted una idea de cómo estaremos de aflijidos y exasperados» (2).

Esto era por lo que respectaba a la faz económica. En cuanto al estado de los ánimos, el americanismo de Rosas ganaba terreno moralmente: el canciller montevidiano decíale a Lamas:

«Si Vd. estuviere aquí, se sorprendería al ver el progreso que

(1)—Herrera a Lamas, Montevideo, diciembre 21 de 1848: *Correspondencia*, I, pp. 268 y 273.

(2)—Herrera a Lamas, Montevideo, junio 16 de 1849: *Correspondencia*, II, p. 97.

ha hecho, y lo que ha contaminado a todos nuestros hombres, aun a los mejor intencionados, la maldita doctrina del americanismo de Rosas, debido también, es verdad, en gran parte, a la conducta insoportable de las legiones y de los legionarios» (1).

Al ministro Ellauri le comunicaba que: «El odio al extranjero es tal ya por acá, que, con nada, se le formulará en una guerra. A este respecto, el sistema americano ha hecho progresos sorprendentes» (2).

Un año después, en octubre de 1849, el ministro Herrera ordenaba al plenipotenciario Ellauri que solicitase del gobierno francés el retiro de sus agentes y representantes en Montevideo, Le Prédour y Devoise, en términos de la más intensa amargura: «Con ellos es imposible marchar. En el almirante hai una malevolencia decidida, y en Devoise un caracter insufrible... loco el uno, malvado el otro. Por la correspondencia oficial verás cómo nos tratan y cómo se nos hace beber el tósigo de sus humillaciones e injusticias» (3).

Como poco antes el ministro Ellauri le anunciara que había esperanzas de organizar en Francia una expedición de más de 6.000 veteranos mandados por jefes y oficiales expertos, Herrera le decía: «Estoi en la mía en cuanto a la expedición hecha de enganchados. Nos hará más mal que bien... Nosotros no tenemos ni fuerza, ni autoridad para mantener ese elemento en los límites del deber y del objeto para que vienen... Esa gente que viene a buscar fortuna, más que otra cosa, si aquel caso llega, (el no poderlos alimentar, ni pagarles el enganche), y Oribe y Rosas saben emplear un poco de la astucia que les sobra, ¿no es prudente temer que sea un elemento que se convierta contra nosotros?» (4).

(1)—Herrera a Lamas, Montevideo, octubre 24 de 1848: *Correspondencia*, I, p. 211.

(2)—Herrera a Ellauri, Montevideo, agosto 22 de 1848: *Correspondencia*, I, p. 174.

(3)—Herrera a Ellauri, Montevideo, octubre 17 de 1849: *Correspondencia*, II, p. 150.

(4)—Herrera a Ellauri, Montevideo julio 16 de 1849: *Correspondencia*, II, p. 98.

## III

La idea de que el Brasil era la única salvación de Montevideo, que en la actitud que el gobierno de aquél país asumiera contra Rosas estribaba la conquista del orden, de la tranquilidad y de la paz,—«de la civilización enferma de estos vastos desiertos y riquísimos países»,—exaltaba a Herrera desde noviembre de 1848. «Esto hará ver a Vd. cuanta preferencia doi a esta intervención sobre la Europa, escribía a Lamas, y en cuánto la aprecio». Pero no pensaba así la mayoría de los defensores de Montevideo. La simpatía y adhesión al americanismo de Rosas, era también expresión del sentimiento del ejército: *antes con Oribe*, que con el Brasil (1).

Pero a fines de este año, el gobierno imperial estaba muy distante de pensar en romper con Rosas, como lo procuraba y deseaba el gobierno de la Defensa: temía la actitud que pudiera asumir en tal caso el dictador de Buenos Aires, y no abrigaba confianza en los ya quebrantados defensores de Montevideo.

«Y es ésa la gente que nos quiere dar lecciones!... y ése gabinete comprende que lo que en tal caso debe hacer, es cruzar los brazos y dejar que nos entreguemos!»... escribía Herrera a Lamas. Que sigan, mi amigo, y asistiremos a unos espléndidos funerales. Eso es lo que busca Rosas. El día que el Imperio le entregue el tratado de 1828 para reducirnos a añicos; el día en que merced a la habilidad de sus hombres políticos, Rosas haya centuplicado sus fuerzas y su poder por el despojo y la apropiación de nuestra nacionalidad; el día en fin, en que la República Argentina pueda extender sus brazos y ahogar contra su seno esa monarquía que tanto le embaraza, y traer a sus antepasados a los gobernantes que él dé a los carcomidos estados en que se divide el hoy vasto Imperio del Brasil, puede ser que aun viva para saborear el gusto de la venganza, y por primera vez saber lo que ése placer es» (2).

Después de pintarle a su ministro plenipotenciario en Río

(1)—Herrera a Lamas, Montevideo, noviembre 27 de 1848: *Correspondencia*, I, p. 249.

(2)—Herrera a Lamas, Montevideo, 22 de diciembre de 1848: *Correspondencia*, I, p. 271.

de Janeiro la horrible situación de Montevideo con el exacto colorido con que la presenta en los párrafos antes transcritos, deciale palabras que permiten apreciar en su justa medida,—y que hacen altísimo honor a sus convicciones, sobre todo dichas en tan supremos instantes,—cuál era el grado de cívica energía que animaba a Herrera en aquellos momentos de extrema angustia.

«Nosotros, Lamas, no nos hemos de entregar; a lo menos si tengo la desgracia de gobernar en momento tan aciago; pero es casi seguro que seremos vencidos, si una mano vigorosa no nos salva de este piélago de infortunios y decepciones en que nos estamos sumergiendo ha tanto tiempo» (1).

A estas expansiones del canciller, Lamas respondía, para tranquilizarlo e infundir fe en el ánimo de su jefe: «Los hombres del Brasil son como Dios, su clima y su educación los han hecho; y es preciso tomarlos como son.

«Con enojarse, ni se corregirán, ni se mudarán:—se empeorarán.

«Con que luego de perdidos nosotros, se pierdan ellos, nada gana el país, tal vez pierde más—y, en todo caso, es pueril la satisfacción.

«Con decirles: Vds. son peores que nosotros, nada aventajamos, y dirán a Vd. lo que ya he oído: «*Si somos así, ¿para qué nos buscan?* Si juzgamos de los actos de Vds., es porque a eso nos dan título sus solicitudes: queremos saber con quien vamos a tratar.»

«Todo eso, agregaba Lamas, es cruel; pero es así, mirado con la frialdad con que nos cabe mirarlo.

«Enojándonos, es seguro que nos perdemos.

«Ese enojo sería aprovechado por Rosas; y el reconocimiento de Oribe, su primera e infalible consecuencia.

«Medite usted y encontrará que ese reconocimiento nos aniquilaría» (2).

Y ampliando, o mejor dicho, sometiéndose a un concepto ya anticipado por Lamas de las exigencias condicionales del gobierno imperial, deciale en esa misma carta al canciller: «Luche

(1) — En la misma carta: *Correspondencia*, I, p. 272.

(2) — Lamas a Herrera y Obes; Rio Janeiro, enero 10 de 1849: *Correspondencia*, II, p. 17.



usted con la indecisión increíble de esta gente, luche con fe. Al fin vencerá.»

Para convencerle de que así sucedería, agregaba:

«Y la decisión del Brasil, ya porque al fin se entienda con la Francia como busca, ya porque Rosas lo precipite, ya porque lo precipiten los clamores y los intereses de los riograndenses, *ya porque la codicia de límites lo ciegue y lo precipite, como hoy hago porque suceda*, esa decisión, digo, sería la única que nos daría una solución breve, segura, completa, feliz, de la crisis política y social en que nos encontramos» (1).

El canciller no se mostró remiso en dar su opinión y en prestar su autorización: «Si negocia usted sobre los terrenos en cuestión con el Brasil, no deje de tener presente que el asunto es impopular, y, que por lo mismo ha de estar sujeto a críticas severas. Siendo pues esa base, *la única* sobre que quiere tratar esa gente, vea usted cómo lo hace sin dejar nada definitivamente concluido *en cuanto a la cesión de los terrenos*. No olvide usted, que pasado el momento del conflicto, luego se olvida, y queda sólo la parte fea del negocio... *Pero tampoco olvide usted que el asunto de que se trata importa la vida de nuestro país*» (2).

En febrero 19, Herrera vuelve a escribir a Lamas sobre este asunto: «Ansiamos por resultado de sus negociados; *ahí está el triunfo de la causa...*» Pero como Pacheco hubiera deslizado algo al oído de Lamas respecto del verdadero pensamiento de Herrera, éste le dice: «Una cesión del terreno en cuestión, es impopular; se haría en un momento de conflicto, y usted negociador sería el blanco de las críticas, de las censuras. Si yo fuese capaz, agregaba, de ser doble en mis proceder y falso en la expresión de mis sentimientos, ¿no hubiera sido más consecuente, callándome y dejando obrar a usted, pues que yo siempre tendría ocasión de salvarme? Digo a usted esto, repito, porque Melchor no cesa de repetir que así lo juzga usted; y si es eso chisme quiero que usted lo sepa» (3).

(1) — Lamas a Herrera; Rio Janeiro, enero 10 de 1849: *Correspondencia*, II, p. 19. En carta de 30 del mismo mes, Lamas dice al canciller: «Negocio muy reservadamente sobre la base de límites. No aseguro el suceso, respondo sí, de la elección y del empleo de los medios.» *Correspondencia*, II, p. 25.

(2) Herrera a Lamas, Montevideo, enero 21 de 1849: *Correspondencia*, II, p. 21.

(3) Herrera a Lamas, Montevideo, febrero 19 de 1849: *Correspondencia*, II, p. 29 y siguientes.

Aquí tenemos, pues, el arranque del tratado de límites, previo, del 12 de octubre de 1851, de que se tratará en el lugar y momento oportunos. De estos antecedentes resulta no ser Lamas el único responsable por haberlo suscrito, ni el único que en justicia ha debido soportar los cargos y las condenaciones previstas por Herrera al autorizar la negociación, casi tres años antes de reducirse a compromiso internacional.

## IV

A fines de ese mismo año, cuando no teniendo siquiera esperanzas de que el gobierno brasileiro se apartase del sistema de neutralidad espectante que había adoptado, y en que persistía, Lamas le consultó lo que podría convencionarse si la Francia se retiraba definitivamente, y con ella el mezquino subsidio con que auxiliaba el sostenimiento de la defensa; y Herrera, colocándose en el peor de los casos, contéstole así: « Todo se concederá con tal que se salve y asegure la independencia... En una palabra, todo lo que sea personal y tienda a intereses de partido, lo sacrificaremos. Si es forzoso recibir a Oribe como presidente, gobernador provisorio, o lo que se quiera, venga y lo recibiremos, desde que él no sea un medio de sacrificar el país a la bárbara dominación de Rosas, ni un instrumento destinado a servir a sus intereses en ningún sentido. Oribe sin Rosas está lejos de ser temible » (1).

Los pasajes transcritos de la correspondencia confidencial mantenida entre el canciller montevideano y su agente diplomático en Río Janeiro, revelan un grado de intimidad o de confianza, que realza el valor de las confidencias, de los juicios y de las opiniones vertidas por ambos en el seno de la más amistosa reserva diplomática.

Lamas, al iniciar sus trabajos en Río Janeiro estudiando de cerca las fases de la política brasileira, el carácter de sus conspicuos estadistas y lo que éstos creían o pensaban, respecto de los negocios del Río de la Plata, solía hacer insinuaciones, o dar consejos al canciller, para ponerlo, si así puede decirse, en contacto con las cosas y los hombres del Brasil.

(1)—Herrera a Lamas; Montevideo, octubre 17 de 1849: *Correspondencia*; II, p. 155 y siguientes.

Cuando la posibilidad de una franca intervención del gobierno imperial era improbable todavía en razón de la misma situación interna del Imperio que había sido tan precaria por los años 1836 a 1848, a causa de las convulsiones revolucionarias ocurridas en las diversas provincias desde Pernambuco hasta Río Grande, situación que a mediados de 1848 juzgaba Lamas ser aun de positivo malestar en varias de aquellas (1), indicaba a Herrera la conveniencia de ponerse a cubierto de las cábalas internas que lo hacían aparecer débil y complaciente con los adversarios.

« Desde aquí sigo con profundo interés la marcha de nuestras cosas, y lo veo a usted—debo decirselo como amigo sincerísimo—muy comprometido. Una porción de actos de moderación, tal vez de justicia a nuestros enemigos, le hacen a usted inmenso mal—le están minando. Entre ellos le citaré los relativos a Lecoq. ¿Por qué, luego que ese hombre se volvió a Oribe no estableció usted el secuestro de sus casas? Si iba a servir a la causa nacional el pueblo no lo sabe, y aquella medida, al menos ostensible y atendida era indispensable. De no hacerlo así, vienen las más siniestras y peligrosas interpretaciones; y este género de interpretación explotada por enemigos diversos, va extraviando la opinión lentamente y engrosando una oposición que puede llegar a ser irresistible » (2).

En otra oportunidad enumérela larga serie de acusaciones sobre su tolerancia con los blancos, entre otras, y su severidad para con los colorados; y entre tantas inculpaciones a que Lamas sirve de órgano amistoso, destácase una bien cruel, por cierto. Dicele, que *se dice*, que el asesinato de Florencio Varela regresó al campo de Oribe, porque el gobierno, dispuesto a tapanlo todo, así lo permitió; permitiendo también que se asilaran en él dos hombres que suministraban dinero dentro de Montevideo mismo, y hasta la mujer con quien vivía Cabrera. « De eso que llaman *hecho*, dice Lamas a Herrera, concluyen que la persona, o personas comprometidas, estaban ligadas o protegidas, por usted. Agregan que usted se empeñó en que no se escribiese sobre el alevé y atroz asesinato de Florencio, *para no enconar los ánimos* » (3).

(1)—Lamas a Herrera, 27 de mayo de 1848: *Correspondencia*, I, p. 123.

(2)—Lamas a Herrera, mayo 16 de 1848: *Correspondencia*, I, 120 y sig.

(3)—Lamas a Herrera, noviembre 15 de 1848: *Correspondencia*, I, pág. 251.

A estas admoniciones, bien serias por cierto, contestaba Herrera con firmeza y energía, de la siguiente manera:

«Agradezco a usted muy sinceramente lo que me dice respecto a reglas de conducta individual. Crea usted que las tengo muy presentes, porque la experiencia algo enseña. Sin embargo, para esto de gobernar, soy un poco testarudo; y más que todo, tengo también mis principios y mis reglas de que jamás me separo. Es una verdadera alianza de corazón y cabeza, que no permite a la una obrar con independencia del otro. Supuesto que, como hombre público tengo responsabilidades y una posteridad que me espera para juzgarme, creo que nada debo hacer que no me dicte mi razón y mi conciencia. Si lo que se llama *opinión* entre nosotros pudiera modificar aquella convicción, ciertamente que no sería para imponerme una marcha política contraria a los intereses del país como yo los entiendo. *A este puesto he venido para hacer lo que yo crea mejor, y no para seguir las inspiraciones de tanto pícaro, loco o bruto, como desgraciadamente tenemos entre nosotros...* El asunto de Lecoq es toda una historia, que no es para contarla en este momento» (1). Y Lecoq efectivamente pagó con la vida, en la aurora de Caseros, la patriótica tolerancia de Herrera!

En otra, escrita con todo calor y con toda conciencia, agrega Herrera: «Las infames y absurdas cartas a que usted se refiere y cuyos textos usted me transcribe, no puede usted presentarlas como justificativos. En oposición tenía usted las mías, que, prescindiendo de la respetabilidad que les imprime mi posición y el carácter con que se las escribo a usted, desde que están apoyadas y corroboradas por hechos auténticos y los más notorios, valen ciertamente mucho más y merecen más fe que las de un *quidam*, que, en la pasión sólo con que colorea sus dichos, da la medida de su importancia y de su crédito.» Y noblemente indignado por cuanto le trasmite de los cuchicheos de Montevideo sobre el triste fin de Varela, Herrera le increpa del siguiente modo: «¿O cree usted, Lamas, que yo soy el cómplice del inaudito y bárbaro asesinato del desgraciado Florencio, y el alevé y perverso traidor que ese torpe corresponsal designa?» (2).

(1)—Herrera a Lamas, junio 3 de 1848: *Correspondencia*, I, 121 y sig.

(2)—Herrera a Lamas, diciembre 21 de 1848: *Correspondencia*, I, p. 290.

Para completar su obra de amigo consejero, Lamas concluía por exhortarlo a proceder con energía extraordinaria:

« Levante usted la acción del gobierno. No sea, enhorabuena, *arbitrario* para castigar; pero no sea usted *arbitrario* para perdonar. En nuestro estado ésto es peor que lo otro. La impunidad es el corrosivo más eficaz, y no hay nada que compense su estragos, pues ni aun salva la fama de clemente y magnánimo » (1).

Estos trozos de la correspondencia cambiada entre el canciller y el agente diplomático, descubren el carácter y la índole de ambos personajes en aquella encrucijada por donde se movían los hombres de la Defensa. Hay todavía en Lamas, en ese momento inicial de las negociaciones diplomáticas, el mismo hombre sereno pero conscientemente arrebatado y violento de los primeros días del sitio; es el jefe político de Montevideo que nada respeta para salvar la causa, que todo lo arrolla en holocausto a un credo de sectario, pareciéndole igualmente permitido incendiar la casa de un enemigo, aunque fuera un miserable tugurio, como lo hizo Pacheco, para plantar sobre sus cenizas un letrero de infamia, de entonación y colorido romántico, que dijese:—« Era la casa de un traidor y la justicia nacional la ha arrasado »;—o celebrar con júbilo patriótico, con ardor de cruzado, la ejecución de un honesto ciudadano, por la salvación de cuya vida se interponía todo el mundo de representación social. El Lamas de 1848, era todavía el mismo de 1843.

No sucedía así con Herrera. La experiencia, como él mismo lo dice, habíale enseñado mucho; y bien sabido se lo tenía no ser digno de un gobernante, aun actuando en una lucha tremenda como era aquella, persistir en el empleo de medios inicuos, explicables sólo ante un criterio de deliberada violencia. El hombre de gobierno se revela claramente en Herrera cuando toma la dirección de la política interior y exterior de la Defensa de Montevideo. Lamas le seguirá más tarde; pero es de estricta justicia aquilatar las modalidades de cada uno de ambos prohombres en aquel momento germinal de la Guerra Grande que, hasta cierto punto, forma contraste con el primero.

(1)—Lamas a Herrera, noviembre 18 de 1848: *Correspondencia*, I. p. 256.

## V

Por este mismo tiempo el canciller montevideano mostrábase convencido de la ineficacia de las intervenciones europeas en la forma que habían sido conducidas; y convencido, sobre todo, de que negociar equivalía a perder tiempo y prolongar una situación tan dañosa como la creada en estos países por aquellos actos de dos grandes potencias (1).

Fue entonces también que, en instrucciones dadas a un agente confidencial en Europa, el señor Adolfo Pfeil, formalizó un propósito de política internacional que era una complicación más, y muy grave por cierto, en los negocios del Plata. «Empéñese usted en hacer comprender al gobierno de S. M. (Británica), le decía en las instrucciones, cuán necesario y conveniente es pensar en poner por límite de la Confederación Argentina al caudaloso Paraná. Esta medida es de equilibrio para todos estos estados.

«Corrientes y Entre Ríos, en ese caso, podrían entrar a componer un estado independiente que estuviese dividido de la Confederación por el río Paraná, del estado Oriental por el Uruguay. El primer resultado de esta resolución sería la separación de las costas de aquel gran río, la seguridad de su libre navegación, la comunicación directa del comercio europeo con el Paraguay y Bolivia, y todas las provincias fronterizas de la Confederación Argentina; y la creación de una riqueza y prosperidad que aparecería como por encantamiento».

Luego añadía para dar mayor significado a su pensamiento segregatista: «La creación del estado intermedio entre el Uruguay y Paraná daría inmediatamente otro resultado igualmente importante, que sería una liga o confederación, de todos los estados pequeños, o que tengan un interés en la consolidación de aquella combinación política para asegurarla y asegurarse recíprocamente sus libertades, su independencia, su orden y tranquilidad interior».

Este proyecto, manifestado confidencialmente a la cancillería inglesa por intermedio de un agente extranjero, se me ocurre que puede haber sido base, o motivo del juicio que formulara

(1)—Herrera a Pfeil, junio 11 de 1848: *Correspondencia*, I, p. 128 y sigts.

Lamas en su ancianidad respecto del estadista de quien fué amigo político y colaborador de primera línea en la misión a Río Janeiro; si bien yo pienso, por lo que más adelante diré, que obedecía a una sugestión de la política imperial. No he querido dejarlo en la penumbra porque, a mi modo de ver, constituye un dato irrecusable de la primitiva orientación del pensamiento del canciller uruguayo, modificada tal vez más tarde, o no modificada en absoluto, puesto que siempre temió el triunfo de Rosas, a quien atribuía el pensamiento de la reconstitución del virreinato de Buenos Aires: en tal caso él entendía quizá ser defensor de la independencia nacional uruguaya, que suponía amenazada por el dictador, al patrocinar la idea de constituir una nueva nación con las provincias argentinas de Entre Ríos y Corrientes.

Pero lo de la confederación de los pequeños estados para su mejor defensa y civilización, me parece un colmo de candor. Le hubiera bastado fijar la vista en el propio país y en los hechos constitutivos de su historia, — de su pasado como de su presente —, para convencerse del profundo y funesto error en que incurría; tanto más profundo y tanto más funesto cuanto que se trataba entonces, no sólo de la defensa de una causa y de un interés exclusivamente uruguayos, sino también de una causa y de un interés común con los argentinos, en el presente como en lo porvenir.

El medio a que recurría era igualmente funesto — atizar la guerra civil y servirse para ello de la intervención europea que él mismo repudiara, y cuyas consecuencias conocía por lo que estaba viendo y soportando. « De todos los que han tomado parte en nuestra cuestión, decía Herrera en 1850 a su ministro ante los gobiernos de Francia e Inglaterra, — Montevideo y sus defensores — cualquiera que sea su suerte — serán los únicos que ante la posteridad se presentarán con frente erguida, arrojando desprecio y befa sobre esas grandes y poderosas naciones que no han venido al Plata sino para anegar en sangre estas poblaciones, arruinarlas, humillarlas; y, luego, recibir en el rostro, con la más cobarde y abyecta mansedumbre, la escupida de un miserable y atrevido gaucho de nuestras pampas » (1).

Tan rotundos conceptos, constituyen la más elocuente y verídica respuesta que la política de los intervencionistas diese,

(1)—Herrera a Eillauri, marzo 15 de 1850: *Correspondencia*, II, p. 242.

doce años después, al anatema fulminado por el poeta — por Juan Cruz Varela, el celebrado cantor de Maipú e Ituzaingó, — cuando en mayo de 1838, a raíz de producirse los conflictos con Francia, escribía estos hermosos tercetos:

¿Y tu, Buenos Aires, antes vencedora,  
Humillada sufres que sirvan ahora  
Todos tus trofeos de alfombra a sus pies?

De Albión la potente sin duro castigo,  
Del Brasil, de Iberia bajel enemigo  
La espalda del Plata jamás abrumó.

¡Y ora estraña flota le doma, le oprime,  
Tricolor bandera flamea sublime,  
Y la azul y blanca vencida cayó!

¡Ah! si tu tirano supiese siquiera  
Reprimir el vuelo de audacia extranjera,  
Y vengar insultos que no vengará!

## § II

Mediante la *Correspondencia diplomática* se comprueba que, al dar principio Lamas en Río Janeiro a las gestiones para producir la ruptura de relaciones entre Rosas y el Brasil, ya se habían iniciado negociaciones idénticas por el gobierno de la Defensa para adquirir con el mismo fin el concurso del general Urquiza. El 15 de diciembre de 1847 escribía Lamas a Herrera pidiéndole, por ser necesario para el mejor éxito ante el gobierno imperial, «copia de todo lo relativo a Urquiza, desde el comienzo de las relaciones hasta la última fecha». Esas tentativas de acercamiento remontan hasta mediados de 1845, según lo constata el general Paz en sus preciosas *Memorias* y Herrera en su *Correspondencia*; se prosiguen desde 1846 como lo demostró el doctor Rufino de Elizalde en *La Nación* en 1879; y se comprueban, finalmente, con el testimonio del doctor Ruíz Moreno en sus valiosas disquisiciones sobre la *Revolución contra la tiranía, y la organización nacional*.

Esas tentativas de acuerdo se continuaron con posterioridad a la fecha de la carta de Lamas, y en una que le dirije He-



rrera y Obes el 30 de octubre de 1850, le dice: «Parece que Rosas quiere y pugna por la guerra, y que Urquiza pide la paz como urgente y necesaria al bienestar y adelanto de estos países. En una palabra, no quiere reunir su ejército, ni hacer lo que Rosas le ordena; y como él sabe con quien tiene que haberlas, ha celebrado con Virasoro, gobernador de Corrientes, un convenio que tiene por objeto obrar en perfecto acuerdo y abrir relaciones con el Paraguay. Pero lo que hay de más singular en esto, es que Garzon ha tomado parte en el acuerdo, figurando como parte contratante, según dice una carta de un blanco, muy blanco, y de copete, que he visto» (1).

Tales resultan de la *Correspondencia* de Herrera los entretelones del pronunciamiento de Urquiza en las relaciones con el gobierno de la Defensa, como asimismo de la actuación que había de tener en el último acto de la larga y porfiada defensa de Montevideo. Lamas, a su vez, apresuraba los trabajos ante la corte de Río Janeiro y contribuía a fomentar, para producir el conflicto que condujese a la ruptura de las relaciones, según él mismo me lo manifestó, las *razias* del barón de Jacuhy desde las fronteras de Río Grande.

Los trabajos de Lamas en Río Janeiro habían sido lentos y ganándose a pequeñas jornadas, puede decirse, la confianza de los hombres dirigentes, y en particular del señor Paulino José Soares de Souza, llamado a intervenir con toda la eficacia deseable en el momento que al Brasil conviniera por motivos de interés nacional. Recién en Septiembre de 1850 la opinión pública mostróse interesada en los asuntos del Plata, a los que había sido adversa hasta entonces, razón por la cual, entre otras muchas, no había sido posible comprometer al gobierno en «algo durable, como decía Lamas, y que concurriese no sólo a la *simple conservación*, sino a la salvación de Montevideo» (2). «Mi rol, agregaba, está reducido a obtener de este gobierno la mayor suma de medios pecuniarios, sin reato alguno, para que ustedes les den el destino que estimen más conveniente.

«En la prensa hacemos algo, pero no tanto como sería preciso: me faltan medios. Yo sé que en ésa creen que se me

(1)—*Correspondencia*, III, p. 142.

(2)—Lamas a Herrera, 10 de septiembre de 1850: *Correspondencia*, I, págs. 96 y 97.

da mucho dinero; pero lo cierto es que se me da apenas lo necesario para cubrir mis gastos necesarios... Aunque tendría motivo, no pido aumento en la parte del sueldo que se me da; ustedes harán lo que quieran. Lo único que pido es que se me arregle, de una vez, algunas mensualidades... lo quisiera así para librarme de cierto género de dependencia y favor que no me gusta» (1).

## II

Si en septiembre de 1850 recién se despertó la opinión pública brasilera interesándose en los asuntos del Plata, y por consiguiente de Montevideo, fué debido al debate entablado por la legación argentina con el gobierno imperial relativo a las injustificadas *razzias* del barón de Yacuhy desde las fronteras de Río Grande sobre el territorio de la República Oriental; incursiones que, aparte de las circunstancias de interés meramente local, fueron estimuladas, como he dicho antes, por la legación del gobierno de la Defensa en Río Janeiro. Esa discusión se prolongó durante aquel año, hasta que el 23 del mes de la referencia, pidió sus pasaportes el general Guido en el carácter de representante diplomático del gobernador y capitán general de la provincia de Buenos Aires, don Juan Manuel de Rosas, como encargado de las relaciones exteriores de la Confederación Argentina.

Las causales alegadas por el gobierno imperial, consistentes en violaciones de la seguridad personal de los residentes brasileros en el Uruguay y de ataques llevados por particulares a los bienes de los mismos, no eran argumentos nuevos, producidos por causas contemporáneas; fué sencillamente la renovación de los motivos que el gobierno portugués alegara en toda eventualidad para dar colorido de justicia a los conatos de conquista, o a la conquista misma, como sucedió en 1817. Mucho mas razonable que el ministro de relaciones exteriores del Brasil en 1850 Soarez de Souza, mostrábase dos años antes Limpo de Abreu en el desempeño del mismo delicado cargo. En el *Relatorio* presentado en mayo de 1848, al tratar de los incidentes fronterizos conexos con la convivencia de inmedia-

(1)—Lamas a Herrera, agosto 25 de 1850: *Correspondencia*, I, págs. 83 y 85.

ción, en razón de hábitos propios e inveterados de aquellas gentes, Limpo de Abreu decia lo siguiente: «Apezar de tudo, nem sempre tem sido possível as nossas autoridades naquella fronteira evitar occurencias desagradaveis para a harmonia que cumpre sustentar entre estados vizinhos: dali tem partido excurções ás vezes provocadas, ás vezes de perturbadores da tranquillidade publica, verdadeiros desordeiros, com o fim de roubar gados é introduzi-los na provincia do Rio Grande por contrabando» (1).

Esto se decia oficialmente en presencia del representante del gobierno de la Defensa; pero éste hallábase dispuesto entonces a servirse de *desordeiros* como aquel calificaba, con entera justicia, a los perturbadores brasileiros de la tranquilidad pública en la frontera uruguayo-brasilera. Dos años más tarde, cuando precisamente debatía el general Guido con otro ministro imperial, Soares de Souza, esta misma cuestión tan correctamente planteada por Limpo de Abreu, Lamas escribió al canciller montevideano, en 28 de agosto de 1850: «Yo he contraído relaciones con el barón Yacuhy: es un hombre completamente decidido y capaz de precipitarlo todo» (2). Pero ése hombre a quien tan simpático se mostraba y de quien tanto esperaba el señor Lamas, no era en realidad para el ministro Soares de Souza, como lo declaró a Guido en la nota de 30 de septiembre de aquel año, ni siquiera un oficial del ejército, declarando bien alto que nunca consideró el gobierno imperial como meritorios los actos del barón de Yacuhy (3). Para el señor Paulino de Souza era, según el lenguaje oficial empleado por el señor Paulino Limpo de Abreu, implícitamente cuando menos, un *verdadero desordeiro*.

### III

Los trabajos de Lamas no obtuvieron mayor resultado ante los consejos del gobierno imperial, no obstante el retiro del

(1)—*Relatorio da repartição dos Negocios Extranjeros, apresentado... pelo respectivo ministro e Secretario de Estado Antonio Paulino Limpo de Abreu*. Rio Janeiro, 1848: p. 8.

(2)—Lamas a Herrera, Agosto 28 de 1850: *Correspondencia*, III, p. 85.

(3)—Soares de Souza a Guido, nota de 28 de septiembre de 1850; en *Correspondencia canjeada en 1850*, etc. Publicación oficial. Montevideo, 1850; p. 27.

plenipotenciario don Tomás Guido. «Si Rosas no manda otra cosa, decíale aquel a Herrera en 23 de octubre de 1850, quedaremos estacionarios hasta los resultados de Europa: esta es la resolución hecha y firme de estos señores, y por más que hagamos, no podemos, por nosotros solos, removerlos de ella» (1).

Al comenzar el nuevo año, Herrera trasmite a Lamas noticias más propicias: cree ya contar con Urquiza para oponerse a Rosas (2). Pero esta nueva augural que Herrera reclama como obra exclusivamente suya, larga y pacientemente elaborada por él, hace estallar a Lamas en un desahogo de mal humor, no obstante la felicitación de estilo en estos casos: «Siento mucho, le dice en respuesta, que, sin duda, la premura de los momentos y la vida agitada que Uds. llevan, no le hayan permitido fijarse en el grave menoscabo que sufre mi posición, si noticia de tal monta, y que tanto debe influir en el giro de los negocios de mi cargo, es transmitida a este gobierno *sólo* por su encargado de negocios».

No queriendo aparecer ante el gobierno imperial como cómplice de un silencio que estimaba ofensivo, no solo para él, sino para éste, Lamas comunica al canciller la resolución adoptada en su defensa: «Pensé que para disminuir la malísima figura que haría si me callaba la boca, debía transmitir (la noticia) al señor Paulino; y se la transmití».

Y agregaba luego, con aire de quien se siente fuerte frente a su superior: «No sé si Ud. aprobará esto; pero no he podido dejar de hacerlo sin exponerme a abdicar mi posición en esta corte» (3).

Desde este momento, ministro extraordinario y canciller del gobierno de la Defensa, se moverán en una misma dirección, cordialmente al parecer, pero en realidad hondamente divididos. El canciller se inclinará más del lado de Urquiza, en tanto que su agente diplomático en Río Janeiro se afirmará en la corte imperial: aquel llegará, un poco *malgré lui*, al

(1)—Lamas a Herrera, Río de Janeiro, octubre 23 de 1850; *Correspondencia*, III, p. 133.

(2)—Herrera a Lamas, Montevideo, 13 de enero de 1851; *Correspondencia*, III, 189.

(3)—Lamas a Herrera, Río Janeiro, enero 23 de 1851; *Correspondencia*, III, pág. 204 y fig.

glorioso pacto de 8 de octubre, mientras que el otro se verá compelido a suscribir los tratados del 12 del mismo mes!

En cuanto a la diplomacia imperial, experimentaba en aquellos momentos un rudo fracaso ante el sentimiento patriótico del gobernador de Entre Ríos. La tentativa sugestionada posiblemente al canciller montevideano y por éste adoptada, de procurar la desmembración del territorio argentino en 1848, — en 1851, en el momento mismo en que Urquiza aprestábase a levantar las armas para constituir el gobierno nacional que aun no existía, tocábale también repugnar el concurso del Paraguay en la campaña libertadora al repeler, con noble orgullo, idéntica sugestión propuesta ahora, con aire imperativo, por intermedio del gobernante de aquel país, don Carlos Antonio López.

« Este hombre torpe le ha pasado (a Urquiza), decíale Herrera a Lamas, una nota en contestación a la que él le dirigió en el mes de abril, que cierra todo camino para volverle a dirigir otra. Escrita en un lenguaje acre y ofensivo, le dice que no entrará con él en ningunos arreglos ni tratados, mientras no se separe la provincia de Entre Ríos de la República Argentina, proclamando su independencia absoluta de un modo solemne. *Yo voy a dirigirme a él, agrega Herrera, en los términos que usted y el señor Paulino lo quieren* » (1).

En la misma carta volvía a referirse a estos vidriosos asuntos en que tan comprometidos se hallaban el gobierno imperial, el presidente paraguayo y el canciller oriental y su agente en Río Janeiro. « Al general Urquiza he instruido detallada y detenidamente de todo lo que usted y Pontes—(el encargado de negocios brasilero en Montevideo)—me han comunicado sobre lo que ese gobierno ha escrito al presidente López » (2).

De 1848 a 1851, venía maquinándose, pues, para alcanzar una desmembración del territorio argentino: López acababa de tirar de la manta en el momento más inoportuno, — (por eso era calificado de torpe) — y el cotarro diplomático conturbóse con tal motivo de extraordinaria manera.

(1)—Herrera a Lamas, Montevideo, 9 de julio de 1851: *Correspondencia*, III, p. 300.

(2)—Herrera a Lamas, Montevideo, 9 de julio de 1851: *Correspondencia*, III, p. 300.

## VIII

En 7 de abril de 1851, pocos días antes del pronunciamiento público de Urquiza, Lamas decíale a Herrera: «usted verá que lo que nos viene de Francia es malo, y grave, muy grave, no por la prohibición de los enrolamientos, sino por la tendencia marcada, inequívoca, de someternos a la suerte que le plazca decretarnos, o, más bien, que nos ha decretado el gabinete del Eliseo bajo la inspiración de Lord Palmerston.

«Lea usted los artículos de *La Patrie*, que Pacheco asegura que son escritos en el Ministerio, y encontrará:

«Que Mr. Le Prédour tiene *le droit et le devoir* de impedir el desembarco de cualesquiera porción de hombres que llevemos a Montevideo;... que *nous*, (los franceses), tenemos el derecho de señalar como funesta la alianza de Montevideo con el Brasil.

«Encontrará usted, también, que no se limitan a impedir los enrolamientos en Francia; denuncian los de Génova (que, en cuanto a mí, creo que han de fracasar desde que son públicos, pues la influencia inglesa en Turín es omnipotente), y hostilizan los del Brasil en Alemania, lo que muestra que no solo no hacen por nosotros, sino que hacen contra nosotros.

«Y para remate tiene usted que no presentan el tratado, y que se conservan, en consecuencia, con un pie metido en Montevideo, lo que, para mí, es lo peor de todo, pues eso que ya nos embarazaba aquí, nos embarazará más, declaradas como están las miras hostiles de la Francia» (1).

Considerando en esos mismos días la situación del Brasil, comunicaba Lamas al canciller: «que era necesario trabajar mucho, y mucho, pues a todo eso se agrega que la influencia y el dinero inglés nos levantan aquí mismo dificultades interiores. La prensa de la oposición en todas las provincias se pronuncia contra la guerra, y los jefes de la oposición, como usted lo verá luego que se abran las cámaras, tratan de extraviar la opinión en ese mismo sentido» (2).

Lamas ahora, como antes Herrera, despliega toda su energía

(1)—Lamas a Herrera, Río Janeiro, 7 de abril de 1851; en *Correspondencia*, III, p. 239 y sig.

(2)—Carta citada de Lamas a Herrera: *Correspondencia*, III, p. 240.

cívica en este otro momento histórico de la diplomacia de la Defensa.

« Por mi parte, le dice al canciller, lucharé por todos los medios que hasta hoy la práctica ha acreditado eficaces, contra esas dificultades; y, por grandes que parezcan, y que son en efecto, lucharé no solo con esperanza sino también con *confianza*, si, como espero, soy firmemente apoyado por ustedes.

« Necesito toda mi fuerza moral — la mayor fuerza moral — y para esto las muestras de mayor confianza por el gobierno. Sin ésto, nadie puede servir útilmente este puesto. Es punto grave: el que no merezca una plena confianza, no debe conservarse aquí. »

Y echando una mirada dentro de los todavía enhiestos muros de la Nueva Troya, exhortaba a los defensores a la común y necesaria concordia. « Se necesita que haya la mayor cordialidad, al menos ostensible, entre los miembros del gobierno y los jefes principales de la defensa; que no haya cambios, que todo se conserve como está. En Francia esperan una solución, según dice Pacheco, de los desacuerdos de Montevideo; aquí me objetan en todo y todos los días, con esos desacuerdos. Es preciso que cesen amigo querido; va el porvenir de todos en ello » (1).

Lamas, a fin de asegurar la estabilidad de la defensa, pretende organizar en aquella ocasión cuerpos de negros esclavos, como Pacheco lo intentaba contemporáneamente en Europa con enganchados franceses e italianos; y para mejor proceder ocurre al consejo técnico del general Paz, residente en Rio Janeiro por entonces: pero el mismo Lamas se adelanta a pensar que el almirante francés Le Prédour no los dejará desembarcar aunque el gobierno imperial consienta en la recluta, y que tampoco el gobierno inglés consentirá en la medida por ser abolicionista de la trata de esclavos. En tales ansias solo espera saber — (estamos a principios de abril de 1851), — la actitud que asumirá Urquiza: de ella, admite Lamas, dependerá « la que el Brasil tome definitivamente » (2).

(1)—Lamas a Herrera, Rio Janeiro, 7 de abril de 1851: *Correspondencia*, III, p. 240.

(2)—La misma carta: *Correspondencia* III, p. 241 y sig.

## IV

«¿Qué el Brasil es flojo?, decíale Lamas a Herrera una vez, para explicar la política expectante que seguía aún. ¿Recién lo saben ustedes ahora? ¿No viene de ahí el mérito de lo que hemos conseguido, de lo que conseguiremos? ¿No he tenido, por eso, que hacer una penosa labor de araña durante tres mortales años para no dejar, como no hemos dejado, salida?»

«¿Qué es flojo? Si, sí. ¿Qué ha desaprovechado ocasiones? Si; ¿qué si las hubiera aprovechado todo estaría concluido? Si, sí, mil veces sí; lo sé, lo sabía, lo he repetido y probado aquí hace mucho tiempo. En mi correspondencia sobran las pruebas.

«Pero, ¿la conclusión de esto? ¿Renunciamos al Brasil, o nos acomodamos a su conocidísimo modo de ser, que no hay poder que cambie? Si, o no; hé aquí la cuestión práctica, Herrera... Si no nos acomodamos, negocio concluido: el que vea otro camino, que lo tome. En esos extremos está nuestra política con el Brasil» (1).

Esto escribía Lamas el 15 de abril de 1851 al canciller montevideano, quien acababa de publicar una exposición sobre las relaciones del Imperio con Rosas, comentando las notas oficiales del ministro argentino Guido cambiadas con el canciller brasileiro Paulino José Soares de Souza, más tarde vizconde del Uruguay, y que era el eje sobre el cual giraban los arreglos que Lamas tenía entre manos en Río Janeiro.

En él, decía Herrera al finalizar el extenso documento: «Extinguidos los recuerdos de las situaciones pasadas, inhabilitadas para volverse a reproducir, la República reconocerá en el Imperio un sincero y poderoso aliado para llevar y afianzar en todos los pueblos de esta parte de nuestro continente, esos principios santos, de orden, de libertad y seguridad, sin los que no hay asociación, ni civilización posible.

«¡Quiera el Todopoderoso que ese momento no se haga esperar; y que, allanados los obstáculos únicos que hoy se oponen al bienestar y ventura de esos pueblos, puedan ellos reconocer en sus mismos intereses la necesidad de vivir en

(1)—Lamas a Herrera, abril 15 de 1851: *Correspondencia*, III, p. 250.



paz, cubiertos por la égida de las leyes y del respeto recíproco» (1).

Esto decía el gobierno de la Defensa en abril.

### § III

En los primeros días de este mismo mes penetra en la rada de Montevideo, por entre barcos nacionales y extranjeros, casi rozando con las naves de guerra pertenecientes a una división naval brasilera allí estacionada, y con gran sorpresa de los espectadores, pequeña y rápida balandra que ostenta en el tope, con toda gallardía, el pabellón provincial de Entre Ríos.

¿De qué será mensajero aquella débil navecilla? Como la paloma bíblica, conduce la señal de tierra en medio del diluvio de la guerra devastadora, que no iba dejando ya nada en pie. Traía, ¡oh, día de júbilo aquel para los defensores de Montevideo!, la palabra redentora del general Urquiza, por todos ansiada, por todos esperada, inclusive por el mismo Brasil, según las comunicaciones confidenciales de Lamas a Herrera.

Esa palabra redentora venía en una carta del gobernador de Entre Ríos al canciller de la Defensa, datada en el cuartel general de San José, con fecha 3 de abril. En ella decía estas, en aquellos días, mágicas palabras: «Resuelto ya a colocarme a la cabeza del gran movimiento de libertad con que los pueblos argentinos deben poner coto a las absurdas, temerarias aspiraciones del gobernador de Buenos Aires, voy a dirigir a los gobiernos confederados la nota circular en copia adjunta. Lo que comunico a usted *para que obre en consecuencia con las ideas que antes de ahora le he transmitido verbalmente por diversos conductos*».

A fines de abril Urquiza exterioriza su posición frente a Rosas; y el 1.º de Mayo lanza el grito libertador para la nación argentina. *¡Alea jacta est!*

También el 1.º de mayo el ministro de guerra y hacienda de la Defensa, trasmite a Europa la promisoría noticia, al enviado extraordinario en Francia general Melchor Pacheco y

(1)—Exposición del gobierno de la Defensa que precede a la *Correspondencia* antes citada, p. XIX.

Obes. «El 3 de abril, le dice el coronel Batlle, escribió el general Urquiza una carta a Herrera incluyendo una circular para todos los gobernadores de las provincias argentinas... Por el portador de aquellos documentos nos mandó decir, que en la Banda Oriental contaba también con todos los principales jefes de campaña, tanto orientales como argentinos, y que para el día señalado todo se consumaría sin casi resistencia... Recientemente acaban de llegar dos emisarios ampliando este mismo orden de ideas, y dando ya algunas sobre el modo de realizar el movimiento.

«Dice que quiere, para gloria de la República Oriental, que ella sola con sus hijos, sea la que se liberte de los que la oprimen: que, al efecto deberá pasar Garzón con todos los orientales que existen en Entreríos, a quien se reunirán todos los jefes que están convenidos... que al pasar Garzón, reconocerá al gobierno de Montevideo, como el único legal que existe en la República, poniéndose a su disposición sin restricción alguna; y que espera sea nombrado general en jefe del ejército en campaña, dando órdenes se le incorporen todos nuestros emigrados en Río Grande.

«Usted ve que si el plan se desenvuelve así ello es todo para la mayor gloria de la Defensa, que vendrá a ser reconocida por justa, por todos esos jefes que la han combatido por tanto tiempo.»

El 11 de junio publicaba Pacheco en París ambas piezas históricas, que demuestran la verdad de lo que él mismo declaraba con nobleza sin igual, pues al hacerlo reconocía que tales hechos «ponían término a su vida pública, y destruían todos sus proyectos para lo porvenir». «Al general Urquiza, añadía, el Estado Oriental débele inmensa gratitud; porque, aun desde las filas de nuestros enemigos, rodeó de constante protección a los orientales desgraciados. Muchos le deben la vida, y centenares de familias a las que la miseria y el hambre forzaban a huir de Montevideo, recibieron de sus manos el pan de que carecían» (1).

En febrero de 1851, Pacheco, animado de iguales levantados sentimientos, había declarado en París, en el corazón de Francia, — circunstancia que da realce a su franca actitud, — algo

(1)—*Publication officielle faite par la Légation Orientale à Paris.* Rupture du general Urquiza avec le gouverneur de Buenos Aires, junio 1851, p. 7.

que explica muchos hechos de su vida en el seno proceloso de la Defensa:

« El escritor rosista de París (aludía al redactor de *La Presse*), sin duda que no representa la opinión del generoso pueblo francés. Sin embargo, individuo de este pueblo, ha podido creerse con el derecho de echarnos a la cara el servicio que se nos hace; y yo, repeliendo el insulto, me he dicho con amargura: que el insulto no hubiera existido, si después de la batalla de la *India Muerta* (ganada por Urquiza a Rivera en 1845), hubiéramos caído librados a nuestros propios esfuerzos.

« A otros, y no a mí pertenece la responsabilidad de haber aceptado el apoyo que el extranjero nos ofrecía. Lejos de mí el pensamiento de acusar sus intenciones. Cuando los orientales que siguen a don Manuel Oribe se habían apoyado en un ejército extranjero, los hombres que aceptaron la intervención europea debieron creer que hacían bien. Procedieron, pues, guiados de un puro patriotismo: se equivocaron como se equivocan los hombres de bien. Se equivocaron, sí, porque el pueblo que no puede salvarse por sí mismo, es mejor que perezca. El apoyo del extranjero, no es cierto siempre que pueda salvarle; y si es cierto que cuesta humillaciones, peores mil veces que la muerte.

« Que de esta verdad se penetren los orientales de los dos campos, y un gran paso se habrá dado para la extinción de las discordias civiles... Salvada hoy la independencia nacional, no se repetirán jamás los sucesos que la han puesto por tanto tiempo al borde de su ruina; porque si no hay en lo sucesivo virtud bastante para no acudir a la guerra civil, al menos en ella no se verterá otra sangre que la nuestra, ni se debatirán intereses que no sean exclusivamente orientales » (1).

## II

La comprobación documental que dejo hecha, prueba de la manera más concluyente, que cuando el gobierno de la Defensa publicaba la exposición con que precedió la traducción de los

(1)—PACHECO Y OBES, *Colonización militar proyectada en Francia por la República Oriental del Uruguay*. Polémica con el diario *La Presse*, en febrero de 1851, pp. 5 y 7.

documentos cambiados en Río Janeiro entre el general Guido, como representante del gobierno de la Confederación Argentina, y el canciller del imperio del Brasil José Paulino Soarez de Souza, ya conocía perfectamente bien el canciller montevideano la actitud de Urquiza y su pensamiento político en cuanto se refería a la pacificación de la República Oriental. El mismo canciller, por otra parte, daba a ese manifiesto un valor muy relativo:

«Yo he publicado aquí, decía Herrera a Lamas en carta del 16 de mayo, una exposición con motivo de las notas cambiadas entre ese gobierno y la legación argentina, que dieron por resultado el rompimiento de relaciones entre el imperio y la república. No es más que un documento de oportunidad: todo lo que él contiene es sabidísimo y carece de originalidad» (1).

Esto demuestra también la carencia de verdad con que un escritor uruguayo, obligado a ser fiel intérprete de los sucesos en que actuara su padre, — el señor Pedro Lamas, — ha pretendido subordinar el pensamiento y la acción del general Urquiza, haciéndole aparecer en el mes de mayo *inspirado por*, y obligado a seguir, *la política del Brasil* (2); la política; vive Dios! que con tanta torpeza, según Herrera, pero con tanta exactitud, interpretaba contemporáneamente el presidente paraguayo don Carlos Antonio López!

### III

A pesar de lo que dejo comprobado, el canciller montevideano nos informará menudamente de cuanto a la tramitación para derribar a Rosas al general Urquiza se refiera.

«Urquiza, escribe Herrera a Lamas el 30 de abril, ha entrado por mi pensamiento favorito de la gran coalición y la libre navegación del río Paraná; pero resiste horriblemente a entrar para eso con el Brasil. Felizmente mis opiniones valen algo para él.

«Vuelvo a repetirle, Urquiza no quería nada con el Brasil: yo he sido quien ha vencido la resistencia» (3).

(1) — Herrera a Lamas, 16 de mayo de 1851: *Correspondencia*, III, p. 274 y sig.

(2) — PEDRO LAMAS, *Contribución histórica. Etapas de una gran política*: Sceaux, 1908, p. 141.

(3) — Herrera a Lamas, 30 de abril de 1851: *Correspondencia*, III, p. 250.

No obstante los trabajos realizados por Herrera en nombre del gobierno de la Defensa para obtener el poderoso concurso del gobernador de Entre Ríos, éste, luego del pronunciamiento contra Rosas, muéstrase rehacio. — ¡y no era para menos! — a aceptar sin cortapisas la intervención brasilera solicitada y negociada por aquel, fundándose en las muy legítimas desconfianzas que le inspiraba el representante del gobierno imperial en Montevideo y la actitud por éste observada.

Herrera siente que la situación es vacilante y puede llegar a ser peligrosísima; que la demora de Urquiza en penetrar en territorio uruguayo, puede acarrear funestas consecuencias; y es entonces que decide trasladarse a Entre Ríos para celebrar la conferencia a que había sido invitado por el general, cuyos planes y cuyos medios de llevarlos a cabo, ignoraba por completo el canciller montevideano.

Pero el representante del Brasil en Montevideo, señor Silva Pontes, demuestra a su vez resistencia a todo acuerdo con Urquiza, en el sentido propuesto por Herrera. El 9 de mayo éste recibe comunicaciones del gobernador de Entre Ríos, que le persuaden de la necesidad y de la urgencia de obrar, poniéndose de acuerdo. Lleva sin demora los documentos a conocimiento de Silva Pontes, y éste, «después de fruncir mucho las cejas», según escribe cómicamente Herrera a Lamas en 16 de mayo, le dice:

«No puedo salir de lo que he dicho a V. E.; y vista la invitación del general y la decisión de V. E. de ir a la entrevista, le declaro que yo no tengo autorización para concurrir a ella, y que *tengo orden de mi gobierno* para oponerme a que vaya V. E. sin mí.

«Lo que en mí pasó en ese momento, agrega Herrera al referir este incidente, no lo sé. Todo el sentimiento de la dignidad nacional, ofendida con semejante *orden*; la idea de que aun no habíamos empezado y ya se nos quería manejar a puntapiés y como un *feitor* manda ahí a sus negros, me hizo perder la serenidad y el dominio sobre mí mismo, que hasta ese momento había conservado; salté, pues, como una vívora y hubo una del diablo, terminando así la conferencia, después de tres horas  $\frac{1}{2}$  media.

«Pero él reflexionó sin duda y vió lo que iba a suceder; y al día siguiente me hizo ver por un amigo, llamándome a composición. Como usted se hará cargo, la acepté y en efec-

to, convinimos en que yo le pasase una nota comunicándole los motivos y objetos de mi entrevista con Urquiza (1).

Aún después de llenado el requisito convenido, el encargado de negocios del Brasil no admite todavía ni la necesidad, ni la urgencia, de tal conferencia, y reprocha por lo contrario al gobierno de la Defensa el haber entendido que el Imperio hubiese roto sus relaciones con Rosas, cuando fué éste quien las rompió en realidad con el Brasil.

« Juzgo de mi obligación declarar a V. E., dice Silva Pontes a Herrera el 15 de junio, que mi opinión es contraria al indicado viaje. Se empenó una discusión con los agentes de la Francia respecto de la ocupación, o más bien, de la suerte de la isla de Martín García: la misión del señor Terrero, cuyos efectos aún no se conocen, pero que pueden exigir contestaciones y medidas prontas y eficaces, continúa también por eso mismo a exigir la presencia de V. E. en esta ciudad: el comisario del gobierno francés que se esperaba últimamente, acaba de llegar a bordo del L'Alouette; y en esta circunstancia, en que la presencia de V. E. puede hacerse de un momento a otro necesaria, ¿emprendería V. E. un viaje perfectamente inútil? »

Y el agente del Brasil toma, para decir esto, el tono imperativo de quien manda a quien está obligado a obedecer. « Digo, — que el viaje es perfectamente inútil, porque según tengo entendido, se pretende dar un andamiento o impulso a las cosas que no puede ser dado por V. E. únicamente. Otra, u otras manos, podrán darlo sin que V. E. se moleste, si por ventura no está ya dado hoy hasta donde es posible hacerlo en este momento » (2).

Herrera respondió sin vacilar, al día siguiente, que su viaje a Entre Ríos « era una cosa decididamente resuelta por el gobierno, y que tendría lugar en el vapor Uruguay, (agregaba intencionalmente, habiendo como había una división naval brasilera en el puerto de Montevideo), supuesto que no tengo otro medio de verificarlo ».

« El objeto de ese viaje es, como ya lo tengo manifestado a

(1)—Herrera a Lamas, Montevideo, mayo 16 de 1851; *Correspondencia*, III, p. 271.

(2)—Silva Pontes a Herrera, Montevideo, 15 de Junio de 1851; *Correspondencia*, III, p. 280.

V. E., imponer al general de la verdadera situación de las cosas; hacerle comprender los gravísimos inconvenientes y la funesta trascendencia que puede tener en el resultado de la lucha común, la incomprensible inacción en que se ha constituido; conocer sus planes, sus combinaciones y los elementos con que cuenta, tanto en este país, como en las provincias; y hacer desaparecer toda, y cualquier desconfianza que haya podido nacer en su espíritu, porque las cosas no han ido como él indudablemente lo creyó » (1).

## IV

Herrera parte por fin a mediados de junio. «El 16 del pasado, escribe a Lamas en 9 de julio, sali de esta ciudad a tener una entrevista con el general Urquiza, a pesar de todas las dificultades que se me opusieron para que desistiera de mi propósito. El 3 del corriente he regresado y estoy sumamente contento de mi resolución.

«Las indecisiones de Pontes nos habian creado una malísima situación de que era preciso salir, porque sus consecuencias podrian ser funestas, y no vi otro camino que aquél. Pontes, a quien pedi un buque de guerra para que me condujese, después de haberle expuesto por escrito el objeto del viaje, me lo negó, y tuve que hacer la travesía en un buque mercante....

«El general Urquiza y yo no nos conociamos personalmente; y esto podria llegar a ser un mal en el interés de la causa común. Además, el general, hombre desconfiado y con las preocupaciones que dominan por aqui a ciertas gentes, podia hacer pesar sobre el gabinete toda la conducta de Pontes; y ya Vd., comprende adónde podria conducirnos una creencia tal.

«Por otra parte, nada sabiamos de sus inteligencias acá y en la República Argentina, nada de sus planes de guerra, de sus verdaderas miras ulteriores, y de lo que queria hacer ya en consecuencia; y no sólo era urgente y en extremo necesario salir de esta ignorancia, sino que para conseguirlo no había otro medio que el de una explicación verbal, y tenida en toda la intimidad de una conversación a puerta cerrada y en mangas de camisa» ✓

(1)—Herrera a Silva Pontes, Montevideo, junio 16 de 1851: *Correspondencia*, III, p. 287.

«Hacerme conocer, pues, del general, y hacer desaparecer todas las sombras que hubiesen arrojado en su espíritu los proceder de los agentes brasileiros, acá, explicando sus motivos y arraigando la más entera confianza en la lealtad, firmeza y altura de la política imperial; tomar datos ciertos para las combinaciones de la guerra y de la política; poner en su verdadera luz la situación de las cosas y decidir la pronta e inmediata acción de las fuerzas aliadas en nuestro territorio, ahí tiene, amigo, el objeto de mi viaje, y lo que he conseguido a mi entera satisfacción» (1).

Como se ve, no resulta exacto que el acuerdo entre los gobiernos del Brasil, Montevideo y Entre Ríos que figura suscrito el 29 de mayo de 1851, lo haya sido realmente en esa fecha. Es cierto que después de conocerse en Río Janeiro la actitud que el general Urquiza asumiría, y que produjo el rozamiento entre Lamas y Herrera de que he hablado antes, el ministro envió al canciller montevideano una minuta de acuerdo concertada con el canciller brasileiro; pero esta pieza no figura en la *Correspondencia* del doctor Herrera. Lo que sí consta en ella es que después de la conferencia celebrada en San José entre Herrera y Urquiza, éste envió a Montevideo por representante, en el mes de julio, al doctor Diógenes Urquiza, y que en la primera quincena del precitado mes no había sido totalmente negociado el acuerdo puesto que Herrera comunica a Lamas con fecha 9, que los artículos 2.º y 3.º del tratado en proyecto, — cuyo texto no conozco pero cuyo alcance es de presumir favorable al Brasil, — serán eliminados, lo que el general Urquiza «mirará con placer», según el propio Herrera se lo asegura. «Esta misma creencia tiene su hijo a quien ha acreditado de encargado de negocios cerca de este gobierno. El y yo hemos escrito largamente en ese sentido. *Esos artículos fueron una exigencia de Pontes* (el agente confidencial brasileiro ante el gobierno de la Defensa), a que asintió el agente del general, sólo por deferencia»; lo que equivale decir *ad referendum* (2).

Escribiendo Herrera a Urquiza el día 8 de julio sobre lo mismo, dicele: «Esos artículos fueron introducidos por Pontes,

(1)—Herrera a Lamas, Montevideo, julio 9 de 1851: *Correspondencia*, III, p. 298 y siguientes.

(2)—Herrera a Lamas, Montevideo 9 de julio de 1851: *Correspondencia*, III, página 299.



y *contra mi opinión*, porque desde luego me asaltaban las objeciones que hoy se hacen. *Haga usted*, pues, que se suspenda la ratificación por parte de usted y se espere a que venga la del Brasil» (1).

Todo esto demuestra, con clara evidencia, que el hijo de don Andrés Lamas, afirmó lo que quiso al asegurar que Urquiza vióse comprometido a seguir, humilde y contrito, la política que el Brasil le prescribiera; como asimismo que el pacto que lleva la fecha de 29 de mayo no se firmó en ésa fecha, ni entonces quedó definitivamente negociado. A mediados de julio se hallaba aún en tramitación: históricamente puede decirse que ha sido antdatado.

## § V

### I

Después de la conferencia tenida con Urquiza los sucesos se precipitan. Garzón cruza el Uruguay con un cuerpo de ejército y se pone a las órdenes del gobierno de la Defensa; y éste le nombra sin demora, como estaba convenido con Urquiza, general en jefe del ejército oriental en campaña.

El 8 de julio Herrera comunica a Urquiza, que el gobierno imperial está urjídísimo porque empiecen las operaciones. «Ha tenido comunicaciones, le dice, de Inglaterra y Francia; y, según su tenor, teme que aquellos gobiernos le susciten serios conflictos, y aún se opongan con la fuerza, a que el Brasil lleve adelante sus proyectos hostiles contra Rosas y Oribe...»

En otra parte de la carta añade: «Para gobierno de Ud. debo decirle que *el gobierno del Brasil quiere, y hace punto de honor nacional*, el que su ejército tome parte en las operaciones de la guerra *desde el primer momento y simultaneamente con las otras fuerzas invasoras*. Lamas a éste respecto me previene que tenga esto presente, y lo recomiende al general Garzón, como una necesidad imperiosa y que importa

(1)—Herrera a Urquiza, Montevideo 8 de julio de 1851: *Correspondencia*, III, página 297.

para la conservación de la confianza recíproca y de la mejor armonía entre los gobiernos» (1).

A Garzón sigue Urquiza en persona con la mayor parte del ejército entrerriano. Avanza luego rápidamente sobre Montevideo en momentos que el ejército brasileiro, compuesto de cerca de 20.000 hombres comandados por el conde de Caxias, — la primera figura militar del imperio, — se encuentra en la frontera del Brasil con el Uruguay.

Urquiza, inspirado en un sentimiento previsor de egoísmo nacional argentino, y fiel, por otra parte, a su pensamiento primitivo, prescinde, para obtener la pacificación de la República Oriental, del inmediato concurso militar brasileiro; y el tratado celebrado entre orientales, conocido por Pacto de 8 de octubre de 1851 que se efectúa bajo la mediación fraternalmente amistosa del gobernador de Entre Ríos, pone fin a la Guerra Grande. Por él, no existen orientales vencidos, ni orientales vencedores; todos deberán gozar de iguales derechos; reconociéndose, finalmente lo que era de estricta justicia, a los ciudadanos y militares que combatieron las intervenciones europeas, — haber defendido la integridad de la soberanía nacional.

Urquiza hizo más todavía: impuso en nombre de la libertad, al gobierno de la Defensa, su caducidad, con apelación para ello al voto de la soberanía nacional. «El gobierno del señor Suarez, dijo, no lo es más que de hecho en virtud de la caducidad de todos los poderes constitucionales». Y cuando el doctor Herrera, en la apasionada conferencia celebrada con el general en el Pantanoso, arguyera desesperadamente sobre la necesidad de conservar ese gobierno en razón de la desorganización del país, Urquiza replicole con la autoridad del árbitro que domina la situación con la inteligencia, con el corazón y con la fuerza de las armas: — «A cualquier costa que sea es preciso concluir con un gobierno como el que existe. El que venga, con todas las ilegalidades que se supongan, siempre ha de ser infinitamente más legal que él; y para lo presente, y para lo que pueda venir, el será más conveniente».

De éste modo destruía las dos dictaduras que se habían combatido, — la una desde el Cerrito, la otra desde Montevideo. Y éste resultado de su actitud es tanto más digno de llamar la

(1)—Herrera a Lamas, Montevideo 8 de julio de 1851: *Correspondencia*, III, p. 205 y sig.

atención, cuanto que aún faltábale mucho para derribar la tercera, y la más formidable — la de Rosas en Buenos Aires, que era también la más legal.

Pero los actos de Urquiza en el Uruguay eran requisito esencial de la ejecución del programa de libertador en su patria. «Era designio suyo fusionar los partidos, ha dicho el canciller montevideano, sacar de ellos un gran partido nacional, y constituir la Argentina. Con esa bandera en la mano quería presentarse en el suelo argentino. Su empeño en fusionar nuestros partidos era, pues, el resultado de un plan trazado en su mente de mucho tiempo atrás, y de cuya ejecución hacía una arma poderosa para la consecución de sus fines. Todo lo que él decía y hacía aquí, entendía decirlo y hacerlo para allá... El gobierno de la Defensa así lo comprendió por lo menos; y comprendiéndolo, temía la consecuencia desastrosa que habría podido traer su resistencia a la demanda» (1).

Y concluyó por aceptar todas esas previsoras y patrióticas exigencias que en nombre de la libertad y en virtud de la constitución uruguaya, le eran hechas por el libertador.

Casi en seguida, el 12 del mismo mes, firmábanse en Río Janeiro entre el Brasil y el Uruguay, los famosos tratados que tanto dieron que hablar, y por los cuales el Imperio se comprometía a prestar al segundo, todo su concurso — una especie de protectorado — para iniciar el resurgimiento de la vida económica y política, quedando, por uno de ellos, establecido previamente el deslinde de los territorios de ambos países; tratados cuyas estipulaciones, sobre todo las del último, fueron además condición impuesta por el Brasil para intervenir en la pacificación y liberación de Montevideo, como asimismo en la coalición para combatir a Rosas; garantiéndole por otra parte a la República Oriental la neutralidad más perfecta con la República Argentina, pensamiento fundamental del gobierno del Imperio que Lamas reveló en su oportunidad.

Entretanto, enardecido naturalmente el pueblo brasileiro por la política guerrera del gobierno imperial, estuvo a punto de acoger con entusiasmo la idea iniciada por alguien de rescatar los trofeos que la República Argentina poseía. Fué entonces que el plenipotenciario uruguayo, sintiendo renacer talvez sus

(1) — Exposición del doctor Manuel Herrera y Obes escrita en 1867; en *Revista Histórica*, IV, pp. 208 y siguientes.

más arraigados sentimientos cual si fuese patricio de otrora,—de los tiempos de su primera juventud,—exigió del gobierno la declaratoria,—que fué hecha de manera positiva,—de que el concurso prestado para derribar a Rosas era sólo concurrente a los fines de una política generosa de paz y de libertad, por lo que se reconocía obligado o respetar hasta la misma gloria de los argentinos.

Recordando Lamas en su solitaria ancianidad este episodio, que lo tenía por muy honroso para su vida de diplomático, me dijo un día, hondamente emocionado: «Y la división brasilera que vino a Caseros desfiló, en aire de parada, por delante de la catedral de Buenos Aires, de cuyas pechinas colgaban las banderas de Juncal y de Ituzaingó».

Tan noble gesto adquiere mayor efecto moral en aquellas difíciles circunstancias, si se tiene presente que esta intervención americana en la Guerra Grande, tuvo por precio para la República Oriental como ya se ha insinuado, concesiones territoriales y económicas de alta valía.

Lamas, en un fragmento de la memoria que presentó al ministro brasilero Limpo de Abreu en 25 de octubre de 1854, y reprodujo en el raro y valioso opúsculo titulado *Andrés Lamas a sus compatriotas*, puso en claro las violentas condiciones — una verdadera extorsión — impuestas por el gobierno imperial. «En el arreglo de las cuestiones territoriales, dijo, la República Oriental hubo de hacer concesiones *puesto que de esas concesiones hacia depender el Brasil no sólo todos los otros arreglos, que eran vitales para la República, sino su auxilio para llevar la guerra al otro lado del Paraná y destruir en su asiento el poder anti-social de don Juan Manuel de Rosas*» (1).

### III

Con el retiro del subsidio francés, acto final de las intervenciones europeas en el Plata (2), el fracaso moral de éstas pasaba a ser una conquista de la historia nacional de un lado y otro del caudaloso estuario; y, por lo que a la Argentina

(1) — *Andrés Lamas a sus compatriotas*; Rio Janeiro, 1855, pág. 126.

(2) — Ellauri a Herrera; París, julio 9 de 1851; *Correspondencia*, III, pág. 301.

respectaba, la del Brasil limitábase a un inútil derramamiento de sangre por obra de dos batallones del Holstein en la casa de Caseros, en tanto que el grueso del ejército imperial, con el conde de Caxias a la cabeza, daba fe desde la Colonia, donde se acantonara, de la inmortal jornada del 3 de febrero de 1852.

## IV

Es Lamas, el negociador del gobierno de la Defensa, quien nos revelará otro hecho capital, que diversos pasajes contenidos en la *Correspondencia* no ilustran, ni aclaran del todo. La diplomacia de Rosas, en el último momento de la crisis con el Brasil, no fué inepta como se ha dicho: fué por el contrario avisada y puso en graves aprietos al representante del gobierno de la Defensa en Río Janeiro y aun al mismo gobierno imperial. «Rosas,—ha dicho Lamas,—en los mismos momentos en que se negociaban los tratados de 12 de octubre de 1851, auxiliado por la diplomacia inglesa, buscaba un acomodamiento con el Brasil y ofrecía condiciones aparentemente muy aceptables y que aparentemente salvaban la independencia oriental y daban seguridad a las fronteras y a los intereses brasileros» (1).

Rosas, como la correspondencia del canciller montevideano concurre a demostrarlo, había triunfado moral y materialmente de sus más formidables adversarios, así en los sangrientos campos de batalla del interior, a contar de 1841, como en los del litoral desde *Pago Largo* hasta *Vences*, donde Urquiza había sido su más fuerte paladín. Había vencido igualmente en el campo más difícil todavía que le brindaron las intervenciones de Francia y de Inglaterra, imponiendo a todos—a sus defensores como a sus adversarios—la doctrina patriótica del americanismo que, en realidad y en sus alcances, valía tanto como la de Monroe sustentada por los Estados Unidos; doctrina que para Rosas tuvo la virtud de poner de su lado finalmente a las dos grandes potencias interventoras que le habían creado los mayores conflictos durante diez años de apoyo prestado no sólo a la Defensa de Montevideo, sino también al in-

(1)—*Andrés Lamas a sus compatriotas*: Río Janeiro, 1855, pag. 126.

terés de los propios adversarios en el orden interno nacional argentino, pues que ambas concluyeron por ceder a los influjos económicos, ya que los políticos no tuvieron para ellas sino valor ocasional y precario.

Por lo que respecta a la Defensa de Montevideo, no obstante lo heroico de la resistencia, habriale sido posible destruirla si una súbita inspiración de estadista le hubiera permitido detener, con imponente arresto, el avance tímidamente iniciado de la política imperial, y haber colocado bajo los colores de Mayo a cuantos argentinos empuñaban las armas en ambas orillas del Plata.

Para realizar tamaña obra, habriale bastado levantar, como lábaro, el tratado de 4 de enero de 1831, acto terminal de larga y pertinaz contienda civil, a cuyo triunfo contribuyera en primera línea veinte años antes; y adoptado como base y asiento de una gran política nacional, la vieja y gloriosa provincia metrópoli que por tantos años dominara.

Pero por extraña modalidad de su idiosincracia de hombre y de gobernante, y hasta por orgullo de raza, él, que en la cima del poder desplegara tan extraordinarias cualidades combativas; que había sido honrado, y sobrio y modesto en el vivir, prefirió caer desde el solio envuelto en la túnica escarlata del dictador, para vivir y morir luego en la miseria, lejos de los patrios lares, cuando tan fácil le hubiera sido ceñir las encanecidas sienes con la corona triunfal del organizador de la nación argentina!

Pero los campos de *Caseros*, donde Urquiza destruiría la tercera dictadura, cimentarían la política nacional iniciada el 1.º de Mayo de 1851, refrendada honrosamente al pie de los muros de Montevideo.

## V

La alta y serena inteligencia de Lamas, afinada por el contacto de los cultos estadistas brasileiros; enriquecida con nuevo y abundante caudal de ideas y de formas mentales de que antes careciera y que los sucesos de 1851 le revelaron de muy distinta manera que los alzamientos de 1836, las complicaciones de 1838 o el solemne y trágico momento de 1843, brillará ahora más que nunca en medio del caos político.

Al afrontar los nuevos y pavorosos problemas no será ya el negociador diplomático, ni el político de otrora: tendrá la visión, más que del estadista, del historiador; y los profundos juicios de éste vendrán matizados, para imprimirles más fuerza de verdad todavía, con rasgos patéticos que semejan amargas lágrimas en los ojos y punzantes dolores en el corazón. Con el alma transida de sufrimiento pintará el cuadro de la misérrima pobreza «de una nación que no era todavía una nación,» según sus propias palabras; y contemplará — y nos hará contemplar, — los resultados de las pertinaces luchas consumadas por razón de predominio de una divisa sobre otra divisa, desde 1836 hasta 1851, diciendo: «Las divisas representan la desgracia del país, las ruinas que nos cercan, la miseria y el luto de las familias, la vergüenza de haber andado pordioseando en dos hemisferios, la necesidad de las intervenciones extranjeras, el descrédito del país, la bancarrota con todas sus amargas humillaciones, odios, pasiones, miserias personales» (1).

Tocarále también al negociador de los tratados de 1851 juzgarlos con más autoridad que nadie, pues nadie como Lamas pudo darse cuenta de sus verdaderos alcances y de sus verdaderas ulterioridades, ya que fué un resultado de sus trabajos en la Corte de Río Janeiro.

Al día siguiente, se puede decir, de la liberación de Montevideo por la acción directa del general Urquiza y de los orientales que le secundaron en su brillante empresa, Lamas resumía su juicio, en tono elejiaco, en las intimidades con el general Pacheco: ¿«No vió usted, no tocó usted, como toqué yo con el alma despedazada, *todo lo que habíamos perdido en la sustitución de la administración de Oribe?*» (2). He jurado, añadía, no volverme a salpicar por sangre, ni por lágrimas de orientales; ¡harto he llorado las que me han salpicado!» (3).

Y volviendo el pensamiento y los ojos a la alianza con el Brasil y a la ciudad amada donde naciera, prorrumplía, con acentos que expresan sobradamente la clara visión de los hechos y la profunda pena que lo devoraba. «Ni un solo pres-

(1)—*Andrés Lamas a sus compatriotas*, Río Janeiro, 1855; 8.º p. 60.

(2)—Carta de Lamas al general Pacheco, Río Janeiro, noviembre 16 de 1852; en *Andrés Lamas a sus compatriotas*, p. 107.

(3)—Carta de Lamas al mismo, Río Janeiro, agosto 18 de 1853; en *Andrés Lamas*, etc., p. 117.

tigio ha quedado en pie; puesto que aún la misma alianza — más que la alianza escrita, la intervención armada del Brasil, — se ha desprestigiado, y se ha esterilizado... Montevideo es un cadáver extendido en presencia de la diplomacia y de las armas imperiales » (1).

## VI

Puesto así Urquiza frente al Brasil imperial, — la mediación argentina frente a la alianza brasilera, — para obtener la pacificación de la República Oriental del Uruguay, la doble forma intervencionista encumbra bien alto el nombre y los sentimientos del gobernador de Entre Ríos. Su plan personal para conseguirla hállese de manifiesto en la *Correspondencia diplomática* del canciller montevideano; la finalidad exclusivamente argentina de su acción política y guerrera, aparece allí mismo de bulto; y cuando por necesidad que los hechos imponen como lógica consecuencia de las gestiones del gobierno de la Defensa ante la corte imperial de Río de Janeiro, para adquirir el concurso libertador del Brasil, tenido imprudentemente a la sazón por la más firme y segura garantía de la independencia nacional, el general Urquiza debe aceptar, aunque con reservas mentales, la obra agena, salva con singular decoro la integridad de su persona y de su pensamiento originario, y junto con ello el honor de su pueblo, la gloria de su nación.

No es Urquiza — ¡qué había de serlo! — quien impondrá condiciones aleatorias so color de prestación de servicios en nombre de la paz y de la libertad, a un inerme e incauto vecino: el libertador argentino, porque lo es en realidad, — porque lo es de pura verdad, — continuará siendo el noble, generoso y fraternal amigo de los orientales que en tan hermosos y elocuentes conceptos enalteciera el general Pacheco y Obes, la más preclara figura militar de la Defensa.

Después de *Caseros*, la batalla incruenta de la libertad argentina, vino como natural consecuencia de ella, la reunión del Congreso general constituyente en Santa Fe; y el 1.º de mayo

(1) — Lamas al ministro del Imperio Limpo de Abreu, octubre 25 de 1854; en *Andrés Lamas, etc.*, p. 128 y p. 132.



de 1853, a los dos años justos de haber realizado Urquiza el pronunciamiento contra Rosas, promulgábase bajo la éjida fulgurante de su espada vencedora, o mejor dicho, bajo los esplendores de la iluminación patriótica de un momento histórico, la Constitución que rige a la Nación Argentina; vale decir, solucionaábase el segundo de los dos fundamentales problemas planteados por la Revolución de 1810.

¡Qué mayores merecimientos, ni qué mayor gloria para un soldado en tiempos de sangrientas contiendas civiles, de odios desenfrenados, de confusiones caóticas, que cumplir con tanta fidelidad el programa que se impusiera como libertador; y de haberlo cumplido además, colocando por un momento, — que perdurará sin embargo en el tiempo, — sobre los erguidos muros de la heroica Montevideo la bandera azul-celeste y blanca como símbolo de redención y de amor!

CLEMENTE L. FREGEIRO.

## COLACIÓN DE GRADOS

EN LA FACULTAD DE CIENCIAS MÉDICAS (1)

DISCURSO DEL SEÑOR CONSEJERO, DOCTOR IGNACIO ALLENDE

Señor rector,  
Señor decano,  
Señores académicos y consejeros,  
Señores profesores,  
Señoras,  
Señores:

Se impone a mi conciencia el deber de manifestar al director de esta casa mi reconocimiento sincero por el honor que me ha conferido, en la misión de dar un cordial abrazo en nombre de la Escuela, al nuevo grupo que de ella egresa.

Creo responder al sentimiento íntimo de mis nuevos colegas, rindiendo homenaje respetuoso al cuerpo que regula y encauza

(1) Con asistencia del señor Rector de la Universidad, doctor don Eufemio Uballes, académicos, consejeros, profesores y numerosa concurrencia, tuvo lugar, el 1.º de julio del corriente, la colación de grados en la Facultad de ciencias médicas. En nombre de la Facultad habló el señor consejero doctor Ignacio Allende, y en el de los egresados, el doctor Octavio M. Pico.

El señor Decano de la Facultad, doctor Enrique Bazterrica, hizo entrega de los siguientes premios:

Escuela de medicina (curso de 1915), medalla de oro, al doctor Juan Guglielmetti; diplomas de honor, Lelio O. Zeno, Orestes E. Adorni, Tomás J. Masoch, Eusebio Albina, Romeo Caffera, Pedro Sauré, Carlos S. Damel, Raúl F. Vaccarezza, Juan Carlos Landaburu, Gerardo Segura, Pedro Jáuregui, Jorge A. Mc. Lean y Marcelo Gamboa.

Escuela de farmacia (curso de 1915), medalla de oro, señorita Victoria Sibilla; diplomas de honor, señoritas Margarita Poncia y Carmen Galletti.

(Curso de 1916), medalla de oro, Luis B. Antola; diplomas de honor, Enrique Rebagliati y Joel R. Portillo.

Escuela de odontología (curso de 1915), medalla de oro, José B. López; diplomas

la vida intelectual de nuestra Facultad y lo hago en la persona del señor Decano, evocando la memoria de los próceres, de los viejos maestros, cuya estampa física me parece ver iluminarse en sonrisa que refleja una virtuosa caricia hacia la pléyade que motiva esta fiesta, en la cual ella deposita los recuerdos de una lucha, a la vez que se arma de los nuevos pertrechos de que habrá menester en otra jornada que inicia.

Es asimismo, contando con la gentil anuencia de la querida falange que se emancipa, que me permito expresar una nota íntima, algo como suave obsesión, que abrigo a partir del último claro abierto en nuestra fila, nota que en realidad vibra como incubación de esperanza en mi espíritu, desde la hora en que se hiciera justicia a un otro campeón contemporáneo caído.

El día en que se develó en bronce la figura de Chaves, al pie de la sala 8.<sup>a</sup>, en ese patio de enfrente, yo sentí un furtivo movimiento de onda y acto continuo mi mente evocaba nitido el recuerdo de una escena sencilla, vivida en una sala del extremo opuesto, escena empero majestuosamente grande en su sencillez; era transfusión de savia de un coloso viejo al espíritu embrionario, indeciso y quizás travieso, de un discípulo con quien aquel hombre original, arrogante en su altruismo, gastaba regaños y mimos. Fué un hálito de estímulo, hubo concepción de ideales serios, surgió acto de viril emulación y acudieron en tropel remembranzas e incentivos.

Viejo maestro: en esta casa ha vivido siempre tu recuerdo, pero ahora, en nuestro tránsito por las vías del templo donde oficiabas, ahí dentro, yace un cuerpo caído y exhala esencia de tu credo. Oigo tus palabras: «*cordobés distinguido*, escucha; en serio te digo, verás mi estatua en este patio, bajo estos árboles que yo hiciera plantar y que tú acariciarás por mí, crecidos; pero verás mi efigie semoviente; traspondrá ella este recinto y llevará mi fama hacia fuera de la patria». Así dijo

de honor, Rómulo Cabrini, Juan A. Degrossi, Carlos Lergara, Vital Sourrouille, Teófilo Bermúdez y José C. Horta.

Escuela de obstetricia: medalla de oro, a la ex alumna, doña María Fernández de Reyes; diplomas de honor, a las ex alumnas, señoras María Luisa T. Z. de Bayo, Jerónima B. de Casellas, Jorja Martínez de Espronceda de Urroz y señorita María Teresa Vignoli.

Premio Facultad de ciencias médicas, por su tesis de doctorado sobre «El clorhidrato de hemético», al doctor Juan Guglielmetti.

y levantando una mano que bruñía un cuchillo de de Gráfe, extendió el brazo hacia un rincón de la sala, donde su jefe de clínica, aun no graduado, trabajaba en silencio, ajeno al vaticinio.

Maestro, tu efigie semoviente yace por tierra, pero tu espíritu flota sobre ese ambiente, y yo veo en alto relieve, incorporarse la figura de tu orgullo, de nuestro Lagleyze, al pie de tu monumento. Veo congregarse los nobles manes de tus contemporáneos, compañeros de alta lid en la hermosa tradición de nuestra casa y oigo la voz pura con vibraciones de bronce de ley de uno de ellos, extranjero, que acordó a esta tierra, integras las sinergias de su cuerpo y de su alma, ideal de armonía; oigo la voz de Herrera Vegas, de aquel símbolo de la cultura profesional, quien con dulce sonrisa de gentil abolengo, en nombre de sus compañeros, tiende la mano a su amigo Cleto Aguirre y le deja en su puesto.

#### Jóvenes colegas:

Esta casa es hoy más vuestra que antes. Esta fiesta se realiza por vosotros y sea en honra vuestra mi anterior evocación. Aceptamos vuestro adiós, si él nos dice: ¡hasta siempre!

Reconocemos vuestro triunfo en la primera etapa de la vida consciente y anhelamos el éxito en la que, a partir de hoy se os impone. En aquella, permitidme recordarlo, ibáis acompañados y por sendas conocidas; en ésta, viajaréis solos y con frecuencia por picadas traviesas, ora abiertas por un diestro extrañado, hacia un claro indeciso, ora ciegas, de cuyo fondo, entre sombras impenetrables, os será forzoso retroceder rendidos. Solos, he dicho, porque en la carrera que emprendéis, jamás habrá nada que deba pesar sobre la responsabilidad de otros, tanto como sobre vuestra propia conciencia.

No es mi ánimo querer infiltrar en el vuestro una gota siquiera de pesimismo; al contrario, dentro de la sinceridad que impone el honor que se me ha conferido, no vacilo en dejar traslucir hacia vosotros, como advertencia previa — ya que a mi abrazo me permito agregar, no una lección, sino algún consejo — cual ha sido siempre mi criterio al respecto: el médico y el soldado deben siempre creer en la victoria. Este, audaz sin temeridad, aquél, valiente hasta la audacia, llevarán

siempre consigo una reserva de optimismo, sin mezcla de ilusión o fantasía.

Yo no puedo, señores colegas, traducir en brillantes palabras los impulsos de mi alma que deseo infundir a la vuestra, si bien quisiera poseer el genio y la delicadeza del viejo maestro Próspero, llamado así por su semejanza moral con el mágico personaje del drama de Shakespeare. Al despedir a un grupo de discípulos, el anciano recoge inspiración sublime, acariciando la frente de un busto que representa un genio alado, rey del aire, símbolo del bien, de la moral, de lo bello y delicado, de algo que origina un suave ensueño casi místico, que lleva la mente hacia otro algo, quimérico, divino.

Yo os doy lo que puedo; evoco el recuerdo de los momentos de más profunda emoción noble de mi alma, cuando ella expresión de un cerebro en plena labor evolutiva, para ofrecer un consejo sano que hoy entraña la experiencia de mi vida; consejo que se deduce del breve relato que os haré de escenas sencillas.

Evoco el recuerdo de mi emoción cuando puse el pie sobre una tribuna, bajo la cual antes leyerá: «yo te hago sacerdote del fuego sagrado de la vida».

Sentí en toda su gravedad el peso de las palabras de mi madre, cuando la dejara siete años antes: «oye, hijo mío; vas a iniciar los estudios de médico; habrás pensado mucho, debo suponer, en lo arduo de la campaña, que principiará tan solo cuando los hayas concluído. Para ser médico—continuó diciendo—no basta, en el terreno de la moral, ser bueno; es necesario alcanzar el título, ya iniciado en la escuela de la virtud. Es tan noble carrera, que solo deberá ejercerla quien no pueda ser tildado de plebeyo moral. Pesa tus energías físicas, que de buenas habrás menester para resistir a los embates del espíritu. No creo en aquello del entorpecimiento de la sensibilidad especial por el hábito en el médico; pienso al contrario, que ha de acontecer en éste lo que se observa en la hoja sutil de acero, cuyo filo debe ser continuamente avivado. Así, cuida, hijo mío, de ahorrar tus pobres fuerzas físicas, por la sobriedad en todo sentido, como de robustecer tu espíritu por sana filosofía. Con ella subyugarás la pena y si alguna resistiere, antes de impacientarte, hazte amigo de ella; ten en cuenta que, bien mirado, lo grato se consume íntegro, de lo ingrato, algo queda y aunque os parezca raro, de un dolor mo-

ral bien llevado, puede hacerse un fiel compañero. Haz un culto de tu altivez moral, pero habitúa tu alma de hombre a una sana flexibilidad, porque llegará ocasión frecuente, en que deba ella doblegarse a las imposiciones de tu alma profesional. Si al lograr el grado, llevas preparada el alma de hombre, te será menos difícil fundir en ese crisol la de médico. Esta, no solo debe poseer las cualidades propias del sitio de su origen, sino también renovar en él los bríos, en su corto reposo, para su misión, en apariencia, paradójica, en realidad, tan noble, de hacer servir la curiosidad y el veneno, el dolor y la mentira, en beneficio del enfermo».

Así me habló mi madre y así os hablo con las vuestras.

«La mentira piadosa», o sea, señores, el engaño, dignificado por el médico, quien debe obtener ventajas de más de un recurso, que en calidad de hombre, le sería vedado; pero, ¡cuánto se requiere de conocimiento en la ciencia del hombre, qué dosis de fino tacto, cuánto flexibilidad y sutileza de alma, para ser benéfico al paciente, con este recurso sublime, bien usado!

Fineza de tacto, he dicho, delicadeza en la forma y sobriedad en maneras; ocultismo sano, bien practicado, de modo a dejar entrever: si hay pesimismo, esperanza, si hay pena, alegría, sin que trascienda jamás una nota de gracia poco severa.

Si es bien cierto que vale más el médico por honesto — en el sentido amplio de la palabra — que por sabio, no es menos cierto que vale poco, si no es culto y discreto.

No vacilo en afirmar, sin declararme escéptico, que si bien mejoramos la enfermedad y se aplaca el dolor físico con recursos médico-quirúrgicos, es sobre la obra de nuestro espíritu que debemos contar en beneficio del enfermo y así me atrevería a deciros que para llevar a nuestros pacientes a la salud, debemos tonificar siempre nuestra alma y a ellos, curarles con palabras.

Permitidme, colegas ex discípulos, referir brevemente el concepto de un viejo maestro. Era en momentos preagónicos que aquel anciano, pediatra afamado en su época, hiciera una última reflexión a sus médicos.

De éstos, dos eran jóvenes, de sus últimos discípulos y le asistían de inmediato con afecto filial y esmero solícito. El otro, de más edad y experiencia, acudía dos o tres veces diarias al lado del paciente, de quien, más que médico, era amigo, admirador de la cultura y fineza espiritual que gastara ese

hombre en el ejercicio de su profesión, que se inició cuando la medicina era entre nosotros, más un arte que una ciencia.

En la mañana de su último día, al sentirse estrechar la mano por este amigo, que también, aunque muy anterior, fuera su alumno, exclamó con voz débil pero rostro sonriente el anciano: ¡oh, mi amigo, mi esperanza, mi encanto, viene usted tarde y le extraño!

Los colegas jóvenes se retiraban en silencio respetuoso y discreto y era dado leer en sus semblantes de esquizvez y acortamiento. El paciente se dió cuenta de ello o recogió un gesto de justicia que hiciera el colega acariciado, hacia los jóvenes y haciendo un esfuerzo, llamóles y dijo: «oid, hijos míos, queridos discípulos, llevaré conmigo el recuerdo grato de vuestros cuidados y sacrificios; sois mi orgullo, pero porque me queréis como se quiere al padre, o porque sois demasiado jóvenes, leo en vuestra cara la pena. Aceptad que os dé la última lección de mi vida. No toméis a mal mi agasajo a este nuestro colega, no es un reproche a vosotros, es que él, médico viejo, lleva muy bien la careta».

Horas después, se iniciaba la agonía de aquel hombre tan culto, todo hidalguía, médico eminente de nuestro pasado y fundador de la cátedra de patología infantil en esta Facultad: el doctor Manuel Blancas, académico y maestro.

No se borran de mi memoria, señores colegas, dos momentos de hondísima impresión en mi vida, durante la gravedad de su estado, una vez, y en el acto de su expiración final, una otra. La plegaria de los niños en su servicio de Clínicas, que infundía esperanzas, por ser su esencia recurso supremo ante Dios y el coro nutrido de rezo entre llantos que a un golpe de rodillas, implorando piedad divina, surgiera de labios de madres e hijas, conglomeradas alrededor del lecho de muerte en la estancia y en todo espacio contiguo, cuando el alma del viejo médico, envuelta en ese ambiente de gratitudes, elevábase al cielo.

#### Jóvenes colegas:

En el ejercicio de la profesión, con igual afán que la ciencia, cultivad el carácter sin adusteces y la bondad sin intolerancias, como hombres, y la virtud sin ascetismos, como médicos. Cuidad aun la belleza real y aparente de todo acto vuestro, pues sin

hacer mío el concepto de «algún día la base de la moral habrá quizás de consistir en la estética de la conducta», de mucho ha de serviros recordar «el movimiento pulcro y elegante con que la mano de Atenas tomó, para llevarla a los labios, la copa de la vida».

Si mis consejos señalan el buen camino, sean vuestras jornadas para vosotros prósperas y en honra de la Escuela y de nuestra patria fecunda y generosa, abierta a toda esperanza noble, a todo dolor ajeno; patria que tiene aquí su llanura fértil y exuberante, inmensa como su río, que la ofrece al mundo y allá, en el centro, un oratorio, donde yo aprendí a creer en el Dios de mis padres, en una ciudad pequeña y honda, con torres altas, rodeada de cerros y arriba una bóveda, de azul tan puro, que hizo exclamar a un sabio americano: «yo comprendo la fe religiosa de este pueblo; el suspiro de congoja, la sonrisa de alegría, van en forma de súplica o en misión de gracias, del fondo del valle al extremo de las torres, de allí a las colinas y después al cielo.

DISCURSO DEL GRADUADO, DOCTOR OCTAVIO M. PICO

Señores Rector,  
Señor Decano,  
Señores profesores,  
Señoras,  
Señores:

Veo todavía nitidamente el oscuro corredor en que nos agolpábamos con impaciencia por entrar a la clase. Primer paso de la carrera, creíamos que nuestras vidas iban a cambiar, sentíamos la ilusión de hacernos más hombres. Imagino los consejos familiares que precedieron ese paso. La carrera es de sacrificio y penurias, de largas viglias y amargas desiluciones. El médico es un apóstol, debe renunciar a sí mismo. Veo los años sucesivos pasar, trayéndonos cada uno de ellos nuevos rostros y llevándose caras amigas. Veo disminuir después la impaciencia por entrar a las clases, aumentarla en el deseo de la terminación.

Esos estudiantes que comenzaban concluyen hoy, y en el pórtico de salida ven de nuevo un camino ante los ojos que



se alarga hasta el horizonte, se toca con las nubes y se continúa más allá, para terminar ¿sabemos acaso dónde?

La sucesión de los seres es semejante a la de las hojas, dice Homero, y una nueva primavera nos trae a este sitio siguiendo a la generación anterior y precediendo a la que nos seguirá.

Me ha correspondido en honor deciros nuestros sentimientos que no son nuevos, pues la identidad de las circunstancias hace que todos sintamos lo mismo al llegar este momento. Mezclamos a la tristeza de abandonar una situación grata, a la melancolía de los recuerdos y a la nostalgia de las horas hospitalarias, la alegría de la libertad, la sensación de fuerza del río que rompe su presa y corre alegre por la fértil llanura, por el árido desierto, para morir en la mar, en un lago cristalino o en insondable despeñadero, sin que la preocupación del fin altere la alegría de su curso.

Envolviendo todos esos sentimientos, una aureola de optimismo poderoso domina los espíritus.

Es más difícil decir lo que pensamos: hacemos una síntesis de estos años de aprendizaje en contacto permanente con el hombre, en observación perenne de seres y fenómenos; de estos años en que nos hemos sentido agitados por la palpitación de vida que mana de toda la naturaleza, de los troncos ennegrecidos, de los follajes verdes, de las aguas y de los soles. Los reunimos y vemos en medio de ese concierto magnífico, al hombre aislado que vaga débil, taciturno, carcomido por las ansias del espíritu y por las enfermedades de la carne, febriciente de extraños males o perseguido por el miedo de la muerte. Y recién cuando esta llega, ese cuerpo se une a la obscura armonía y sus átomos, largo tiempo aprisionados, se mezclan a la luz hierática de las estrellas, se diluyen en las aguas del mar, se difunden en el seno de la tierra, y allí absorbidos por ávidas raíces, reviven en las hojas, fulgen en las corolas, vibran en los ramajes majestuosos y sombríos.

Y cavilando sobre esta síntesis, ocurre preguntarse si el arte de curar no consiste quizás en restablecer la armonía de ese conjunto; en devolver al hombre débil el vigor primitivo y lozano de los seres naturales. Tomado en ese sentido, adquiere el verbo un significado sublime. Los antiguos se lo habían dado ya, la vida moderna se lo ha ido quitando poco a poco.

El médico, verdadero filósofo, es un semidiós, dice Hipócrates.

tes, quien toma la filosofía en el sentido de ciencia general del mundo, ciencia de las causas. Y en esa frase, que resume gráficamente la necesidad de una cultura superior para los médicos, afirma la grandeza de su ministerio.

Más tarde, Leibniz y Claudio Bernard lo repiten, este último en las palabras admirables que transcribo:

« La separación de la ciencia y de la filosofía no podría ser más que perjudicial al progreso de los conocimientos humanos. La filosofía, tendiendo sin cesar a elevarse, hace remontar a la ciencia a la causa o fuente de las causas. Le muestra que fuera de ella hay cuestiones que atormentan a la humanidad y que no han sido resueltas todavía. Esta unión es útil para las dos, eleva la una y contiene la otra. Pero si el lazo que las une se rompe, la filosofía privada del apoyo o del contrapeso de la ciencia sube hasta perderse de vista y se extravía entre las nubes, mientras que la ciencia que ha quedado sin dirección y sin aspiraciones elevadas cae, se detiene o boga a la ventura. »

Hasta aquí el maestro.

Sólo la ciencia en su sentido más amplio, en su sentido filosófico, puede servir de instrumento para realizar ese concepto: una ciencia de principios y de leyes, de conceptos generales, de extensión universal.

La especialización cada vez más difundida opónese a la verdadera amplitud científica; así su triunfo resulta injustificado e ilógico, como también la orientación de la enseñanza en el sentido exclusivo de la nimiedad erudita y bibliográfica.

Al dominio de esa ciencia no se llega por el estudio seco y descarnado de los hechos; necesitase el desarrollo de numerosas facultades intelectuales que solo con el ejercicio se perfeccionan, dando por resultado lo que se llama cultura general, que no es tanto un conjunto de conocimientos positivos, cuanto un estado de madurez y maleabilidad de la inteligencia que le permite adaptarse a cualquier investigación especial.

Bajo ese concepto, vuelve la idea al sitio de honor que le corresponde.

« La idea es el principio de todo razonamiento y de toda invención, a ella corresponde todo género de iniciativa », dice el fisiólogo eminente, y agrega: « Un hecho no es nada por sí mismo, no vale más que por la idea que a él se une o por la prueba que da. Cuando se califica a un hecho nuevo de

« descubrimiento, no es el hecho mismo el que lo constituye, « sino la idea nueva que de él deriva, y cuando un hecho prueba, « no es el hecho mismo quien prueba, sino la relación que establece entre el fenómeno y la causa ».

El perfeccionamiento de las ideas debe ser pues el fin de toda formación intelectual; y esto se consigue, no restringiendo el campo de acción de la actividad al reducirla a un círculo limitado de hechos hasta tenerlos todos catalogados minuciosamente en la memoria, sino ensanchando el límite al mayor número de conocimientos abarcable, dando rienda suelta a la iniciativa personal, a las ideas originales y favoreciendo el desarrollo de la imaginación, la facultad más importante aún para el sabio.

Ese aprendizaje es ameno, sus maestros principales son los libros; es en la tranquilidad de las bibliotecas, en el reposo de las horas de lectura donde la imaginación levanta su vuelo impulsada por las ideas geniales o los hechos heroicos. En los intervalos de las lecturas, aparecen construcciones nuevas, propósitos de acción, reflexiones que enriquecen el espíritu.

Los libros tienen algo de humano y el amor a ellos ennoblece y perfecciona — dijo más adelante. — Son como los hombres, buenos y malos: unos llevan en sí fuerza vital y generadora, otros el encanto lánguido de un ensueño. Al cerrar muchos de ellos siéntese el lector mejorado, enriquecido. Esos son los que hay que leer, nos traen la sociedad de los hombres más sabios, el recuerdo de las acciones más gloriosas, de los sentimientos más nobles.

Así comprendida, no nos presenta la ciencia un ceño adusto, una cara pálida por las largas vigiliass, atormentada por disquisiciones sutiles. Hija de Apolo, nos ofrece todos los encantos de que puede adornarla su padre, creador de la luz y los colores.

Las ciencias que cultivamos tienen otro factor poderoso de perfeccionamiento intelectual: el método experimental.

« El experimentador, dice Pasteur, hombre de conquistas sobre la Naturaleza, se encuentra sin cesar en contacto con « hechos que no se han manifestado todavía y que no existen « más que en potencia de devenir con las leyes naturales. Lo « desconocido en lo posible y no en lo que ha existido es su « dominio y para explorarlo tiene la ayuda de este maravilloso « método experimental, del que se puede decir con verdad, no

« que baste a todo sino que engaña rara vez y solamente a los  
« que se sirven mal de él. Elimina ciertos hechos, provoca  
« otros, interroga la Naturaleza, la obliga a responder y no se  
« detiene más que cuando el espíritu está satisfecho. »

Un ejercicio constante de la inteligencia, agregaré, es indispensable para la aplicación de este método: en los comienzos de la investigación, una idea directriz, hipotética sin la cual no hay trabajo posible; durante su curso, una atención sostenida, un raciocinio asiduo, una imaginación fecunda.

« Detesto todo lo que no hace más que instruirme sin aumentar mi actividad o animarla directamente », dice Goethe.

El ejercicio del método experimental estimula la acción, mantiene el interés, despierta y excita la curiosidad. La curiosidad, deseo algo infantil de conocerlo todo, madre del anhelo de saber, que es el fermento, la condición indispensable para todo progreso.

Este anhelo tan vasto, es tal vez una quimera; pero las quimeras de hoy son las realidades de mañana, debemos aspirar a ellas y elevar nuestros espíritus hacia su realización.

Exaltemos de nuevo, la figura del médico; el apóstol antiguo tiende de más en más a hacerse un simple intermediario entre el formulario magistral y el enfermo. Se separa de la ciencia, se acerca al rango de las ocupaciones productivas. Solo la ciencia puede darle los conocimientos y la altura moral necesarios para el ejercicio de su arte. Solo la elevación de sus sentimientos le da la tolerancia, la compasión y la energía indispensables para su misión humanitaria. Estos sentimientos no se enseñan en los cursos, se adquieren en la infancia, se aprenden con el ejemplo, se perfeccionan con la vida. Nos los inculcaron nuestras madres desde el nacimiento con sus consejos y enseñanzas; continúan perfeccionándolo con sus virtudes y su amor.

En nuestra carrera más que en las otras estos sentimientos tienen excepcional significado. El contacto con las miserias los perfecciona, los exalta. Nunca ese contacto contamina a la juventud cuya esencia guarda el antídoto contra amargos venenos.

El corazón impulsa la vida: el cerebro solo nos conduce al progreso.

Nuestros maestros nos han mostrado este camino con sus elevadas enseñanzas; les debemos por ello agradecimiento y respeto.

## Compañeros:

Al vernos reunidos en este momento de despedida, pienso con emoción en la quimera que todos llevamos dentro. Acaso alguno de vosotros guarda en ese misterio el germen de un descubrimiento futuro o de una inspiración genial. Todos y hasta él mismo lo ignoran, pero que esta idea nos dé el entusiasmo necesario para el trabajo y la acción. Entusiasmo, bella palabra que nos legaron los griegos y que significa: un dios interior.

Séame permitido terminar con una frase del maestro que fué modelo de hombre y de sabio. Dice Pasteur:

« La grandeza de las acciones humanas se mide por la inspiración que las hace nacer. Feliz el que lleva en sí un Dios, un ideal de belleza y le obedece; ideal del Arte, ideal de la Ciencia, ideal de la patria, ideal de las virtudes del Evangelio. Estas son las fuentes vivas de los grandes pensamientos y de las grandes acciones. Todas se iluminan con reflejos de infinito ».

Que cada uno de nosotros, tenga su dios interior.

He dicho.

## SOBRE ENSEÑANZA DE LA LITERATURA

PROYECTO DE REFORMA DEL PROGRAMA VIGENTE EN EL COLEGIO NACIONAL DE BUENOS AIRES Y EXPOSICIÓN SOBRE LAS MODIFICACIONES PROPUESTAS.

*Señor director del Colegio Nacional de Buenos Aires.*

Tengo el gusto de presentar a usted el proyecto de un nuevo programa de Literatura, que he formulado cumpliendo la decisión adoptada por los profesores de aquella materia y de Castellano en la última de las conferencias a que nos convocara el señor director para uniformar ideas sobre las modificaciones requeridas por los programas de dichas asignaturas.

Ese proyecto de reforma del actual programa obedece a las siguientes conclusiones, resultado inmediato del cambio de ideas en aquellas conferencias:

1.º Es necesario relacionar integralmente la enseñanza del Castellano y la Literatura, mediante cumplido ajuste de dicha enseñanza del idioma y del arte literario entre sí y con el estudio de las obras y fenómenos de evolución histórica objeto del curso de 5.º año, eslabonando el todo con método progresivo y ejercicios de aplicación.

2.º Debe ser objeto del curso de 4.º año de Literatura el arte literario, ampliando el concepto que reduce ese curso al estudio de la antigua Preceptiva.

3.º Es conveniente alijerar los programas eliminando toda exigencia de conocimientos que no comprendan principios vitales o resultados de significación fundamental.

4.º Importa establecer, por acción de los mismos programas, cierta unidad de concepto y de procedimientos en la enseñanza

confiada a los distintos profesores de Castellano y Literatura, a fin de lograr eficaz convergencia de esfuerzos e igualdad de situación para todos los alumnos.

Como consecuencia de esta última conclusión, el programa que presento participa de ciertos caracteres de plan de enseñanza, determinando con precisión un poco inusitada puntos de incidencia de la acción del catedrático, y jalonando con alguna prolijidad el camino a seguirse.

Este medio de concertar la acción de los distintos profesores y la aplicación de los estudiantes por medio del programa, fijando concretamente puntos de convergencia que delineen un cauce común a todos, no es más que una aplicación del sistema de instrucciones que el ministerio de instrucción pública de Francia, por ejemplo, imparte para unificar y precisar los procedimientos de enseñanza y examen.

Dentro de esas líneas de plan general de batalla, queda a cada profesor la obra de atribuirles su eficacia, vivificando y flexibilizando en la acción lo que en la orden general se planea.

\*  
\*  
\*

El programa de cuarto año es el que ha sufrido modificación fundamental y total.

Aparecen excluidas del vigente la Estética y el estudio del arte literario como realización de belleza viva, íntima real, y no como resultado imposible de simples elementos formales, preceptivos o dogmáticos; aparece así mismo excluida toda aplicación de la inteligencia del alumno al conocimiento de la realidad actual en cuanto ella está constituida por una diversidad de libres manifestaciones que los clásicos autores de « Retórica y Poética » no previeron.

La necesidad de llevar al espíritu del estudiante todo esto, de incluirlo en su programa de estudios, parecía oponerse al propósito enunciado en la 3.<sup>a</sup> de las conclusiones más arriba enumeradas como bases de la reforma.

Pero, desde luego, entendido que ese propósito no puede ir más allá de la eliminación de exigencias que recarguen la mente del alumno con conocimientos sin utilidad fundamental y activa, y coincidiendo con él la posibilidad de eliminar toda la obra muerta de la preceptiva clásica sin aplicación a las revelaciones y conquistas del espíritu moderno, la ampliación

indispensable del programa venia a ser conciliable con el designio de podar frondosidades.

\* \* \*

Entra, pues, la Estética al programa. Pero limitada a aquellas nociones elementales que la capacidad de nuestros alumnos de cuarto año consiente.

Esa capacidad es muy escasa, por absoluta insuficiencia de lo que se llama ilustración, o sea ese enriquecimiento general del espíritu a que concurren las lecturas, el trato con personas instruidas, la conversación sobre temas suscitados por la curiosidad inteligente que despliega horizontes a la aptitud del conocimiento y familiariza con ideas destinadas a constituir luego materia de estudio.

La juvenil muchedumbre de colegios nacionales, con generalidad casi absoluta, llega a los últimos cursos indigente de todas otras lecturas que las obligadas de los libros de texto; libros de suyo muy elementales (por la misma razón) y todavía reducidos en lo posible a apuntes para eliminar todo conocimiento que no converja a la strictísima necesidad de respuestas de catecismo para suplir el silencio ante la interrogación en clase o en el examen. Respondiendo a este criterio práctico andan impresos libros que condensan en cuadros sinópticos todos los conocimientos requeridos por el programa de Literatura castellana: biografía de los autores, asunto de las obras y juicio sobre ellas.

La lectura voluntaria, por afición, por curiosidad, por el atractivo de la ficción novelesca, siquiera, es aplicación totalmente excluida de las actividades de la juventud que concurre a nuestros colegios. En las divisiones que llegan a mi aula de quinto año de literatura, es lo común que apenas alcancen a media docena, y raro que pasen de ese número los que han leído tal o cual novela; los demás no conocen ni aun novelas de folletín popular, ni han visto comedia o drama en el teatro, ni tienen noticia alguna de los autores o de las obras que entran a estudiar.

En estas condiciones (que buscamos modificar, pero que entre tanto están vigentes) no puede pretenderse de los alumnos de cuarto año nada que signifique cualquier grado de estudio fundamental de estética. Se les llevaría de repente a manejar



ideas inaccesibles a su mentalidad por desconocimiento de las nociones vulgares que anticipan la necesaria aptitud de comprensión.

El programa solo exige, pues, una instrucción iniciadora reducida al objeto de ese estudio y a la noticia histórica sobre la evolución del concepto del fenómeno estético y sus elementos, indicando los puntos de partida de las diversas fases de esa evolución. Se dan así las bases del estudio que luego la afición profundizará en cada caso individual.

\*  
\*  
\*

A una noticia histórica queda también reducida la preceptiva, excepción hecha de la métrica. Ante la evidencia de que no hay reglas literarias, fórmulas de producción de la obra de arte, sino observaciones y conclusiones sobre ella, toda esa construcción dogmática resulta seco esqueleto de una ciencia que fué; las verdades que ella logró, subsisten sin ella, fuera de ella, vivificadas indefinidamente por la savia de la libre originalidad, y ésta, en su natural y constante anhelo de espaciamiento revelador, ha determinado manifestaciones y formas que aquélla no conoció, relegando en cambio a la condición de expresiones de un sentir y de un arte pretéritos, manifestaciones y formas a que la poética escolástica seguía rindiendo culto de ejemplar consagración.

Nuestra juventud ha estado así hasta ahora consagrandole tiempo y aplicación estériles a aprender cómo debe hacerse una epopeya y cuáles son las condiciones menudas necesarias del poema épico-heróico, por ejemplo, conocimientos tan inaplicables a la producción, por referirse a expresiones y formas excluidas de la actividad literaria hace tanto tiempo, como al juicio de esas obras, ya que éste ha dejado, largo tiempo ha también, de regirse por preceptos o reglas. En cambio, la novela, verdadera epopeya contemporánea, en que vibra la vida toda de nuestra época, ha seguido ocupando en el programa el modestísimo puesto que no podía menos de atribuirle una ciencia que la ignoraba.

No menos anacrónico resultaría seguir inculcando a los jóvenes de hoy las «reglas» de la composición histórica tal como la concebía el estrecho criterio retórico de siglos atrás, y el recetario de una poesía doctrinal que no existe por sí misma,

y llenándoles la cabeza con vanas fórmulas de técnica oratoria y con rutinarias vaciedades sobre las «costumbres y condiciones morales y físicas» del orador...

Todo eso debe desaparecer como objeto de estudio, substituido por una simple noticia informativa sobre lo que era esa pseudo-ciencia artística de la «Poética», y cómo consideraba y pretendía regir los fenómenos literarios. Esto basta a la cultura literaria general.

De la retórica propiamente dicha, o sea del arte del decir, sólo queda en el nuevo programa la exigencia de algunos elementos de vocabulario correspondientes a las llamadas figuras de pensamiento, y el estudio del tropo. Esto último, porque radica en lo íntimo del arte, porque corresponde a su radical psicológica, y lo primero como tecnicismos útiles en el lenguaje de la materia y conocimientos de léxico reclamados por la cultura general y que no da de por sí el lenguaje común.

En cuanto a lo que a la elocución considerada en sí misma se refiere, queda eliminado de este programa como objeto de estudio, porque es materia propiamente de sintaxis, procedimiento idiomático, y debe ser estudiado en el curso de gramática, correspondiendo sólo la aplicación o ejercicio de esos conocimientos al estudio de la literatura.

Por la misma razón que decidió a la conferencia de profesores a eliminar una vez por todas las llamadas figuras de dición del programa de Castellano, queda suprimido su estudio en teoría literaria: por inútiles rezagos de pedantismo que sólo sirven para recargar la memoria del estudiante con simples denominaciones de tanta trascendencia como la de hacer de la exclamación una «figura» llamada exclamación, pero que se cambia en *epifonema* por el hecho de ir colocada al final de periodo!

\* \*

A cambio de todo esto, entran a reclamar la acción del profesor y la aplicación de la inteligencia y la sensibilidad del estudiante, la obra de arte literaria comprendida y sentida en su naturaleza íntima, en sus elementos vivos, y las cuestiones que el afán de realización de la belleza ha suscitado y propone todavía al espíritu libre de la autoridad de dogmas consagrados como definitivos: el examen de la obra de arte como

expresión de vida en la vida, como resultante estética de la energía creadora, que concurren a integrar la vida misma del artista, calor de sentimiento, luz de inteligencia, superior intuición reveladora, y la vida de la humanidad que vivió antes que él su eterno drama, y la vida de su raza, de su época, de su mundo social, y la vida de la naturaleza que lo envuelve e impregna con sus fecundos e imperiosos effluvios: fuerzas del ideal y de lo real, de lo espontáneo en el alma y de lo impuesto por las ideas y los modos de sentir del medio ambiente: la comprensión, en fin, del artista por la obra y de la obra por el artista, y uno y otra por las condiciones en que surgen y se plasman la personalidad y su expresión estética y artística, proscribiendo de este estudio las viejas abstracciones especulativas que pretendían regir la elaboración de la obra literaria prescindiendo del fenómeno de su verdadera elaboración en la realidad.

El estudio del estilo deja también de ser, según el nuevo programa, el de la forma considerada en sí misma, el de la construcción lógica y la arquitectura verbal, para ser el de la expresión viva, sentimiento, movimiento, forma y color hechos sensibles por la palabra; el estilo calor de emoción y representación animada de sensaciones; elocuencia afectiva que se derrama y corre no como mecanismo automático sino como cálido raudal, haciendo vivir al lector la vida del poeta y la de la obra, determinando esa identificación en que verdaderamente se cifra el misterio del placer estético.

Sea cual sea el valor que se atribuya a la teoría de los que en estos últimos tiempos han promovido la reforma de la métrica, rebelándose a nombre de la libertad y la eficacia de la expresión poética contra los cánones clásicos, no es posible que los estudiantes de hoy continúen ajenos a la realidad de esa revolución. El programa les exige, pues, sobre la llamada métrica libre, una información constituida por el conocimiento de su objeto y caracteres y algunos ejemplos de la aplicación de esa teoría.



\*\*

En el programa de historia de la literatura castellana, la reforma se limita a modificaciones de método y disminución del número de autores y hechos literarios a estudiarse, todo aconsejado por la prueba de experiencia que ha sufrido el actual programa.

Esa experiencia ha acusado el inconveniente de introducir de inmediato alumnos en absoluto ignorantes de lo que la materia trata, al estudio de manifestaciones y formas literarias tan ajenas a su mentalidad, a su modo de sentir y a su lenguaje, como lo son las primeras expresiones poéticas españolas: las canciones de gesta y las obras del mester de clerecía.

Esta experiencia confirma la conclusión pedagógica que impone como método más eficaz a fuer de natural, el que lleva de lo conocido a lo desconocido. Según esto, debiera empezarse el estudio de la producción literaria castellana por los autores contemporáneos, con cuyo lenguaje y espíritu está familiarizado el alumno por ser los de su tiempo, y seguir a la inversa la evolución que con ellos remata en el presente. Grandes ventajas ofrecería tal procedimiento, si no fuera insalvable la dificultad de remontar la corriente histórica; esta inversión cronológica destruye el eslabonamiento de los fenómenos literarios, haciendo imposible la comprensión del concepto de la asignatura por falta de las relaciones que vinculan entre sí aquellos fenómenos.

He procurado conciliar la necesidad y la dificultad mediante un a modo de ejercicio preliminar, que por su régimen de preparatorio satisface en cierta medida aquella sin estrellarse contra esta última.

Se comenzará el curso por la lectura de autores contemporáneos cuyas obras puedan ser relacionadas por concordancia o contraste con algunos de los más significativos que han de estudiarse luego, señalando entre ellos el comentario del profesor afinidades, semejanzas y diferencias; y a la vez, en cuanto sea posible, se irán graduando dificultades de lenguaje para familiarizar al alumno con el de los autores de épocas anteriores.

Así, el programa impone el trato inmediato con los Alvarez Quintero, Tamayo y Baus y el duque de Rivas, en la dramá-

tica, y con Campoamor, Becquer, Espronceda y Quintana en la lírica.

Los Alvarez Quintero, al par que aportan elementos de amabilidad festiva para interesar amablemente la atención del alumno, dan una idea de la comedia española actual que, puesta en parangón con la de Tirso de Molina, a su vez fácil, animada y risueña, llevará sin esfuerzo el interés del oyente a cierta familiaridad con el teatro del siglo de oro, acusando también el paralelo fecundas diferencias entre aquéllo y ésto. El drama de Tamayo, por su parte, relacionado por el profesor con el del duque de Rivas, dará idea de la evolución de la dramática moderna, del romanticismo al realismo; y el «Don Alvaro», por sus afinidades con el romanticismo nacional del siglo XVI, será cómodo vehículo para introducir al alumno al conocimiento inicial de Lope y Calderón.

Del mismo modo en la lírica: la sencillez realista de Campoamor, el lirismo sensitivo de Becquer y la efusión tumultuosa de Espronceda, indicarán a la precepción familiar del estudiante los matices de la evolución del romanticismo al realismo moderno; el sentimiento elegíaco y la naturalidad de Manrique, afines con el sentir romántico y con la sencillez realista respectivamente, pueden conducir así en fácil declive a la lectura y gusto de un poeta del siglo XV; y todo ello, contrapuesto a la grandilocuencia pomposa de Quintana, dará una clara noción de las características de la lírica clásica, permitiendo avanzar en el pasado hasta Garcilaso sin que choque ya con la hostilidad y la incomprensión del alumno «el dulce lamentar de dos pastores».

Una vez lograda esta relativa familiarización con algunos autores antiguos, puede con menos dificultades iniciarse cronológicamente el estudio de los antecesores de esas manifestaciones literarias.

..

Obedeciendo al propósito de aligerar el programa de cuanto no sea significativo-fundamental en la evolución de las letras españolas, concentrando el estudio sobre aquellos autores que se destacan como cumbres de eminencia y constituyen focos de influencia trascendental, he suprimido todo lo que, aún interesante o importante por sí mismo, no tiene un valor gene-

ral y característico o una irradiación notable dentro del movimiento literario que se estudia; agrupando, además, en torno de la personificación eminente lo que en ella puede cifrarse y en su producción estudiarse, por resumir ésta en su generalidad de caracteres la de los que la reflejan. Así, en Cervantes se estudia la novela, el teatro nacional en Lope y Calderón, en Espronceda la lírica romántica, etc., evitando diversificaciones de la atención y de la memoria sobre figuras y obras secundarias que en último resultado reducen el del esfuerzo a simples nomenclaturas.

\*  
\*  
\*

Por último, he incorporado la literatura argentina al movimiento general de la española.

Tal como figura en el programa actual, la literatura argentina es para los alumnos una especie de conocimiento accesorio, apéndice final que importa tan poco como significa proporcionalmente en la extensión del programa total de la asignatura. La miran, pues, con despego no poco desdeñoso que opone obstinada resistencia a todo empeño del profesor por reducirles a estudiarla.

Se agrega a esto que el mismo profesor se ve con frecuencia obligado a tratar con veloz superficialidad la parte de literatura argentina; como figura al final del programa y éste es largo, cuando se llega a ella falta tiempo que consagrarle con esperanza de alguna utilidad.

El proyecto de nuevo programa obvia estos inconvenientes dando a las manifestaciones de la actividad literaria argentina su puesto en los períodos de evolución de la española que determinaron las características derivadas que acusa nuestra literatura.

\*  
\*  
\*

Un conocimiento más o menos general de lo que es y significa en la actualidad el teatro nacional, es indispensable a los estudiantes argentinos.

Se trata de una actividad cuya evolución, rasgos peculiares y probable trascendencia, la hacen interesante y significativa en sus resultados de presente y perspectivas de futuro. No es admisible que sea ignorada por los que estudian el movimiento

literario en nuestros colegios nacionales; no parece razonable que sepan de los Misterios y de Lope de Rueda, y no sepan del drama gauchesco y del sainete local y de la comedia argentina.

El programa que presento exige, pues, un conocimiento general sobre el origen, evolución y rasgos característicos del teatro nacional.

\*  
\*\*

Dejo así concluida, señor director, la tarea que se me confió, honrándome, y entrego el proyecto de nuevo programa de Literatura y esta exposición sobre las reformas introducidas, para ser puestos a consideración de los colegas que deben pronunciarse al respecto.

Saludo a Vd. con toda mi consideración.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.

*Programa de cuarto año*

ESTÉTICA Y ARTE LITERARIO

I

NOCIONES DE ESTÉTICA

*Bolilla 1*

1.º Concepto común de la belleza. Lo bello, lo sublime, lo poético y lo bonito, en el lenguaje corriente y en la obra literaria. Caracteres que distinguen esas manifestaciones o efectos estéticos, destacados mediante ejemplos literarios.

2.º La verdad como concepto estético. Explicarlo relacionando ese término con los de naturaleza y vida. Nociones vinculadas a este punto: idealismo y realismo. Ejemplos tomados de obras de las distintas escuelas.

*Bolilla 2*

1.º La ciencia de lo bello. Definición de la Estética. La antigua y la moderna estética: el concepto objetivo y el concepto subjetivo de la belleza.

2.º Noticia sobre la evolución de las ideas estéticas, refiriéndola a Platón, Kant y Spencer, como puntos de partida dominantes.

## II

### EL ARTE LITERARIO

#### *Bolilla 3*

1.º Diversas acepciones de la palabra literatura y objeto de la obra literaria. Fin intrínseco y tendencias derivadas: el arte docente o con finalidad moralizadora, y el arte por la belleza. Ilustrar esta cuestión con referencias a «La Celestina» y a la novela picaresca, haciendo observaciones sobre idealismo y realismo artísticos.

2.º Elementos de la obra literaria: el fondo y la forma; su importancia respectiva. Tomar como ejemplos «El poema del Cid», y la poesía de Olegario Andrade.

3.º Lenguaje y estilo. La expresión literaria. Sus elementos. Recursos formales: amplificación, perifrasis, ironía, antítesis, hipérbole y prosopopeya. Importancia que el espíritu clasicista atribuyó a estas formas.

#### *Bolilla 4*

1.º El estilo signo de la personalidad. Elementos de vida en el estilo: el temperamento, caracteres y modalidades peculiares del escritor manifestados por el carácter general, el tono, el acento, el movimiento y la fuerza o intensidad del estilo.

El estilo como medio de transmisión del sentimiento y la emoción; el calor de sinceridad y la elocuencia expresiva que determinan por simpatía la identificación del lector con la vida de la obra.

2.º La representación animada de la naturaleza por medio de la palabra. Armonía imitativa de ritmo y de sonoridad; onomatopeya. La imagen; estudio especial de este elemento literario. Su valor gráfico y expresivo. Su uso en el lenguaje poético y en el prosado. La descripción. Su carácter e importancia en la novela realista. Lectura de páginas descriptivas.

3.º El tropo —Fundamento psicológico de la expresión figu-



rada. La comparación y la metáfora. La alegoría. Ejercicio con ejemplos comparativos de expresión directa y figurada. Ilustrar las consecuencias del abuso de figuras retóricas con ejemplos de afectación gongórica. Noticia sobre Góngora y su escuela.

#### *Bolilla 5*

1.º Nociones sobre la relación entre el escritor, la obra y el medio ambiente natural, social e histórico, con referencia a la teoría de Taine.

2.º Explicación elemental del clasicismo y el romanticismo como efectos de las circunstancias sociales e históricas. Diferencias características de la lírica de Fray Luis de León y la de Herrera como ejemplo de la influencia de la naturaleza física.

3.º El artista. Sus dotes naturales. Medios de perfeccionamiento de esas dotes. Valores respectivos de la escuela, los modelos y la observación directa. La originalidad.

### III

#### LA OBRA LITERARIA

#### *Bolilla 6*

1.º Diversos géneros literarios. Caracteres generales. La poesía lírica y épica. La obra dramática. Las composiciones en prosa. La crítica.

2.º La preceptiva clásica. Su espíritu y sus manifestaciones formales. Noticia elemental sobre la oda, la elegía, la sátira, el himno, la epopeya y el poema épico, la literatura doctrinal y didáctica, la fábula, el apólogo, la sátira y las composiciones históricas y oratorias.

#### *Bolilla 7*

1.º La composición dramática. Naturaleza y condiciones. La tragedia. Sus caracteres y condiciones necesarias. La teoría de las tres unidades. El drama. Explicación de las diferencias de naturaleza, elementos y forma entre el drama y la tragedia, refiriéndola a la controversia sobre el teatro de Lope de Vega y a la lucha de clásicos y románticos en Francia.

2.º La comedia antigua, la comedia española clásica y la comedia de Moratín, Bretón de los Herreros, y Ventura de la Vega. El sainete.

3.º Conceptos modernos del drama y la comedia. El realismo. El llamado teatro poético. Amplitud y significación que ha alcanzado la comedia.

## LA NOVELA

*Bolilla 8*

1.º Su evolución histórica. Concepto, caracteres, significación e importancia de la novela moderna. La novela de Victor Hugo, Zola y Bourget.

2.º La novela histórica de Walter Scott, Flaubert, y Pérez Galdós. La novela popular de aventuras y viajes y la histórico-popular de Dumas (padre).

*Bolilla 9*

1.º El cuento. Evolución de su concepto y formas. Su importancia desde Maupassant y Daudet. Su cultivo en nuestro país.

2.º La literatura de los pensadores y ensayistas. La crítica.

*Bolilla 10*

1.º *Arte métrica*. El verso; elementos de la versificación. Metros y combinaciones métricas castellanas.

2.º *La métrica llamada «libre»*. Sus caracteres; fundamentos invocados por los que la preconizan. Ejemplificación con algunas composiciones de Rubén Darío.

NOTA.—Los alumnos harán durante el curso ejercicios de exposición oral y de redacción y composición.

*Quinto año*

## HISTORIA LITERARIA

## LA LITERATURA CASTELLANA Y ARGENTINA

*Ejercicio preliminar*

a) 1.º Lectura de pasajes de «El genio alegre» de los hermanos Alvarez Quintero y de «El vergonzoso en palacio» de Tirso de Molina.

Comparación de ambas lecturas observando las diferencias de forma, lenguaje y modo de sostener el diálogo, etc. Indicación de las características generales del teatro español del siglo XVI.

2.º Lectura de pasajes de «Locura de amor» de Tamayo y Baus y de «Don Alvaro o la fuerza del sino» del duque de Rivas.

Comparación de estas dos obras señalando sus diferencias de concepto y estilo dramáticos. Observaciones sobre el espíritu y la expresión románticos y sobre el drama realista.

3.º Lectura de pasajes de «La estrella de Sevilla» de Lope de Vega.

Comparación con el «Don Alvaro», indicando las afinidades de espíritu y expresión entre ambas obras. Nociones sobre el carácter romántico del teatro nacional español.

b) 1.º Lectura de composiciones de Campoamor, Becquer y Espronceda.

Observaciones sobre la gradación del lirismo romántico entre los dos últimos y sobre la evolución a la sencillez realista en Campoamor.

2.º Lectura de las coplas de Jorge Manrique señalando afinidades de modo de sentir y expresión entre los cuatro poetas.

3.º Lectura de una oda de Quintana. Observaciones sobre el contraste de espíritu poético, expresión y forma entre la poesía de éste y la de los anteriores. Nociones sobre las características de la lírica clásica. Referencia a los clasicistas del siglo XVI. Lectura de un fragmento de la réplica de Nemesio en la égloga de Garcilaso.

## LA EDAD MEDIA

*Bolilla 1*

1.º Breve resumen de la historia de España en cuanto se relaciona con la formación del idioma, y de la historia política hasta 1400.

2.º *La poesía heroico-popular*. Los juglares y las canciones de gesta. «El poema del Cid».\*

3.º *La poesía erudita*. Noticia sobre el mister de clerecía y Gonzalo de Berceo.

4.º *La prosa*. Alfonso el sabio. Sus obras, su influencia sobre la cultura y la afición literaria: «Las siete partidas».

5.º *La literatura satírica y moral*. El cuento. Influencia oriental. El infante Juan Manuel; «El conde Lucanor».\* «El arcipreste de Hita».\*

*Bolilla 2*

1.º Resumen de la historia de España en el siglo XV.

2.º *La lírica cortesana*. La influencia provenzal e italiana. El marqués de Santillana.\* Juan de Mena, Jorge Manrique.\*

3.º *Los romances*. Carácter y valor de esta poesía popular. Sus fuentes de inspiración y sus asuntos preferidos. Su clasificación. El romancero. Lectura de romances del Cid, de don Alvaro de Luna, de don Pedro el cruel, dos de los caballeros que menciona el Quijote, y uno morisco.

4.º Disertación sobre la literatura histórica en la Edad media española.

## «EL SIGLO DE ORO»

*Bolilla 3*

1.º Resumen de la historia de España en el siglo XVI.

2.º El Renacimiento. Discurso sobre esta revolución.

3.º *La Celestina*.\* Caracteres de esta obra. Su significación literaria y social. El ambiente y los caracteres. Su realismo.

4.º *La poesía lírica*. Influencia de Petrarca y del Renacimiento. La escuela clásica. Lucha con la escuela tradicional.

El endecasílabo. Garcilaso de la Vega,\* Luis de León,\* Herrera\*, Caro\* (1)

5.º La épica-Ercilla\*; «La Araucana». Mención de otros poemas épicos.

6.º La literatura religiosa. Carácter de esta manifestación literaria en España. Los místicos. Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

7.º Disertación sobre la literatura histórica en el siglo XVI.

#### LA ÉPOCA DE CERVANTES Y LOPE

##### *Bolilla 4*

1.º Resumen de la historia de España en el siglo XVII.

2.º *La novela*. Cervantes. Su vida. Sus obras. El Quijote.\* Estudio relacionado con la novela caballerescas; lecturas del «Amadís de Gaula». El falso Quijote; lectura de algunos pasajes comparándolo con el de Cervantes. Lectura completa de «Rinconete y Cortadillo»; la novela picaresca en general. «La Galatea» y la novela pastoril. Las novelas ejemplares.

##### *Bolilla 5*

1.º *El teatro nacional español*. Lope de Vega. Su vida. Conjunto de su obra. La revolución literaria en el teatro. Controversia de los partidarios de la forma clásica y los innovadores. Triunfo de la tendencia popular. La comedia de Lope. Caracteres generales y propios que imprime a la producción dramática. La fecundidad de Lope.

2.º Noticia sobre Tirso de Molina y Alarcón. Lectura de «El vergonzoso en palacio» y «La verdad sospechosa».

3.º Calderón. Su vida y su obra. Características de su teatro dentro del tipo dramático fijado por Lope. El espíritu religioso; el sentimiento del honor. Información sobre sus obras. Lecturas de «La vida es sueño» Lectura completa por los alumnos de «El alcalde de Zalamea».

(1) Aunque Rodrigo Caro florece en el siglo XVII, va incluido aquí por las afinidades de escuela y sentir poético que atribuyen unidad literaria al grupo de poetas que reúne el programa.

*Bolilla 6*

1.º *Otras manifestaciones literarias del siglo XVII.* Góngora\* y su escuela. El culteranismo.

2.º *Quevedo\** Su obra en verso y en prosa. Diversidad de su genio. Su estilo. El conceptismo.

3.º Disertación general sobre la literatura histórica en los siglos XVI y XVII.

## EL SIGLO XVIII

*Bolilla 7*

1.º Resumen de la historia de España en esta época.

2.º La decadencia literaria. La influencia francesa y el espíritu literario tradicional. Breve noticia sobre Luzán.

3.º Triunfo del gusto clásico francés. Leandro Fernández de Moratín\*. Su comedia. D. Ramón de la Cruz. El sainete.

4.º Primeras manifestaciones literarias en el Río de la Plata. Labardén.

## EL SIGLO XIX

*Bolilla 8*

1.º Resumen de la historia de España en este siglo.

2.º La lírica. Quintana\*.

3.º *La literatura argentina.* La revolución de la Independencia. Su expresión poética. La canción patriótica. El canto lírico. Características generales de forma y espíritu literario y político de esta literatura.

4.º Los poetas de la Revolución. De Luca, Fray Cayetano Rodríguez y López y Planes\*. El himno nacional. Su valor artístico. Noticia sobre la «Sociedad del buen gusto en el teatro».

5.º Juan Cruz Varela y su obra literaria como expresión de escuela y de espíritu político-social.

## EL ROMANTICISMO

*Bolilla 9*

1.º La revolución romántica. Su origen. Su fin literario. Su

evolución. Caracteres con que se define en Francia. La lucha de clásicos y románticos.

2.º *El romanticismo en España*. Características nacionales. El duque de Rivas y su «Don Alvaro»\*.

3.º La comedia. Bretón de los Herreros y Ventura de la Vega.

4.º La lírica romántica. Espronceda\*.

5.º La poesía épico-tradicional; el teatro y la lírica de Zorrilla\*.

6.º La prosa. Larra\*. Estudio de esta personalidad en su obra de crítica literaria y de costumbres, y en el medio ambiente de su tiempo.

#### Bolilla 10

1.º *El romanticismo en el Plata*. Movimiento histórico-social en que comienza a actuar esta influencia literaria. Echeverría\*. Sus principios y su obra de renovación poética. Los «Consuelos», «La Cautiva». Introducción de la naturaleza y demás elementos locales en la poesía. Mención de los otros poemas de Echeverría.

2.º Carácter político que el romanticismo y su literatura revisten en el Río de la Plata. Mármol\*. Espíritu y características de su lírica. El grupo romántico de Montevideo y su acción.

3.º La prosa. Sarmiento.\* «Facundo» y «Recuerdos de provincia». El espíritu de reacción genuina en su estilo y en su obra. Juan María Gutiérrez. Noticia sobre su acción literaria.

4.º *La novela*. La «Amalia» de Mármol. La novela histórica de Vicente Fidel López.

#### EL REALISMO

#### Bolilla 11

1.º *El movimiento contemporáneo*. Exposición general de sus tendencias y rasgos. El realismo. Preponderancia de la novela.

2.º *Los novelistas españoles contemporáneos*. Noticia sobre Fernán Caballero. Pereda\*, Valera\* y Pérez Galdós\*.

3.º *Los últimos románticos*. Bequer\*. Su lírica. Caracteres que la singularizan en la lírica española.

- 4.º Echegaray\* y su teatro. Supervivencia en él del romanticismo nacional.
- 5.º *La evolución al realismo en el teatro*. Tamayo y Baus\*. Evolución en la lírica. Campoamor\*. Nuñez de Arce\*.
- 6.º Disertación sobre el teatro, la novela y la poesía actuales. Autores que más se han destacado. Noticia sobre Benavente, los hermanos Álvarez Quintero, Villaespesa y Rueda.
- 7.º La crítica literaria. Menéndez y Pelayo.

## LA LITERATURA ARGENTINA EN LOS ÚLTIMOS 30 AÑOS

*Bolilla 12*

- 1.º La lírica. Andrade\*. Ricardo Gutiérrez\*. Guido Spano\*. Rafael Obligado\*.
- 2.º La poesía gauchesca. Sus orígenes. Su significación. Ascasubi, Estanislao del Campo. Hernández\*. El «Martín Fierro». Carácter, valor literario e importancia significativa de esta obra.
- 3.º La novela. Lucio Vicente López\*; «La gran aldea». El naturalismo. Cambaceres.
- 4.º El espíritu popular genuino en la literatura. José S. Alvarez. La lírica de Evaristo Carriego.
- 5.º La historia. Mitre\* y Vicente Fidel López\*. Publicistas y oradores. Nicolás Avellaneda y José Manuel Estrada.
- 6.º Revolución en la lírica. Rubén Darío\*.
- 7.º Exposición general sobre el teatro nacional argentino. Su origen. El drama heroico gauchesco. Su evolución. La comedia de tipos y costumbres. Tendencias dominantes y desnaturalización del espíritu propio.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.

NOTA.—De los autores señalados con asterisco los alumnos leerán particularmente y en clase los pasajes de la obra que el profesor les indique, y aprenderán de memoria algunas coplas de Jorge Manrique, una Serranilla del marqués de Santillana, el Madrigal de Gutierre de Cetina, el soneto «Al sueño» de Argensola, el soneto «A Jesús crucificado», algunas rimas de Becquer y un fragmento de «Martín Fierro».



# UN GRAN FILÓLOGO AMERICANO

DON RUFINO JOSÉ CUERVO <sup>(1)</sup>

Señor Ministro,  
Señoras,  
Señores:

Hoy hace seis años que desapareció del mundo de los vivos, envuelto en la penumbra tan grata a su modestia y a sus gustos solitarios, el varón insigne, gloria de Colombia, su patria, de toda la América descubierta y poblada por España, de nuestra hermosa lengua, de nuestra cultura y de toda nuestra estirpe, el eminente filólogo don Rufino José Cuervo, que me propongo presentar brevemente a vuestra admiración y a vuestro aplauso.

No emuló las glorias de los caudillos militares y de los agitadores políticos; no buscó laureles en los campos de batalla; no participó en las contiendas y revoluciones que tantas veces han ensangrentado y desgarrado a las repúblicas hispanoamericanas. Huyendo del ruido de los combates y de las luchas civiles, su espíritu selecto se refugió en el culto de las letras, y conquistó para su patria una gloria más pura y más grande que la de todos los tribunos y caudillos.

Estos inclinaron más de una vez su frente ante el glorioso solitario, que consagró por completo su existencia a investigar

(1) Conferencia dada el 17 de julio, 6.º aniversario de la muerte de don Rufino José Cuervo, en el Ateneo Hispanoamericano, bajo la presidencia del Excmo. señor doctor R. Ancizar, Ministro Plenipotenciario de Colombia.

los misterios de nuestra lengua, a restaurar su pureza y a estrechar los lazos intelectuales que unen y han de unir para siempre a los que de ella se sirven, en la vasta extensión de nuestro planeta, para expresar y comunicarse sus dolores, sus alegrías y sus glorias.

Durante largos años, el modesto retiro de nuestro sabio, en la calle de Siam, en París, fué como una especie de Meca intelectual para cuantos americanos cultos visitaban la gran metrópoli francesa. Allí, rodeado de los tesoros lingüísticos y literarios que había ido acumulando a fuerza de costosos sacrificios y de búsquedas laboriosas, acogía bondadoso a sus admiradores y a cuantos solicitaban sus consejos literarios; allí dictaba sus fallos, no con la aparatosa prosopeya de las antiguas pitonisas, sino con la casi humilde modestia de un anacoreta de las letras y de la cultura filológica. Como en otro tiempo, según el testimonio de los historiadores romanos, acudían desde las más remotas comarcas a la ciudad de los Césares devotos peregrinos y admiradores a visitar al anciano Tito Livio, no faltaron fervientes admiradores y discípulos que acudiesen sin cesar a la moderna Roma del ingenio y de la cultura, desde las más apartadas regiones de América, para admirar y oír las sabias enseñanzas del insigne colombiano.

Seguramente está llamada nuestra lengua a los más gloriosos destinos en este Nuevo Mundo, pues en él ha suscitado la Providencia, en los momentos más críticos, insignes y respetados maestros para asegurar su unidad amenazada y restablecer su pristina belleza. Allá en los comienzos de la pasada centuria, cuando tras cruentas luchas civiles se rompieron los lazos seculares que unían a España con sus gloriosas hijas, que aspiraban a la natural independencia, temieron algunos que, realizada la ruptura política y administrativa, se aflojasen por natural consecuencia los lazos intelectuales y literarios y que nuestro admirable idioma, siguiendo en las nacientes repúblicas nuevos derroteros y corrompiéndose con todo género de aluviones literarios, diese lugar a nuevos dialectos.

Por fortuna, apareció entonces en la vecina República de Chile la gigante y noble figura del venezolano don Andrés Bello, insigne poeta, historiador, político, legislador, filólogo y, sobre todo, incomparable cultivador de nuestra lengua, quien, con su notabilísima *gramática*, no superada hasta hoy, estableció sobre bases inquebrantables la unidad y el imperio del

idioma del Cid y de Cervantes en las vastísimas regiones del continente americano, que iniciaban la era gloriosa de su independencia. Y no he citado a la ligera, sino muy de intento, los nombres del legendario héroe castellano y del más ilustre de los cultivadores de nuestra lengua.

En efecto, aquel varón insigne no se contentó con legislar con autoridad indiscutible sobre nuestro idioma, sino que, anticipándose en muchos años a los filólogos extranjeros y nacionales que han consagrado sus desvelos y lucubraciones a los primitivos monumentos de nuestro idioma, aplicó sus dotes de lingüista, de filólogo y de crítico a ese venerable poema, augusto pórtico de nuestra prodigiosa literatura, en el que aparece nuestro idioma robusto y majestuoso en los últimos lustros del siglo XII, cuando las demás lenguas derivadas del latín se muestran todavía vacilantes y casi informes. Mientras los escasos monumentos de éstas últimas son apenas comprensibles sin el auxilio de extensos y eruditos glosarios, cualquiera de nosotros puede saborear sin grandes dificultades las bellezas del viejo poema castellano.

Circunstancias análogas a las que hicieron aparecer en los lejanos comienzos del siglo XIX la gran figura de Bello para asegurar en ambos hemisferios la continuidad y unidad de nuestra lengua, han hecho aparecer en estas últimas décadas la no menos brillante figura de Cuervo, continuador benemérito y afortunado del gran filólogo venezolano.

Cuando no hace muchos años algunos americanos mal aconsejados lanzaron a los cuatro vientos la idea de crear una lengua americana, sin que faltara en el concierto de los ilusos innovadores algún *maître Renard*, que lisonjeara con no muy hábiles halagos el amor propio de los mismos, puede decirse que bastaron la autoridad y el nombre de don Rufino José Cuervo para que fracasaran casi en germen los intentos neológicos, y hoy yace en el más justo olvido la obra que pretendió pasar por Evangelio de los propugnadores del nonato idioma americano.

El insigne filólogo colombiano, anticipándose a tan inconsultas tentativas, se había erigido en maestro indiscutible de nuestra lengua, y, restaurando la autoridad de Bello con las nuevas y brillantes notas que agregó a su gramática, volvió bríosamente por los fueros de nuestra lengua en obras magistrales, y aseguró la unidad de la misma y su perpetuidad en las repúblicas hispanoamericanas.

Como he indicado antes, puede considerarse hecho providencial que los dos grandes mantenedores de la unidad del idioma en pueblos nacidos de la misma estirpe, animados por el mismo espíritu idealista y caballeresco y habitantes de la misma zona moral, fuesen americanos a fin de que sus doctrinas y enseñanzas tuviesen mayor autoridad.

Pero antes de trazar ante vuestros ojos la silueta moral y literaria del ilustre bogotano, permitidme que os haga entrever, siquiera sea rápidamente, los vastos dominios en que se ejercitó su inteligencia y en que conquistó su merecida fama de filólogo.

Desde muy antiguo, interesó a los humanistas del Renacimiento el problema del parentesco de las lenguas sabias entre sí y de sus relaciones de cognación con las lenguas modernas. El célebre Justo Lipsio, que floreció en el siglo xvii, vislumbró las relaciones entre el persa y el alemán y, el insigne filósofo Leibnitz (1646-1716) aconsejaba a los misioneros y diplomáticos que formasen listas de palabras que sirviesen de base de comparación.

Uno de los primeros en seguir tan sabio consejo, fué el famoso jesuita español P. Lorenzo Hervás y Panduro que, en 1784, es decir, varios años antes que Adelung, el famoso autor de *Mitridates*, publicó su *Catálogo de las lenguas*, y en otra obra menos conocida, destinada a la enseñanza de los sordos mudos, adivinó antes que ninguno el origen pronominal de las desinencias verbales, descubrimiento atribuido por Michel Bréal al ya citado Adelung. Por eso, con muy justa razón, el filólogo Pott, en la notable epístola latina que dirigió a Cuervo en 1876 y que figura al frente de las ediciones de *Apuntaciones críticas al lenguaje bogotano*, asocia el nombre del ilustre jesuita extremeño al del filólogo bogotano.

Y haré notar, de paso, que así como figura un español insigne entre los promovedores de la lingüística moderna, se debe igualmente a otro erudito español, el bibliotecario Sánchez, la primera publicación en 1789 de textos españoles de la Edad Media, entre ellos el *Poema de Myo Cid*, cuando nadie daba importancia a estos documentos *semibárbaros*, según el calificativo de Boileau.

Verdad es que pocos años antes los célebres jesuitas franceses Coeurdoux y Calmette (1767) que residían en la India habían notado las curiosas semejanzas entre las lenguas sán-

crita, latina y griega y habían enviado sus notas y observaciones al Abate Barthélemy, de la Academia Francesa; pero estas observaciones no se dieron a luz hasta muy entrado el siglo XIX.

Entre tanto, apenas establecida Inglaterra en la India, se fundó la célebre Sociedad de Calcuta en 1784, siendo sus miembros principales Wilkins, Carey, Colebrock y otros, que, solicitados por tan curiosas coincidencias, se aplicaron a los estudios brahmánicos y trasladaron al estudio de la lingüística europea los nuevos procedimientos gramaticales. La primera gramática sánscrita escrita por un misionero italiano, el P. Paolo de S. Bartolomeo, apareció en 1790 y a partir de esta fecha menudearon las publicaciones de esta índole. Casi por la misma época empezó a sonar en las aulas universitarias de Europa el nombre de Filología, desde que en 1777 se inscribió en la Universidad de Gottinga el célebre Fernando Wolf, que agregó a su firma la mención de *Studiosus philologiae*, y que fué más tarde admirador y benemérito cultivador de nuestra literatura. Si era nuevo el sentido atribuido por Wolf a la voz *filología*, no lo era ciertamente el vocablo. El inmortal Platón lo había empleado ya en sus diálogos para designar la afición a la conversación o trato social. En consecuencia, llamaba a los atenienses *filólogos* o amigos de conversar, y *braquiólogos* a los espartanos, poco aficionados al comercio literario.

También empleó la misma palabra en sentido más cercano al que hoy tiene, el erudito retórico africano Marciano Capela que publicó en 429 su curiosa aunque indigesta novela *Bodas de Mercurio con la Filología*.

Casi por el mismo tiempo que se publicó la primera gramática sánscrita, en 1791 nació en Alemania el ilustre Bopp, padre de la filología, y sobre todo de la gramática comparada, cuya obra famosa *Gramática comparada de las lenguas indoeuropeas*, fué publicada en alemán en 1834-49 y traducida admirablemente en francés por Bréal en 1866.

Bopp puede decirse que fué el verdadero maestro de Cuervo y, en el estudio de su obra monumental se nutrió su espíritu y adquirió la orientación necesaria para su vasta y fecunda labor lingüística.

Hecha esta breve pero necesaria digresión, voy a narrar sintéticamente la vida y la obra del insigne colombiano, pues no quiero abusar de vuestra benevolencia.

Nació en Bogotá en 1844, siendo su padre el eminente escritor y político don Rufino Cuervo, cuya vida escribió, en unión de su hermano don Angel, erigiendo al mismo tiempo un monumento de filial cariño al autor de sus dias y otro no menos valioso y brillante a nuestra lengua.

En sus venas se mezclaron no pocos de los principales elementos de la estirpe ibérica, pues figuran, entre sus más notables ascendientes, portugueses, gallegos, vascos y castellanos. En este punto es digno de notarse el importante papel desempeñado por el Nuevo Mundo en cuanto a la unidad de la raza. Fué América, por decirlo así, el crisol donde se fundieron y amalgamaron los diversos elementos étnicos de la península, allegando cada uno sus caracteres predominantes.

Mostró Cuervo desde la infancia grande amor al estudio, recibiendo educación esmeradísima, especialmente de los jesuitas, y no tardó en producir frutos opimos y abundantes. A los 23 años, era ya excelente profesor de humanidades, y en unión de su compatriota y amigo, el elegante traductor de Virgilio, y eximio poeta don Miguel Antonio Caro, otra gloria legítima de la gran Colombia, dió a luz una *Gramática latina*, modelo de erudición y de método pedagógico, de la que dijo nuestro famoso dramaturgo Tamayo y Baus, en informe oficial presentado a la Real Academia Española en 1867, que era una «obra magistral y la mejor en su género en nuestro idioma». El ilustre académico se refería a la 4.<sup>a</sup> edición y, a pesar de los años transcurridos y de las obras de igual índole publicadas, no conozco ninguna que pueda disputarle tal preeminencia.

Reveses de fortuna, que arruinaron a su familia, obligaron a nuestro joven y ya notable escritor a trocar momentáneamente el culto de Minerva por el de Mercurio, fundando en Bogotá con su ya citado hermano, una fábrica de cerveza; pero no he hablado con exactitud al afirmar que abandonó el culto de Minerva, pues, en medio de los cuidados industriales y comerciales de su nueva situación, no abandonaba el manejo de los libros y seguía preparando sin cesar los elementos de su gran *Diccionario de construcción y régimen*, que tenía perfectamente planeado y que es sin disputa el monumento filológico más admirable de nuestro idioma.

Aquel brillante espíritu latino y más que latino, ateniense, que se llamó Miguel Cané, y de que se enorgullecen con justo título la cultura y las letras argentinas, tuvo ocasión de visi-

tar a Cuervo por entonces y su festivo ingenio ha dejado en *Notas de viaje*, gráficos recuerdos de su visita.

En la remota época de que vengo hablando y en que apenas existían en las aulas de la península estudios filológicos, era ya Cuervo maestro en la nueva ciencia, gracias al conocimiento y lectura de la citada *Gramática* de Bopp, y se hallaba familiarizado con los hombres más ilustres de la filología europea, como se desprende de las eruditas notas a la *Gramática* de Bello.

En 1878 visitó con su hermano la Exposición de París, y atraído seguramente por el ambiente intelectual de la moderna Atenas, que, en medio de su aparente frivolidad, era antes de la presente guerra, uno de los focos más intensos de cultura intelectual y uno de los puntos que más facilidades ofrecía a los estudiosos y eruditos para los trabajos del espíritu, escogió a la hermosa Lutecia para el lugar de su retiro definitivo y altamente fecundo para nuestra lengua.

Hay que advertir que algunos años antes del primer viaje a París (1867-1872) había publicado Cuervo en Bogotá su famosa obra: *Apuntaciones críticas al lenguaje bogotano*, origen de su reputación mundial. En ella se revelaba como el más profundo conocedor del castellano en su época, no sólo en América sino también en España. Era augurio cierto de sus futuros triunfos filológicos y demostraba en cada página su intensa labor lingüística y su consumada pericia en el manejo de todos nuestros clásicos. Los hombres de más autoridad en filología, en lingüística y en conocimientos literarios, como Pott, Dozy y Hartzanbusch, le dirigieron cartas sumamente laudatorias y le proclamaron maestro en toda clase de disciplinas filológicas. A la voz de estos grandes maestros se unió un coro universal de alabanzas en España y en toda América en honor del libro y de su autor, y harían falta muchas páginas para consignarlas en breve resumen. Básteme citar los nombres de Menéndez Pelayo, Rodríguez Marín, Juan Valera, Condesa de Pardo Bazán en España, y de los americanos Miguel Cané, Juan María Gutiérrez, García Icazbalceta, R. M. Carrasquilla, Antonio Gómez Restrepo, R. Pombo, José Manuel Marroquín, Marcos Fidel Suárez, Francisco Calderón, Gonzalo Picón Febres, Rafael M. Merchán y otros ciento. En este universal concierto sólo se oyó una voz disonante, la del cubano Juan Ignacio de Armas, donosa y rotundamente refutado por el insigne don Manuel Antonio Caro en su *contradiálogo de las lenguas*.

Los testimonios de tantos ilustres literatos pueden leerse en la interesante obra *Rufino José Cuervo y la lengua castellana* del erudito y elocuente P. Fabo, premiada y publicada por la Academia Colombiana.

De entonces data, por decirlo así, su vastísimo proyecto de dotar a nuestra lengua de un gran diccionario de construcción y régimen, superior por muchos conceptos al de Littré, sobre todo si se tienen en cuenta los medios de que dispuso en abundancia el gran lexicógrafo francés y la penuria de recursos de todo género con que tuvo que luchar el modesto filólogo bogotano, obligado a compartir el tiempo entre los cuidados y dificultades de una industria nueva y casi desconocida en su patria, y las investigaciones literarias y lingüísticas, harto laboriosas y difíciles, especialmente en un país lejano y aislado, poco propicio a tan nuevo y osado intento y muy escaso en elementos de consulta.

La suerte protegió a los dos hermanos Cuervo, que, como nuevos argonautas, se habían lanzado a la conquista del soñado vellocino; y, realizado su sueño, es decir, obtenida la fortuna que debía asegurarles en lo sucesivo su permanencia en Europa y la prosecución tranquila de sus empeños literarios, vendieron su floreciente fábrica y, renunciando a empresas industriales, cuyas fabulosas y seguras ganancias no tenían atractivo para sus elevados espíritus, se trasladaron en 1882 al soñado retiro de París, para entregarse por completo a sus labores literarias.

Allí pudo al fin el ilustre filólogo dedicarse a sus anchas a sus estudios predilectos. Allí tuve ocasión de tratarle y admirarle en su austero retiro de benedictino de las letras, rodeado de sus queridos libros, y el placer de saborear a un tiempo los encantos de su afable trato y de su vastísima erudición. ¡Con cuán melancólico deleite recuerdo ahora aquella hospitalaria sala de trabajos de la Biblioteca Nacional de París, a donde acudía casi a diario el gran maestro; a aquellos amigos comunes que compartían conmigo la admiración y el afecto al gran filólogo, entre los que sólo mencionaré de pasada al benemérito y entusiasta hispanista Sr. Boris de Tanenberg; a nuestro común editor, Sr. Roger, padre, de la Casa Roger y Chernovitz, que hablaba siempre de él con profundo respeto y cariño, y hasta a su celosa y maternal ama de gobierno, Sta. Leocadia María Bonté, viva y locuaz como una criada de



Molière, la cual le asistió y cuidó durante tres decenios, y que, a veces, mientras esperábamos la llegada del maestro, nos refería curiosos detalles de su vida familiar y ocurrencias y dichos ingeniosos, y aun en ocasiones (pues como buena francesa cuidaba del fructuoso empleo de sus economías) me hablaba, con cierta pericia, de las rentas públicas y hasta me pedía informes acerca de la solidez de los títulos de renta españoles y argentinos, bastante populares entre los modestos rentistas de Francia por lo crecido y saneado de sus intereses! Pero, como el poeta latino, *paulo majora canamus*. Volvamos a la labor literaria de Cuervo.

Admirado y festejado en Paris, solicitado por las más notables publicaciones filológicas de Francia y del extranjero, a las que prodigaba su erudita colaboración, honrado con la amistad de grandes espíritus como Gastón Paris, que obtuvo para él la cruz de la Legión de Honor, al paso que sus amigos de Berlín hacían que la Universidad berlinesa le concediese el título honorífico de Doctor, y en continua comunicación epistolar con sus innumerables amigos y admiradores de España, de su patria Colombia y de las demás repúblicas americanas, continuaba incansable sus trabajos auxiliado por su hermano D. Angel. En septiembre de 1886 salió de las prensas el primer tomo del *Diccionario de Construcción y Régimen de la lengua castellana*, y siete años más tarde el segundo con 426 páginas más que el primero, llamando poderosamente la atención de todos los eruditos y filólogos del mundo. En la interesantísima y rica correspondencia de Cuervo, que debería estar ya publicada, figuran los nombres más prestigiosos de la filología universal: Gastón Paris, Pickkart, Monaci, Schuchart, Pott, Burnouff, Hatzfeld, Vollmöller, Baist, etc., etc., con motivo de esta publicación. Si grandes habían sido las alabanzas a su libro *Apuntaciones críticas*, las prodigadas al *Diccionario* fueron incomparablemente mayores. Aquel monumento lingüístico, modelo de crítica sagaz, de pacienzuda y sólida investigación filológica, de sutilísima semántica y de erudición incomparable, colocó al nombre de Cuervo junto a los de los más insignes filólogos.

Los que han tenido que hojear, como yo, día tras día aquel libro admirable y apreciar aquella labor de orfebre, aquella delicada disección del sentido de las palabras y modismos, aquel deslinde maravilloso de acepciones y matices, no pueden

regatear al gran artista de nuestra lengua la admiración ni los aplausos.

No es posible ir más allá en la investigación, pues el autor no ha dejado una sola dificultad ni un solo problema lingüístico que no desentrañe, escudriñando para ello todo el tesoro de nuestro idioma, desde la primera edad del romance hasta nuestros días.

Diversas causas, que sería prolijo enumerar, algunas de carácter literario, a causa de la deficiencia y descuido de los textos antiguos, la muerte de su querido hermano y colaborador constante D. Angel Cuervo y el quebranto de su salud impidieron que continuase la publicación con gran sentimiento de todos los amantes de nuestras letras.

La Conferencia internacional americana reunida en México a fines de 1901 y principios de 1902, se hizo intérprete de los deseos de todas las naciones de América y, a propuesta del delegado colombiano general Rafael Reyes, presentada y apoyada por la Delegación mexicana, votó una subvención de 210.000 francos para la completa terminación del Diccionario, suma que debía ser sufragada por todas las Repúblicas representadas en dicha conferencia. Votaron dicha resolución los delegados de las mismas y, entre ellos, mi distinguido amigo Dr. Lorenzo Anadón, ex-decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, perito en materias de lexicografía y lingüística. Merecen ser conocidos los términos en que está redactado el fundamento de dicho voto.

«Las delegaciones que suscriben, considerando: Que el idioma castellano por conformidad unánime de filólogos americanos y europeos tiene en el Diccionario de Construcción y Régimen de la lengua castellana del escritor colombiano, D. Rufino José Cuervo, un monumento que honra altamente la ciencia de América, destinado a contribuir de modo poderoso al mayor conocimiento y perfección del idioma mismo; que la obra ha sido emprendida y llevada a cabo con habilidad, erudición y perseverancia admirables, por un americano que ha hecho ilustre su nombre con numerosos y delicadísimos trabajos de lingüística; que no obstante la aceptación con que la obra ha sido emprendida, únicamente se han publicado los dos primeros tomos, debido al costo que la edición completa alcanza; que los tres volúmenes restantes, prestos para la publicación, forman, al completar la obra, el repertorio lexicográfico

sacción, adoptarse la subdivisión de las materias en algunos grupos, cuatro, cinco o seis, pero no conservar este sistema absurdo y rancio del examen por materias... que digo, del examen por secciones de materias a veces.

Agréguese a esto que la clasificación sea breve: insuficiente, suficiente, distinguido, por ej., pero no puntos de 1 a 10, sin razón alguna de ser en universidades, ni siquiera en diplomas profesionales, que no «dan derecho a un empleo de gobierno por turno y clasificación», como sucede en la Escuela Politécnica de Francia.

Tenemos ya definidos varios puntos.

1) Supresión del examen por materias para el doctorado.

2) Reducción a exámenes globales para los estudios profesionales cuando la Facultad da «diploma de estado».

3) Modificación de la clasificación por puntos.

2º) **Libertad de enseñanza.** — Suprimidos los exámenes por materias, recién podrá tomar vuelo la enseñanza libre. El alumno irá tranquilamente al profesor que por cualquier razón le guste, sabedor de que como prueba de idoneidad sólo le pedirá pruebas generales sobre cuestiones prácticas de su profesión, o finales de su doctorado; interrogatorio efectivo en que, mediante consultas y estudios previos pueda fundar y defender su opinión sobre su tesis y sobre las cuestiones accesorias que le comunicaron en tiempo oportuno; el examen versará no solamente sobre cuestiones prácticas o científicas de su profesión, sino que el candidato se encontrará colocado en las mismas condiciones reales de la vida corriente. ¿Con quién habrá aprendido lo que sabe?... ¡Qué importa! siempre que sepa resolver los problemas sometidos. Si tiene opiniones distintas de las de algunos examinadores... con tal que las sepa defender con lucimiento y que reine en el *espíritu de honestidad* en el Juado, saldrá felicitado por los mismos adversarios, al ver un joven formarse y defender opiniones propias.

*El espíritu de honestidad es el gran resorte del progreso de las naciones.* Donde reina todo es sencillo; la policía más barata, los contralores superfluos en gran parte; la vida más simple y menos llena de trampas; la sociabilidad más agradable. Es el buen aceite que hace andar sin chirrido ni resistencia a la buena máquina. Sin honestidad, la vida científica es peor que la del más ignorante de los hombres!

A todas estas ideas se me ha solido oponer nuestra «idiosincracia», nuestro «temperamento propio»: según los pesimistas, el estudiante nuestro es haragán, su espíritu no es de franqueza, todos sus votos de libertad y de progreso no son sino máscara detrás de la cual se esconde esa «idiosincracia» que yo desconozco. Mis 35 años de vida universitaria aquí, y el conocimiento del estudiante europeo adquirido en aquel medio internacional suizo, donde terminé mis estudios, me da autoridad para negar terminantemente esas tesis pesimistas, y afirmar que nuestro estudiante es tan bueno y honesto como el mejor de otras naciones, y que lo alcanzado en otras partes se puede alcanzar entre nosotros también.

Pero establecida la enseñanza libre conviene asegurar su remuneración, pues nadié, y menos un joven estudiante, debe recibir y aceptar regalos ni limosnas mientras no sea pobre de solemnidad, y la retribución del trabajo ennoblece a quien la recibe. De ahí resulta *supresión de la exclusividad de los profesores suplentes como remunerados por los cursos libres*, y atribución, tanto al profesor libre como al ordinario, de una cierta participación en los derechos percibidos por la Universidad para inscripción al curso respectivo.

Se me dijo: imposible, pues la Universidad cuenta con esas entradas para satisfacer su exíguo presupuesto. Preciamente, señores, ahí está el error y el mal que la juventud debe urgentemente hacer desaparecer. Si el partido gobernante, cualquiera que fuera, ama el progreso del país y su lucimiento en el mundo por motivos intelectuales, debe aumentar el presupuesto de nuestra Universidad, aún a costa de disminuir cualquier otro gasto. Según

el proyecto actual, el gobierno nacional contribuye sólo con \$ 1.800.000 a los estudios de todas nuestras Facultades juntas, mucho menos de lo que cuesta el dragado de los canales del puerto; excluyo el Colegio Nacional y los hospitales, que prestan otros servicios. Por otra parte, los derechos universitarios se elevan a \$ 974.000, los derechos de exámenes a 127.580 \$ y una contribución extorsiva de 2 % sobre los sueldos ya tan ridículamente bajos, 50.000; de sus fondos propios las Facultades agregan \$ 73.000. En total son 1.224.000 pesos, que salen, o salieron, todos del bolsillo de los estudiantes! Esto no es modo de sostener los estudios universitarios.

En estas cuestiones deben intervenir virilmente el C. S., las C. D., los profesores, los alumnos y ex-alumnos, llevando en perfecto acuerdo sus quejas al P. E., al Congreso y al pueblo mismo en grandiosa manifestación!

Ahí va, pues, otra base de discusión deducida del 2.º punto de la reforma:

- 4) *Supresión de toda distinción entre cursos libres, cualesquiera que sean las personas idóneas que lo dielen.*
- 5) Atribución a los profesores todos, pero especialmente a los libres, de parte de los derechos de inscripción al curso respectivo, para alentar al buen profesor y ofrecer al docente una remuneración proporcional a su éxito, cuyo éxito, suprimido el examen por materias, será la verdadera medida de su talento como enseñante.
- 6) Aumento de los presupuestos universitarios para incrementar sus medios de instrucción, haciendo para obtenerlo un llamado patriótico a la unión de todos los universitarios.
- 7) Subsidios suficientes para cumplir el art. 23 de los Estatutos y poder realmente nuestras Facultades «funcionar en edificios adecuados».

Como estos 7 puntos se encontrarían fácilmente algunos otros si la discusión se llevara de común acuerdo, honestamente, sin viveza ni «diosinracia», al terreno técnico, y si los electores rechazaran toda propaganda no basada sobre precisiones en ese terreno.

Pero en vez de franqueza y de técnica de la enseñanza en públicas asambleas, todo se reduce a conciliábulos o estudios en comisión, para no conmovir el pueblo estudiantil; mientras por lo contrario en este suelo fecundo y joven debe la Universidad buscar la savia de su vida.

Los proyectos de reforma se postergan a veces por sus mismos autores, y van a dormir en las carteras de esas comisiones; sólo animanse los cuerpos constituidos por cuestiones de personas, de ternas, etc. Y cuando los jóvenes se mueven y se agitan, se les acusa de «Maximalismo», «Radicalismo», u otros «Ismos» ajenos a la reforma universitaria; se trata de ganar tiempo, de aprobar algo que los satisfaga a medias... y luego no se piensa siquiera en aplicarlo con espíritu de verdad, pero más bien en dividir los estudiantes para imperar sobre ellos.

Esto no es política universitaria, no debe serlo: la divisa de la política universitaria no puede ser «divide ut imperes»!

No, señores! que todos los hombres de buena voluntad se levanten contra tal sistema! unanse los universitarios, eviten las divisiones bizantinas, pues el Turco amenaza las altas murallas de su capital!

Eleven su espíritu pensando que entre sus manos está el porvenir de nuestra Alma Mater, la única que debemos recordar aquí. De su potencia, de su brillo, saldrá no sólo provecho para los estudiosos, sino también lucimiento para la Nación entera. Es menester que el mundo sepa que de Buenos Aires, de la Argentina, no sólo salen animales de raza, lanas, cereales y demás productos de nuestro riquísimo suelo; sino que las artes se cultivan, y sobre todo que sepa que la Argentina desempeña su papel en el sorprendente progreso actual de la ciencia generadora de nuestra civilización. Y esto es necesario ahora más que nunca, en los albores de una nueva era, cuando se transforman todos los conceptos físicos y filosóficos, sociales y técnicos.

Levantemos unidos esta Universidad para que los historiadores de futuras eras puedan contar:

« Al progreso humano contribuyó también hace siglos una Nación Austral; su territorio se extendía del Trópico a las regiones polares; su cielo era bello y azul, cruzado de blancas nubes, y así su bandera bajo cuya sombra se proclamó: la victoria no crea derechos. En los tiempos lejanos en que la Osa menor todavía estaba muy cercana al polo boreal, cuando los hombres empezaban a dominar la atmósfera y la energía atómica, aquella nación supo crear notables centros intelectuales; sus gobiernos y sus ricos hombres sostuvieron con su dinero Universidades y Academias cuya labor fecunda honra a la Humanidad y jamás se borrará de la memoria de los pueblos. Su capital fué Buenos Aires, ciudad rica y comercial, maravillosamente situada a orillas de lo que fué el gran estuario del Plata; la sabiduría de sus intelectuales la hizo merecedora del nombre de «Alejandria del Sur».

Tales son mis deseos más fervientes, pues si de este modo se pudiera expresar ese historiador lejano en el tiempo y en el espacio, nuestra Nación habría sido benemérita de la Humanidad.

En vuestras manos están estos destinos.

He dicho.

---

V-11  
Universidad Nacional de Buenos Aires — Facultad de Filosofía y Letras



HOMENAJE A LA MEMORIA

DE

Don BALDMAR F. DOBRANICH

con motivo de la solemne inauguración  
de su Biblioteca, donada a la  
Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires,  
el 9 de Septiembre de 1922.

---

Reproducido de "LA REFORMA" Revista Argentina  
de Religión, Educación, Historia, Ciencias Sociales y Revista de Revistas

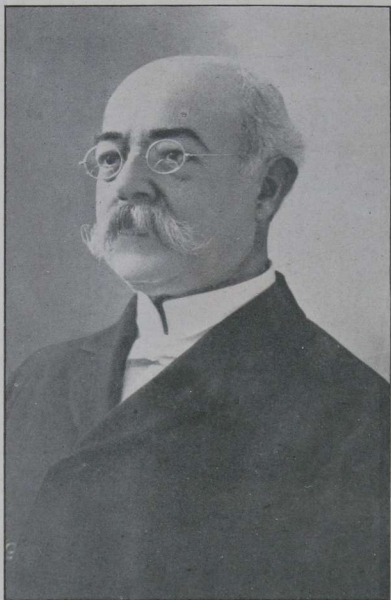
Septiembre de 1922.



BUENOS AIRES

243338 — IMPRENTA JUAN H. KIDD Y CIA., RECONQUISTA 274

1922



Don BALDMAR F. DOBRANICH

Nació: Gibraltar — Mayo 25 — 1853.

Falleció: Buenos Aires — Septiembre 15 — 1912.

Homenaje a la Memoria de  
**Don BALDMAR F. DOBRANICH**

con motivo de la solemne inauguración de su Biblioteca  
donada a la Facultad.

---

Universidad Nacional de Buenos Aires — Facultad de Filosofía y Letras

---

(Septiembre 9 de 1922)

---

DISCURSO DEL DECANO DE LA FACULTAD DR. RICARDO ROJAS

Señoras: Señores:

El acto que hoy realizamos se lo debía nuestra Facultad a la familia de Dobranich como deber de gratitud, y se lo debíamos al país como consagración de un noble ejemplo.

Baldmar F. Dobranich, gibraltarinero como Zinny, había venido joven a Buenos Aires, no en el bajel de los argonautas, buscadores del oro, sino en la barca virgiliana de Eneas, buscadora de nueva patria. Aquí se hizo argentino; aquí envejeció dedicado al estudio y a la enseñanza; aquí dejó al morir, para la tierra de adopción, sus hijos y sus libros. Maestro verdadero, así por la sabiduría cuanto por el influjo sobre las almas podríamos reconocerlo como tal, con solo ver lo que sus hijos han hecho de sus libros: donarlos a la Universidad para que continúen sirviendo a la educación argentina.

Raro ejemplo de doméstica unión y de inteligente generosidad preséntanos esta familia que, sin tener fortuna, despréndese gratuitamente de un bien cotizabile, y nos lo entrega porque entiende que no debe partirse en la hijuela,



ni dispersarse en la subasta, la biblioteca que el padre sabio reunió para sus investigaciones de filólogo y para sus lecciones de educador. Raro ejemplo, a fe mía, que me complace en encarecer para ponerlo en contraste con el habitual egoísmo de nuestros potentados, esos príncipes de la pampa, tan diversos de los millonarios de otros países, donde se sabe que una parte de la riqueza privada es ganancia que se debe a la cultura colectiva y que a ella han de devolvérsela por imperativo moral.

Obsequios análogos al que hoy recibimos hemos tenido alguna vez en esta Facultad, pero de profesores que trabajaron en nuestras aulas. Además del premio Bunge, aquí está la Biblioteca de arte que perteneció a Zuberbülher, y la de arqueología que perteneció a Ambrosetti. Junto a ellas quedará la de Dobranich; y si por estrechez de local la hemos colocado en condiciones precarias, espero que cuando tengamos edificio propio y cuando organicemos el Instituto de Filología ya proyectado, ella merecerá sitio eminente y alcanzará función provechosa en nuestras tareas científicas.

Dejo al profesor Señor Ricci el decir lo que esta donación contiene en valiosas ediciones y textos peregrinos. Dobranich nos ha legado, en su biblioteca, materiales para ingentes trabajos: biblias políglotas, reunidas con afán para sus traducciones de los "Salmos"; libros clásicos, estudiados con devoción para sus enseñanzas latinas; glosarios de múltiples dialectos, adquiridos para sus labores gramaticales, y todo ello queda desde hoy bajo nuestra celosa custodia, y puedo asegurar que en la vocación de las nuevas generaciones, hallará completa justicia la vida de este precursor.

Señores herederos del meritorio maestro: he evitado a designio toda frase pedante en este discurso inaugural, para iluminar con palabras sencillas la belleza moral de vuestro ejemplo, y para dejar al desnudo el senti-

miento de gratitud con que os prometo que el nombre de D. Baldmar Dobranich será venerado en nuestra Facultad, y que sus libros llegarán a ser útiles para la ciencia argentina.

---

DISCURSO DEL PROFESOR DE LA FACULTAD D. CLEMENTE RICCI

Señoras: Señores:

Es acción siempre bella y conspicua la que realiza la familia de un sabio fallecido, cuando — para provecho de la comunidad — entrega a instituciones culturales tan beneméritas como esta *Facultad de filosofía y letras*, los libros que han sido antorcha para una mentalidad de excepción; — libros generalmente raros y agotados, reunidos con la laboriosidad vigilante de la hormiga, y la inteligencia selectiva de la abeja.

Pero aquí, en este acto inaugural de la Sección Dobranich de la Biblioteca de la Facultad, sentimos que algo más hondo, algo más íntimo que un noble gesto de desprendimiento, algo que trasciende el valor bibliográfico de las obras donadas, debe ser tenido en cuenta en la rica colección que se incorpora al tesoro librario de la Facultad. Más que un legado de libros, hay aquí un verdadero legado espiritual; hay un estímulo, un aguijón hacia sendas inexploradas y arduas; hay toda una grande, permanente lección objetiva de parte de ese preclaro espíritu que ha sido en vida el Dr. Baldmar Dobranich quien, aun después de fallecido, persevera, por estos libros aquí depositados como en un templo, en la misma misión educativa entre las jóvenes generaciones argentinas, que ha sido el afán de toda su existencia.

De ahí el aprecio extraordinario en que, dentro y fuera de la Casa, es tenuta la colección Dobranich.

Por las predilecciones científicas que demuestra; por la mente que ha presidido a su constitución; por la adusta severidad de sus elementos fundamentales, en una palabra, por lo que nos revela acerca de los métodos de trabajo del insigne maestro en los libros más zarandeados, en las páginas marcadas, en las anotaciones y signos convencionales consignados en esquelitas que aún quedan entre las hojas como documentos de una labor perspicaz, la biblioteca Dobranich constituye la más alta y acabada norma para la labor mental que nuestra juventud pueda desear. ¿Qué la orientación hacia los estudios fundamentales parece haberse extraviado, y la frescura y la originalidad de la cultura argentina parecen haber naufragado en la balumba de imitaciones, de plagios mal disfrazados, de compilaciones librescas de segunda y tercera mano que forman hoy la producción intelectual? Pues, acerquémonos a la Biblioteca Dobranich, y volveremos al recto concepto de cómo se investiga y estudia.

El trabajo fundamental y de primera mano; el campo investigativo limitado para ser profundizado; la sistemación del esfuerzo para descubrir la chispa de luz dormida en los recónditos enlaces que vinculan una rama científica con otras cien ramas; y de rechazo: el evitar el formarse una concepción científica basada en simples lecturas; el no dilatar la esfera de indagación a campos extraños para no perder nunca el dominio de la materia; el huír hasta donde sea posible de la superficie fácil, pulida, lisa, accesible y evidente, — he ahí la enseñanza saludable y provechosa de la Biblioteca Dobranich. Enseñanza a la que hay que agregar luego el estímulo que de ella brota hacia la cultura desinteresada, hacia esa cultura verdaderamente superior, que ha constituido en todo tiempo la llama más pura y más luminosa de las civilizaciones, y que es la que hace que esta Facultad brille como faro de luz para

el espíritu nacional, justamente porque se mantiene inmune de la contaminación de intereses subalternos en esta estólida época nuestra tan sórdidamente metalizada y utilitaria.

Hémos aquí, en efecto, un grupo de idealistas jóvenes y no ya jóvenes, celebrando la inauguración de una Sección de filología, en esta Escuela de especulación desinteresada, con los libros que han sido el instrumento de labor y el consuelo de un gran sabio solitario e idealista; libros que nos conducen, al través de un laberinto de raíces, de análisis microscópicos de fragmentos muertos del lenguaje, de sinopsis comparativas entre principios constitutivos de idiomas muertos y vivos, de versiones, de aparatos críticos, a la indagación del camino recorrido por el espíritu humano. ¿Y afuera? ¿Y más allá de estas paredes? ¿Y en las calles de esta rumbosa metrópoli en camino a ser la Babilonia de América, frente a París, Londres o Nueva York?

Señores, somos inactuales. El siglo es hijo de la industrialización universal; y, como tal, materialista, sensualista, utilitario, sumido en el *comfort*, abismado en el *carpe diem* epicúreo que lo mismo empuja la juventud estudiantil hacia una *carrera* (así la llaman) en la que un mínimo de ciencia oficializada y amparada en situaciones privilegiadas de casta es convertible en honorarios a la vista y por arancel — *πρὸς τὰ ἄλφιστα* decían los griegos, — como arrebatada a la sociedad en el vértigo del más refinado egoísmo, incapaz de un nudillo de elevación y de un átomo de bondad.

Pero nosotros no desmayamos en creer que el fuego del ideal debe permanecer encendido, pese al cielo y a la tierra, y ponemos en este homenaje a la memoria del esclarecido filólogo que fué el Dr. Baldmar Dobranich la afirmación de los principios que inspiraron su acción y dieron luz a su pensamiento.

Cuando tuve la oportunidad de visitar por vez pri-

mera la Sección Dobranich en la Biblioteca de esta Facultad que, dicho sea de paso, está cuidada y atendida en forma realmente ejemplar, y en la penumbra silenciosa del subsuelo, lejos del amplio salón lleno de luz y de actividad discreta y queda, halléme a solas con los libros que habían conocido las actividades, los afanes, las angustias mentales del Dr. Dobranich, infundiéndole, al mismo tiempo, paz y alegría espirituales, recordé la inscripción que los Tolomeos — allá en los tiempos que, por lo aciago, se parecían a estos nuestros como una gota de agua se parece a otra gota — grabaron sobre su maravillosa biblioteca de Alejandría: ψυχῆς ἰατρείον, “sanatorio del alma”, lugar de curación para las heridas que sangran por dentro bajo la máscara que ríe.

¿Puedo forjarme la ilusión que en otros visitantes habrá surgido el mismo recuerdo?

Me parece muy natural.

En todas las épocas de decadencia, en todas las edades crepusculares que preparan o acompañan el derumbe de una civilización, entonces como ahora, cuando el desastre de la civilización greco-oriental abría el abismo bajo las plantas de la civilización romana, o mientras presenciábamos el espectáculo amargo de una civilización suicida, una grande tristeza envuelve las almas como sudario, embargándolas en la añoranza melancólica del otoño estremecido precozmente por los cierzos invernales, muerta la esperanza en una primavera de renovación.

Y es justamente en estas épocas, cuando la alta cultura desinteresada, más que una energía, más que una luz, más que una potencia que aligera al hombre la cruz de la ignorancia, se nos antoja un remedio, un refrigerio para el espasmo febricitante del dolor universal: ψυχῆς ἰατρείον.

Hoy como ayer, en esta decadencia como en la de-

cadencia greco-romana, en la bizantina, en la medieval, el alma está enferma. Las bases del pensamiento sacudidas; un mundo que se desploma; una sociedad gaudiente y corrompida que en el ansia de vivir intensamente el instante que huye, llega a perder los motivos de vivir (*propter vitam vivendi perdere causas*); el pensamiento griego que, hoy como ayer, aplica a las bases de la organización estatal el ácido cáustico de Zenón y de Epicuro, volatilizando los residuos con el sople de la negación pirroniana; el pensamiento hebreo que, hoy como ayer, sacude cual terremoto el edificio efímero de la sociedad materializada con el socialismo revolucionario de sus Profetas; la noción de patria y de continuidad histórica perdida en la utopía cosmopolita de un humanitarismo que resiste a todo desmentido de la realidad; y todo esto en un ambiente de super-civilización, de *comfort*, de sed de lucro, de sensualismo, de escepticismo, — he ahí un cuadro para una pluma taciteana en la historia de ayer, de hoy y de siempre, al perder la humanidad el norte de su marcha.

Esto nos dice por qué el Dr. Baldmar Dobranich ha sido un solitario. Y he ahí explicado también por qué su Biblioteca ha sido para él la "*turris eburnea*" que lo ha defendido contra los embates del mundo circunstante. Esto además nos revela el camino que conduce a la paz oculta en las altas esferas del ideal. El estudio lento; la construcción reposada; la honestidad cultural, he ahí el secreto: *ψυχῆς ἰατρῆον*.

Estudio lento, he dicho. La filología ha sido el objeto predilecto de los estudios del Dr. Dobranich, y no hay estudio de mayor lentitud y, por lo mismo, de mayor eficacia educativa que la filología. Considérese la filología en cualquiera de sus aplicaciones: la historia, por ejemplo.

Fácil resulta y, en cierto modo, hasta agradable construir su propio concepto histórico sobre las fuentes;

ver surgir la vida griega de las páginas de Herodoto, de Tucídides, de Jenofonte y de Plutarco; la romana de las de Polibio, Dionisio y Livio. Fácil resulta sentir agitarse los rudimentos de la humanidad nueva que se desprendía de la catástrofe del Imperio Romano, en las páginas de los *Evangelios*, en los *Hechos* y en los escritos paulinos; o, ya salido de crisálida, sentir vibrar el mundo renovado en las grandes controversias de los primeros siglos del cristianismo: Luciano, Epicteto, Celso, de un lado, Clemente, Origenes, Tertuliano del otro. Pero el análisis filológico de la documentación ya es muy otra cosa. El análisis filológico de Livio o del *Evangelio según Marcos* o del *Ἐγγερίδιον* ya es trabajo de vocación, ya es labor especializada que lleva años y años de dedicación sin cansancio ni apresuramiento, de crítica textual y comparada, de reconstrucción etimológica sobre inscripciones, óstraca y papiros, vasto campo de la historia científica moderna en el que han ido dejando huella profunda de su paso los maestros creadores desde Mommsen a Deissmann, desde Blass a Moulton, desde Milligan a Wilcken. Hemos finalmente, al cabo de tanto esfuerzo para dar con el elemento realmente científico de la historia, hemos con el elemento que es a la historia lo que es la matemática a la astronomía o a la física. Y nótese: el Mommsen de la *Historia Romana* es, en lo que respecta al despliegue de sus dotes excepcionales de descubridor y constructor, muy inferior al Mommsen del *Corpus Inscriptionum Latinarum*. Advertencia para los que creen que los estudios filológicos, por lo áridos y faltos de brillo, son apropiados para talentos subalternos, cuyo destino es el de preparar los materiales para los verdaderos creadores.

Ved, por otra parte, lo que nos enseña el Dr. Dobranich. Para él — y ahí está su Biblioteca que lo proclama — la filología ha sido la llave que le abriera

el secreto de la humanidad en su pasado y en el presente que del pasado es hijo. ¿Es, pues, de extrañar que la filología comparada resultare predominante en sus libros, confiriendo, así, excepcional valor a su armónico, sapiente conjunto?

Y esto nos explica otra faz de esa compleja personalidad que ha sido el Dr. Dobranich.

En el fondo de su espíritu descubrimos una preocupación básica que orientó y dirigió su actividad mental: el *cristianismo*. Esta esfinge "*volucris pennis, pedibus fera, fronte puella*" a la que ningún Edipo ha conseguido aún arrancar el enigma, atraía al Dr. Dobranich como hubo de atraer a las mejores mentalidades de la raza blanca, con la fascinación de su misterio. ¿Cuántos son, entre todos los que frecuentan la Biblioteca de esta Facultad, los que sienten la misma preocupación cultural? Indudablemente muchos, especialmente entre el elemento joven, es decir, entre el elemento que, ante la responsabilidad incumbente en esta formidable crisis de todos los valores sociales, percíbese encerrado en un dilema férreo como en callejón sin salida: o hallar una solución o perecer en el cataclismo. ¿No es acaso el elemento joven para quien el tiempo puede reservar la serenidad de una promesa o la tormenta de una emboscada? Nosotros . . .

*"Vixi, et quem dederat cursum, fortuna, peregi"*.

Es, pues, bien natural que sean los jóvenes quienes demuestren mayor afán en conocer el pasado para hallar en él la norma del porvenir. ¿Y cuál es la raíz de nuestro pasado, el germen primero de nuestra civilización, el principio del que brotaron las nacionalidades, la ciencia, la literatura, el arte, el espíritu de aventura y el instinto de empresa, gloria y dolor de nuestra humanidad actual? La contestación se adivina: el *cristianismo*.

Pues, para el estudio realmente científico del cristia-



nismo, es decir, para la indagación del fenómeno histórico con absoluta prescindencia de toda complicación religiosa y confesional, hallarán nuestros jóvenes en la Sección Dobranich, elementos de trabajo de primer orden: desde las Biblias políglotas a las ediciones críticas del *Nuevo Testamento*; desde las Gramáticas históricas y de filología comparada a los análisis críticos de los documentos básicos; desde las ediciones raras tan útiles para la crítica textual, hasta las versiones a los idiomas más apartados del núcleo indo-germánico. Y luego una abundante y ricamente variada bibliografía en inglés, alemán, francés e italiano completa la colección crítica, en manera de ofrecer al estudioso un conjunto orgánico de lo mejor que en este campo se ha producido.

Naturalmente, los libros de Dobranich son para estudiados, no para leídos. Pertenecen, a saber, a la categoría de esos libros a los que hay que acercarse con la preparación suficiente como para aprovechar lo que ellos encierran, y con la determinación de llegar al fondo de las cosas. No son, pues, para los amantes de las fáciles vulgarizaciones, para los improvisadores impacientes que resuelven los problemas más arduos de la ciencia con la lectura de media docena de obras a la moda, para los que huyen el esfuerzo, para aquellos que sonrían ante las λεπτολεσχίαι filológicas mientras se inclinan ante las grandes teorizaciones verbalistas, que creen τὴν ἄμμον ἀναμετρεῖν al verse constreñidos a demorar sus apresuramientos en detalles textuales, en el estudio de códices, en verificaciones paleográficas, y en comprobaciones gramaticales y lexicológicas, porque prediligen las brillantes tiradas literarias, las exposiciones interesantes, las soluciones definitivas y de no pesada asimilación vaciadas en el molde de las 200 páginas de una cómoda *brochure*.

Lo que esto representa para los estudios históricos, y el valor educativo que en este respecto representa la

Biblioteca Dobranich, puede aquilatarse por lo que vemos suceder alrededor nuestro.

Ved, en efecto, cuán generalizada está la opinión que la historia se trabaja por procedimientos dialécticos — “*le bugiarde scientie mentali*” que indignaban a Leonardo — por no se cuáles esoterismos metodológicos que pueden aprenderse en tales y cuales Manuales, y que producen la historia como hecha de molde. Y digo “*que producen*” intencionalmente: puesto que en esta edad industrializada todo es “producción mecánica”. Poco cuesta, pues, hacer creer a los jóvenes que hay procedimientos mecánicos, que hay recetas para fabricar historia, como para fabricar poesía o monografías o cualquier cosa. El joven estudia los esoterismos y los procedimientos dialécticos en los Manuales de marras, y se encuentra con que no sabe historia, ni la comprende ni, menos, la fabrica.

¿Consecuencias?

Por lo pronto, el joven se acostumbra a creer que la historia no es una creación del espíritu basada en aprendizaje largo, paciente y laborioso: basada, especialmente, en una irresistible vocación. Luego, al ver que los métodos verbalistas a nada serio conducen, de dos cosas una: o abandona los estudios históricos, o desiste de la investigación personal y original, produciéndose, en este último caso, el fenómeno del histrionismo que compila libros con otros libros, o bien los resume en artículos, monografías o lecciones.

Para los jóvenes amantes de los estudios históricos, la Sección Dobranich ha de ser baluarte contra esta forma de degeneración del espíritu científico. Esa Sección ha de serles escuela del trabajo de primera mano, del trabajo reposado, en una palabra, del trabajo que lleva el sello de una personalidad consciente de la meta a que tiende y de la ruta que a ella conduce. Por ahí, también, ha de volverse a la tradición de la cultura argen-

tina, toda ella surgida del esfuerzo genial de hombres para quienes la ciencia era el fruto sazonado de una existencia recogida y meditativa.

No salgamos del campo de las ciencias histórico-sociales: pues bien, los argentinos que en ellas han alcanzado la sanción de la posteridad — Alberdi, Sarmiento, López, Mitre — han dejado, en este sentido, en su vida y en sus métodos de trabajo, un insuperable modelo a las sucesivas generaciones argentinas. Pocos escritores, en efecto, aún en las literaturas del viejo mundo, demuestran como estos nuestros un concepto más acabado de lo que el trabajo histórico o sociológico debe ser, en su preparación remota y en su estructura literaria.

He ahí, pues, porque dentro de la excelente Biblioteca de la Facultad, la Sección Dobranich ha de constituir una especie de *Sancta Sanctorum* para los que amen especializarse en los estudios no solamente filológicos, sino también históricos y sociales. Allí los elementos de estudio están reunidos y a mano: y en el silencio recogido del ambiente un grande espíritu parece incitar a la continuación y al remate de la obra que no le fué dado terminar, señalando las vastas extensiones que aun permanecen inexploradas — ἄσπαρτα καὶ ἀνήροτα para valerme de la expresión homérica — y que prometen rica cosecha de originalidad al que clave en ellas el arado con pulso firme y voluntad inquebrantable.

Y no olvidemos. La civilización occidental ha resurgido de sus reiterados desastres — ejemplo único en la historia del mundo que nos muestra todas las muertas civilizaciones enterradas en el silencio sempiterno de los siglos — debido a las tendencias estrictamente científicas de su cultura: ψυχῆς ἰατρῆων. Yo poseo desde hace años un libro de Dobranich que ha llegado a mis manos en forma rara, y que tiene un valor bibliográfico de primer orden. Es un ejemplar del *Elogio de la Locura* (*Stultitiæ Laudatio*) de Erasmo en la *editio castigatissima*

de Londres 1777. Por el uso se conoce que el Dr. Dobranich hubo de andar con él "*nocturna atque diurna manu*", y de mí sé decir que ha sido mi libro predilecto durante los años de la guerra inexpiable. En la portada tiene una lámina simbólica explicada por la inscripción italiana: "*La Pazzia regina del Mondo*" — (*La Locura reina del Mundo*). En primer término figura en ella una mujer, la Locura, trajeada característicamente, empuñando en la derecha el arlequín y el molinillo de viento, y apoyando la izquierda en el globo que representa el mundo. En el suelo, en informe montón, todas las insignias de los convencionalismos que representan el orden social: coronas reales, escudos de nobleza, capelos cardenalicios, mitras, bonetes de clérigos, las balanzas de la justicia, la máscara del arte, los laureles de la ciencia, en una palabra, la debacle de un mundo sin más sobrevivencia que la Locura.

Para mi este cuadro tiene sugestiones extrañas.

En la época de Erasmo, un mundo milenario derrumbaba: la Europa medieval se hundía, con las razas mongólicas y el islam *ad portas*. Y sin embargo he ahí *La Pazzia regina del mondo*.

En la época del ejemplar Dobranich ahora mio, otro mundo derrumbaba: la Europa feudal se hundía, con la barbarie interna que amenazaba arrasarse hasta las mismas bases de la convivencia civil. Y sin embargo, he ahí *La Pazzia regina del mondo*.

Hoy otro mundo derrumba; la guerra suicida que aun no ha terminado ha sacudido la organización social en sus mismos cimientos: en informe montón han rodado otra vez por el suelo, principios, tradiciones, patria, valores culturales, valores morales; y mientras todo se hunde en el caos, he ahí como siempre *La Pazzia regina del mondo*.

Pero no olvidemos: así como en la caída del Imperio romano se salvó nuestra civilización por el espíritu

científico vivo y pujante en el pensamiento greco-cristiano; así como se salvó en la época de Erasmo por el mismo espíritu fulgente en el Humanismo del cual el mismo autor de la *Stultitiae Laudatio* era un exponente magnífico; así como se salvó en la tempestad de la Revolución francesa por la Enciclopedia y el método científico que prepararon la Revolución y amoldaron su obra; así ha de salvarse una vez más por la cultura renovada, por el método científico llevado a su más alto grado de perfección, por los conceptos históricos y sociales sentados sobre la base incommovible de la crítica filológica, que ha de constituir la gloria del siglo XX.

Mientras tanto *laboremus*. No nos espante la magnitud del desastre, ni la inmensidad de la tarea social a realizarse. Aun cuando sea hoy tal vez como nunca lo ha sido *La Pazzia regina del mondo*, sabemos sin embargo que en muchos cenáculos como este se mantiene viva la llama sagrada del ideal. Sabemos que hay muchos hombres, en todos los ámbitos del mundo civilizado, que se refugian en un *ψυχῆς ἰατρείον* interrogando los destinos de la humanidad, y esforzándose para elevarlos. No estamos aislados, señores. Cada uno de nosotros, cada joven estudiante que se proponga resolver un problema científico por modesto, por insignificante que sea, debe recordar que está colaborando en un esfuerzo mundial por una mejor verdad, por una mejor justicia individual y social.

Con esta disposición, ojalá sean muchos los que bajen al *ψυχῆς ἰατρείον* que dejamos hoy inaugurado, y recojan con amplio espíritu receptivo las sugerencias que de él emanan.

Será un homenaje de gratitud a la memoria del Dr. Dobranich; el más digno del eximio filólogo y educacionista, y el que mejor ha de dar expresión a las aspiraciones culturales de la juventud argentina.

CLEMENTE RICCI.



RAV77216



\* 77216\*